

# Sharash y el regalo de Federico

Lizbeth Padilla obtuvo el premio único en la categoría de literatura infantil (en el género de cuento) del Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2013. El jurado estuvo integrado por Margarita Robleda, Francisco Hinojosa y Gilberto Rendón.

*Leer para lograr en grande*

Colección Lectores Niños y Jóvenes | **Literatura infantil**

# Sharash y el regalo de Federico

**Lizbeth Padilla**

Ilustraciones: Ricardo García

**FOEM**  
FONDO EDITORIAL ESTADO DE  
MÉXICO



GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas  
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez  
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,  
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,  
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

*Sharash y el regalo de Federico*

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Elizabeth Padilla Velázquez, por texto  
© Jonathan Ricardo García Trejo, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-366-4

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
CE: 205/01/98/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.



# MAPA DE BOSCO

Boutique Voilà

Región de las pozas

Manantial

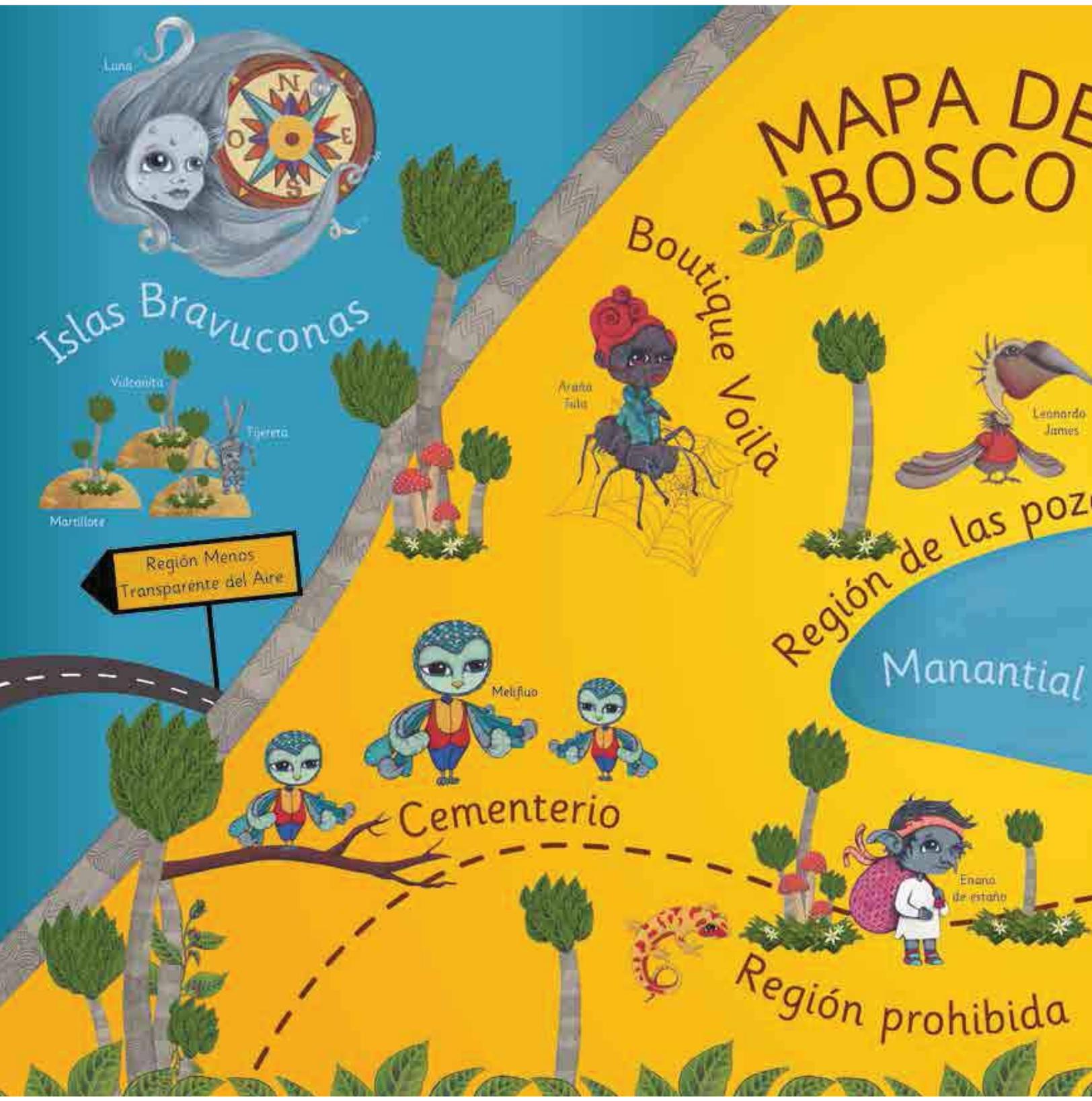
Región prohibida

Cementerio

Islas Bravuconas



Región Menas  
Transparente del Aire





# Circo



Gorila Bruno

# Cabaña de Sharash



Muk



Sharash Menglow



Gato Mico



Abuela Gela



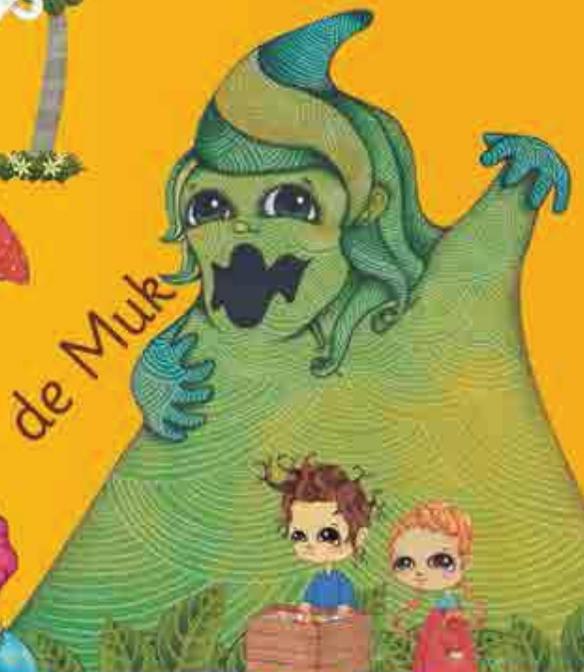
Federico



Troa



# Montaña de Muk



Ornelina Brito

Ojanin Kolo



Barriga

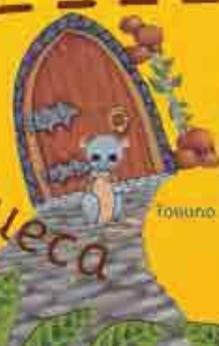


Fraguadabito



Gripe

# Casona chueca

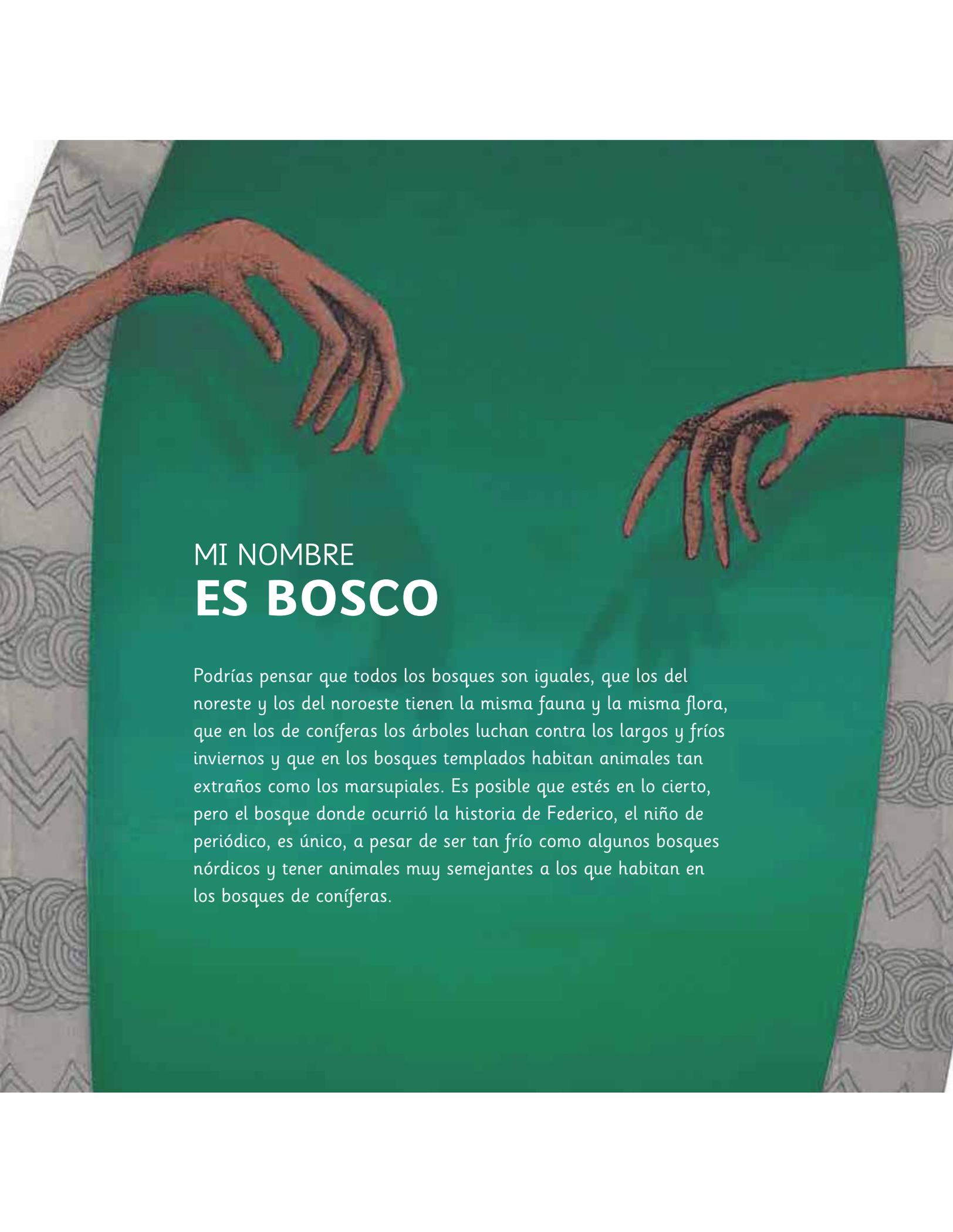


Tonuno



Jerobado Ralpi





## MI NOMBRE **ES BOSCO**

Podrías pensar que todos los bosques son iguales, que los del noreste y los del noroeste tienen la misma fauna y la misma flora, que en los de coníferas los árboles luchan contra los largos y fríos inviernos y que en los bosques templados habitan animales tan extraños como los marsupiales. Es posible que estés en lo cierto, pero el bosque donde ocurrió la historia de Federico, el niño de periódico, es único, a pesar de ser tan frío como algunos bosques nórdicos y tener animales muy semejantes a los que habitan en los bosques de coníferas.

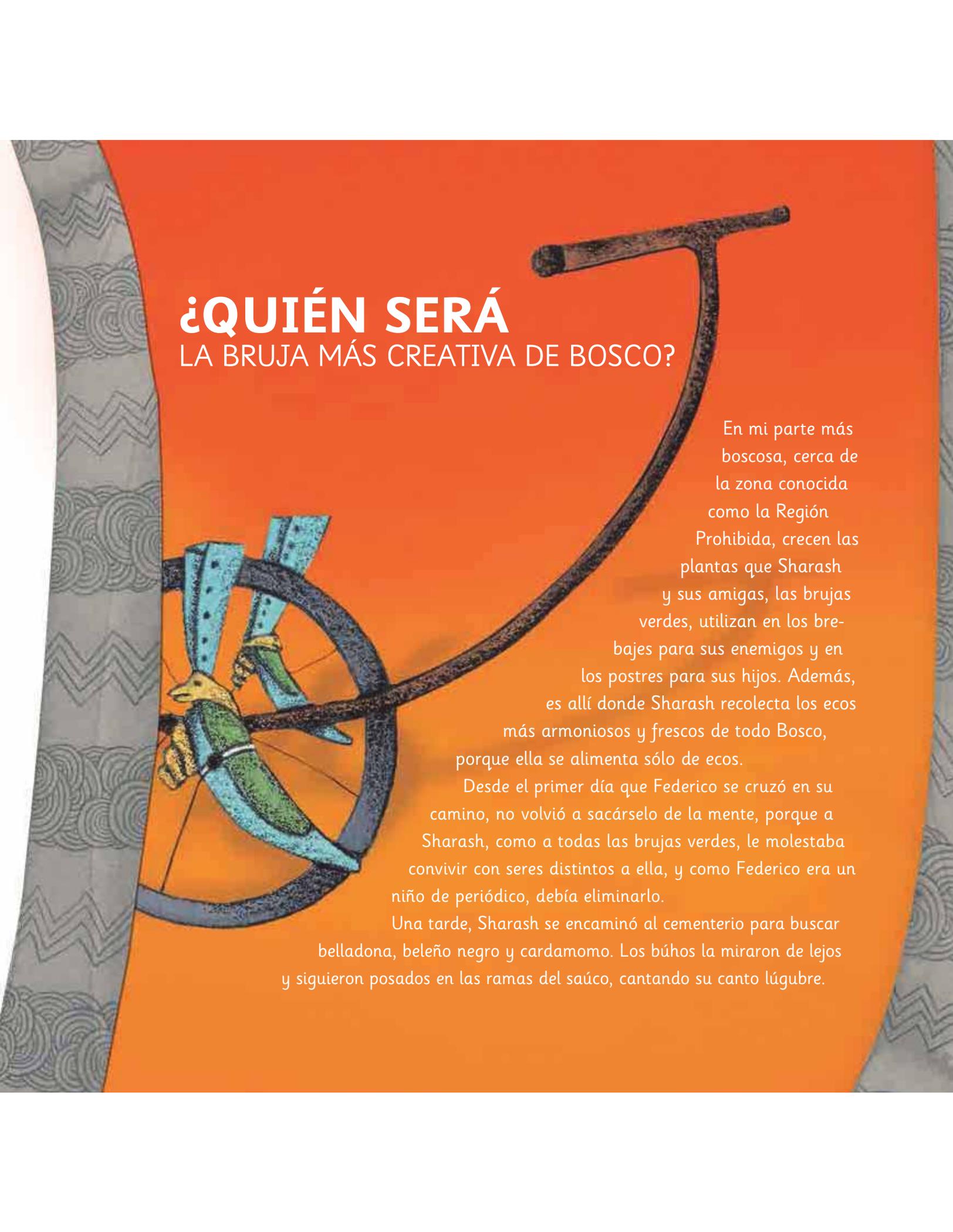
¿Por qué Bosco es único? Porque puedo albergar tanto a jovencitas de lava como a niñas que tienen miel en vez de pelo; tanto a gigantes con un gran corazón como a ondinas y ángeles traviesos llamados ofanin.

Todas esas criaturas viven en mí, en el bosque que no encontrarás señalado en ningún mapa, un bosque que no dura sino el tiempo en que lo piensas. Para conocerme, debes primero observar fijamente tus ojos frente a un espejo hasta descubrir en ellos una pequeña chispa, un breve sol dorado. Después, tienes que seguir esa luz y entonces me hallarás y podrás entrar a Bosco, el lugar de las criaturas que nunca existieron.

Aquí vivió Sharash Menglow, la bruja que se echó de enemigos a los búhos del cementerio por querer ganar a toda costa un concurso de creatividad y como ella podía transformar a cualquiera en trapo o palangana, era la mujer más temida de Bosco. También habitó aquí Federico, el niño que un día fue expulsado de su tierra natal.

Si quieres conocer las aventuras que Federico vivió desde el día que lo exiliaron, entra a Bosco, pero ten mucho cuidado: es posible que Sharash te aceche detrás de algún viejo pino. Aunque no debes temerle demasiado, porque en esta historia ella se convirtió en alguien muy especial para Federico.





# ¿QUIÉN SERÁ

## LA BRUJA MÁS CREATIVA DE BOSCO?

En mi parte más boscosa, cerca de la zona conocida como la Región

Prohibida, crecen las plantas que Sharash y sus amigas, las brujas verdes, utilizan en los brebajes para sus enemigos y en

los postres para sus hijos. Además, es allí donde Sharash recolecta los ecos más armoniosos y frescos de todo Bosco, porque ella se alimenta sólo de ecos.

Desde el primer día que Federico se cruzó en su camino, no volvió a sacárselo de la mente, porque a Sharash, como a todas las brujas verdes, le molestaba convivir con seres distintos a ella, y como Federico era un niño de periódico, debía eliminarlo.

Una tarde, Sharash se encaminó al cementerio para buscar belladona, beleño negro y cardamomo. Los búhos la miraron de lejos y siguieron posados en las ramas del saúco, cantando su canto lúgubre.



Sharash brincó por sorpresa sobre uno de ellos y lo atrapó. Lo encerró en un costal. Los otros búhos no se dieron cuenta del secuestro. Ella se escondió detrás de un fresno y diciendo unos breves conjuros le arrancó la quinta pluma del ala derecha. El búho chilló con tono agudo.

—¿Qué te has creído, Sharash Menglow? —le gritó enojado Melifluo— ¡Nosotros no seríamos capaces de ir hasta tu entelarañada cabaña y arrancarte ni un pelo del bigote!

—¡Cállate, estridente pajarraco! A Sharash sólo le importa conseguir los ingredientes que la hagan joven y bella en la tercera luna nueva de este año, después del eclipse anunciado, ¿entendiste? ¡Quiero ganar el Certamen Anual de la Bruja más Creativa de Bosco! Y sólo me faltaba tu plumita para completar la receta. ¡Jarajai, jarajai, jarajai!

—¿Joven? ¿Bella? ¿Se pueden hacer milagros con la magia? —le preguntó Melifluo.

Sharash no le contestó. Guardó la gris pluma en la bolsa de su falda de chuleta. Ella usaba ropa comestible. A veces llevaba grandes sombreros de pan, medias de capa de cebolla y blusas de algodón de azúcar, además de ropa interior elaborada con verdura.

Melifluo se quejó con sus amigos del maltrato que había recibido por parte de Sharash. Decidieron vengarse de la egoísta mujer, a quien sólo le importaban dos cosas en la vida: los conjuros para su beneficio y su amado hijo, el gnomo Muk.

Sharash se dirigió al manantial y le pidió al barquero Shake que la cruzara a la otra orilla, ya que debía visitar a Sara, una de las

brujas verdes de Bosco, para darle una buena noticia. Shake era un cocodrilo que meses antes había perdido los dientes al caer sobre el caldero de Sara, pues una mañana en que ella estaba cocinando un brebaje a base de chilorio, chimichurri y cucarachas, y Shake barría las hojas secas exactamente enfrente de la casa de Sara, por descuido él se enredó con unas plantas trepadoras y de traspíe en traspíe llegó hasta el patio trasero, tropezando y derramando la mezcla espesa que hervía en el caldero. El hocico de Shake se quemó. A los pocos días sus dientes se reblandecieron y se le fueron cayendo poco a poco. ¡Quién sabe qué sustancias más contenía aquel menjurje infernal!

—¡Un cocodrilo sin dientes no es un cocodrilo! Iré a pedirle a mi hermano Klumb, quien es un buen pintor, que me dibuje una nueva dentadura... aunque sea de a mentiritas —pensó Shake muy preocupado. Y así lo hizo, en unas horas tenía de nuevo unos dientes bien filosos, aunque sabían a pintura de aceite y había que retocárselos cada veinte días, pues después de cada comida se le iban despintando.

Sara vivía sola del otro lado del manantial. Esa mañana esperaba a Sharash para comunicarle que las últimas noticias de su bola de cristal corroboraban que pronto habría un eclipse. ¡Eso era lo que necesitaban para que su pócima resultara al cien por ciento y las dos se volvieran jóvenes! Ambas llevaban varios días pensando en la mejor fórmula para rejuvenecer y el próximo eclipse les favorecía. Seguro ganarían el concurso.

—¡Pásame del otro lado, inútil barquero! —aulló Sharash. Shake la miró, respiró hondo y hundió su remo en la tranquila corriente. Cerca de



unas altas rocas se bañaban algunas ondinas y por la orilla del m-  
natial paseaban algunos gigantes de la mano de sus enormes hijas.

Al bajarse de la barca Sharash no pronunció ni un “gracias” ni  
menos un “hasta luego”. Se alisó la falda de chuleta y cortó un trocito  
de su sombrero de pan. Antes de saludar a Sara tragó el bocado.

—Cuando el eclipse de sol oscurece a Bosco, se marchitan las flores  
de horribles colores y brillan fosforescentes los hongos venenosos y  
las malas hierbas. Cuando la luz del sol se apaga, el llanto de los  
muertos sale del cementerio y los niños se tapan las orejas. Cuando  
viene un eclipse, pareciera que el mundo se desmoronara —dijo entre  
dientes Sara como si fuera un rezo.

—Vengo a avisarte que ya tengo el último ingrediente de nues-  
tro hechizo: la quinta pluma del ala derecha de un búho, imira qué  
hermosa es!

Las dos mujeres se tomaron de las manos y bailaron frenéticas.  
Estaban felices por el anuncio del próximo eclipse y porque todos sus  
planes estaban realizándose a la perfección. Danzaban como locas en  
una ronda vertiginosa. En uno de los giros tropezaron con los gatos  
de Sara y ambas terminaron en el suelo. A Sharash se le levantó tan-  
to la falda de chuleta que dejó ver unos aguados calzones de lechuga.

¿Por qué tanto interés por ser bellas y jóvenes? Habían visto anun-  
ciado en unos carteles que pronto se celebraría el Certamen Anual de  
la Bruja más Creativa de Bosco. Ganaría aquella que demostrara tener  
más habilidades y más poder en las artes de rejuvenecer. El concurso lo

había organizado Tula, una araña que se dedicaba al diseño exclusivo de ropa. Se podría concursar de manera individual, en parejas y hasta en grupos de tres o de nueve, número cabalístico que gustaba a las brujas. Pero Sharash prefirió invitar solamente a su antigua amiga Sara. Ya no eran unas jovencitas, pasaban de los doscientos años, por eso les pareció un reto crear el elixir que les devolviera sus años de juventud, pero evitando los problemas sentimentales que se viven a esa edad. El jurado estaría integrado por reconocidos alquimistas, druidas y archimagos de las aldeas vecinas. El premio: ¡Una biblioteca completa! Los libros habían pertenecido al doctor Fausto, un sabio incomprendido, en cuya biblioteca había colecciones de poemas y enciclopedias de ciencia, alquimia y tomos viejos que hablaban de conocimientos perdidos.

Las dos mujeres debían empezar la pócima antes de las tres de la mañana, de otra forma pasaría el eclipse y perderían la oportunidad de atrapar la fuerza que éste le daría a su hechizo. Decidieron apurarse y llegar cuanto antes a la cabaña de Sharash. Si volvían a cruzar del otro lado del manantial en la lenta barca del lento Shake, se les haría tarde. Pero Sharash recordó que días antes había dejado algo olvidado en casa de su amiga y eso les sería de gran utilidad ahora. Sharash no usaba la clásica escoba de bruja para transportarse. Ella





había construido, con ayuda de su hijo Muk, un monopatín volante. Así que decidieron utilizarlo para ahorrar tiempo. Y allí iban las dos brujas por los aires, riendo de la cara que pondrían las otras concursantes cuando ellas ganaran la biblioteca de Fausto. Tanto rieron que a Sharash se le cayó la pluma de Melifluo y tuvieron que aterrizar de emergencia sobre la cabeza del gigante Mermenflún, esposo de la gigante Pantagruela. Éste dormía la siesta tapado con una cobija de musgo y sólo sintió como si un piojo le picara la calva.

Cuando llegaron a la cabaña de Sharash, las amigas jugaron una partida de cartas y tomaron un *hada verde* en una violeta a manera de copa.

Sharash le comentó a la anciana Sara:

—¿Has visto a un pequeño niño caminando por Bosco?

—He visto a muchos, sobre todo a esas niñas con cabellos de miel, pues les gusta cruzar el manantial y hacer días de campo de ese lado del bosque —contestó Sara.

—No, me refiero a un niño de periódico, que lleva un blanco gorro puntiagudo y que me cae muy, muy mal.

—¿Pues qué te ha hecho? —preguntó.

—Nada, pero tú sabes que detesto a todos los que no son como nosotras. Uno de estos días voy a hechizarlo, pues necesito un plumero. ¡Sí, lo convertiré en un plumero de plumas rojas y azules! ¡Jarajai, jarajai!

Las dos amigas siguieron bebiendo y platicando, haciendo tiempo hasta que comenzara el eclipse.

Cuando Muk regresó antes de las cinco de la mañana, después de extraer piedras preciosas de su montaña, como todos los días, ellas ya habían terminado el brebaje para hacerse jóvenes. La pluma de Melifluo sirvió para removerlo de izquierda a derecha. El toque final consistía en verter un poco de leche de ciervos rojos. Vaciaron unas gotas del elixir en un perfumeo y esperaron el eclipse.

—¿Cómo llamarás a tu filtro, madre? —le preguntó intrigado Muk.

—“Capullo de crisálida”, porque, después de rociártelo por todo el cuerpo durante el eclipse, te cubre de pies a cabeza una capa de hilos delgados. Al cabo de unas horas rompes la crisálida de suaves hilos ¡y ya rejuveneciste casi cien años! —gritó de felicidad Sharash.

Llegó el eclipse. Llegó el miedo de muchos que creían ver el fin del mundo. Llegó la noche que se aloja dentro del día. Después de que volvió a verse la luz del sol, frente a la chimenea, dos radiantes jovencitas jugaban cartas (aunque una de ellas aún tenía bigote).

—¿No quieren que les traiga un espejo? —les preguntó Muk.

—¡Buena idea, hijo! Está en mi recámara.

—¡Quedaron estupendas! —opinó Muk.

Muk fue a buscar el espejo y de pronto gritó:

—¡Mamá, alguien te dejó escrita una amenaza en el piso! ¡Y lo escribió con mis colores! ¡Están todos rotos! —se quejó Muk.

El mensaje decía: “Horripilante bruja con bigotes: como le quitaste una pluma a Melifluo y lo dañaste, ahora tú perderás lo que más amas”. Las amigas se miraron y soltaron risotadas sin ton ni son. Intentaban controlarse y, de pronto, una carcajada salía escupida hacia la cara de la amiga. Así ocurrió varios minutos hasta que se cansaron.

Llegó el día del certamen. Participantes y jueces se congregaron cerca de la tienda de Tula llamada Voilà. Estuvieron presentes algunas gnomas, como la abuela Gela y sus nietas Banqua y Trog. Cerca de ellas se vio al gigante Mermenflún y a su hija Tragaldabas, quien estaba muy nerviosa pues su madre, Pantagruela, era una de las concursantes. Un poco tarde llegó Alcino, el gnomo más chismoso de Bosco.

Las participantes debían primero explicarle al jurado cómo habían preparado su hechizo y luego realizarlo frente a todos. Cuando les tocó su turno a las rejuvenecidas Sharash Menglow y Sara Tenderfield, empezaron a enumerar los ingredientes del elixir y explicaron la manera de realizar el hechizo “Capullo de crisálida”.

Todos estaban muy atentos a sus palabras cuando unos inoportunos rayos de sol tocaron la piel de ambas brujas y enseguida comenzaron a derretirse como cera caliente. Los ojos de Sara se cerraban sin remedio y su rostro desaparecía, dejándola sin boca para gritar; mientras la estola de chorizo, que llevaba al cuello Sharash, se escurría por lo que antes había sido su cintura. Brazos y piernas parecían gelatina sin cuajar.

El público dio un grito de espanto y después de que los archimagos hicieron uso de sus artes mágicas para evitar que las brujas desapa-

recieran por completo, Sharash y Sara volvieron a ser las mismas: las mismas brujas de más de doscientos años. Pero Sharash, desde ese día, lució un bigote tan duro que le fue imposible rasurarlo.

La ganadora del Certamen Anual de la Bruja más Creativa de Bosco fue la esposa de Mermenflún, Pantagruela, quien después de bailar sobre una alfombra de romero desapareció a la vista de todos y luego salió de un huevo de avestruz convertida en una hermosa adolescente de iocho metros de alto!

La mayoría de las criaturas de Bosco asistió a tan sonado concurso. Los únicos que estuvieron ausentes fueron Muk, a quien desde aquel día nadie volvió a ver; el Ofanin Rojo, aprendiz de Sharash y del que hablaré muy pronto; y Federico, el niño que tenía pocos días de haber llegado a Bosco.



A colorful illustration of a gorilla character named Federico. He is depicted from the waist up, wearing a grey suit jacket, a red vest, a yellow shirt, and a blue bow tie. He has a thick brown mustache and is holding a cigar in his mouth. He is standing on a dark, curved stage. To his right, a colorful snake with red, black, and yellow segments is coiled on the stage. The background is a solid purple color, and the top and bottom of the scene are framed by a striped, scalloped border. The gorilla is looking towards the right with a slightly concerned expression.

## EL CIRCO DEL GORILA BRONCS

—¡Tengo que correr más rápido! ¡Está a punto de llover y no debo mojarme!

Federico necesitaba cruzar por el pino derribado sobre la parte angosta de un riachuelo, para evitar salpicarse con alguna gota de agua. Era un excelente puente. La lluvia llegaría en cualquier momento. Debía protegerse en un lugar seguro: bajo el dosel que formaban cientos de lianas amarillentas. El día anterior había sido el certamen al que no acudió, pues se quedó dormido leyendo un libro que le estaba interesando mucho. El viento hacía volar hojas de maple y estrellaba a una que otra libélula contra la cara de Federico. Vendría una gran tormenta.



Cruzó veloz el pino, no sin antes revisar si en sus bolsillos todavía traía el libro que la gnoma Banqua le había regalado. Ahí estaba, suave el forro de terciopelo azul y tan pequeño que cabía en su mano. Este libro contenía reglas de urbanidad escritas a partir de refranes y sentencias. Se llamaba *Cómo comportarse en Bosco y no salir raspado de los problemas*. Ya he dicho que soy un bosque que alberga tanto a animales como a criaturas extrañas. Aquí conviven todos sin importar si son de chicle, de barro o de papel, si tienen la piel verde o roja o si les gusta comer ecos en vez de ratones, pero las reglas deben respetarse para vivir en paz.

Federico y sus padres tuvieron que venir a Bosco porque los gobernantes de su isla natal, Tijereta, habían expulsado a los que no tenían forma de tijera, como ellos. Los diferentes, que eran de papel, ni siquiera pudieron llorar al marchar al exilio, porque se les hubiera reblandecido la cara dejándolos desfigurados. Aunque no sólo fue la isla Tijereta la que se deshizo de los seres de papel, también se aliaron los monarcas de Vulcanita y Martillote en aquella ocasión que desde entonces se conoció como el Fatídico día.

Antes de llegar a su refugio, descansó junto al hermoso hongo rojo con motas blancas conocido como Amanita Muscaria. Federico se desplomó y respiró hondo. La mañana entera se la había pasado jugando con unas piedras blancas que aventaba sobre un tablero de cuadros negros y rojos. Se ganaba cuando cada una de las dieciocho piedras caía en los cuadros sin tocar ninguna línea.

Era un niño afortunado a pesar de carecer de padres, pues ellos se habían deshecho meses antes debido a una tormenta que había caído cuando disfrutaban de un paseo. Por ello, Federico tenía que cuidarse siempre de cualquier líquido, ya fuera leche, soda o llanto. Ahora estaba medianamente salvado, porque algunas gotas de lluvia rebotaban contra su pierna y ésta se iba humedeciendo un poco. Federico soplabla sobre ella para secarla por completo.

—¡Tengo que hallar un remedio para poder vivir tranquilo sin estos miedos constantes que tengo al agua!

Empezaba a aburrirse allí sin hacer gran cosa. La lluvia no paraba. Se quitó su sombrero, que estaba hecho de azúcar, y sacó el libro. “En Bosco los búhos cantan sin que se muera nadie, ni indio ni mestizo...”. Y más adelante leyó: “Vive y deja vivir”.

Era un libro muy diferente a los que había conocido. Los libros de Tijereta sólo podían ser leídos por aquellos que eran de tijera y se decía que sólo hablaban de venganzas y guerra. Un día Federico tomó a escondidas el libro de uno de sus vecinos tijeretos, pero no pudo entender nada porque ¡estaba todo tijereteado! Alguien lo había recortado a propósito para que nadie más lo leyera. Ésa era una regla en Tijereta: “Los libros sólo pueden ser leídos una sola vez, para evitar que caigan en manos de las criaturas de periódico. Cuando termines de leer un libro, tijeretéalo y así le habrás hecho un bien a tu isla y a tus gobernantes”.

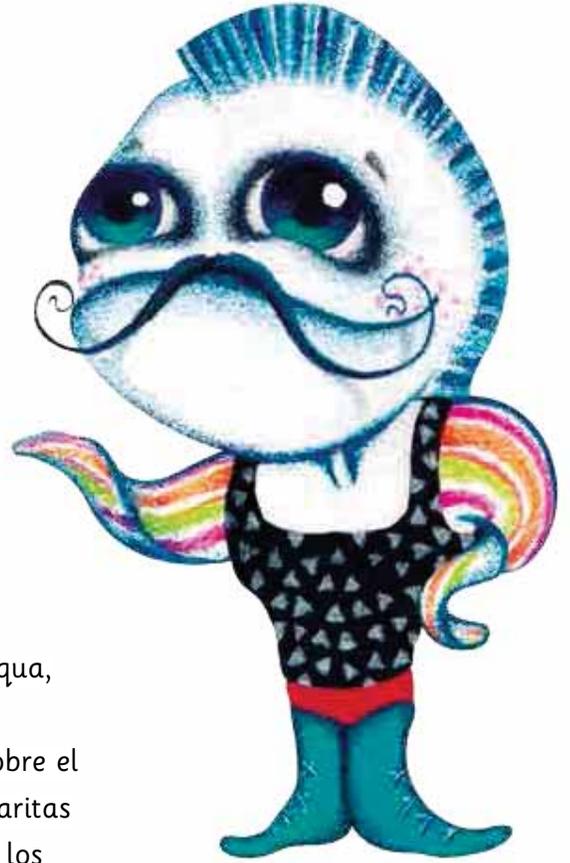
A Federico le gustaba escribir cuentos, pero debía esconderlos, pues tampoco se les permitía convertirse en autores. Cuando abandonó Tijereta no pudo llevar consigo la libreta que contenía varios de sus cuentos y eso le producía una profunda tristeza.

Recargado en el hongo, Federico pasaba las hojas de su nuevo libro y le llegaba un perfume diferente. Su reciente amiga Banqua, una gnoma muy bonita, le había contado:

—Es un aroma-libro. Si lees el capítulo sobre el respeto a las flores, percibirás aroma a margaritas y hueledenoche; si lees sobre la tolerancia a los murciélagos, te parecerá estar bajo sus alas; pero no podrás leer por mucho tiempo acerca de la necesidad de limpiar la basura que dejan las brujas verdes después de sus fiestas, iese capítulo huele asqueroso!

Federico se quedó dormido arrullado por el suave caer de las gotas sobre las copas de los encinos, bajo la luz de luna, a la que amaba, y el sonido del río; y con el aroma-libro en la mano despidiendo decenas de perfumes.

Una gritería lo despertó. Eran Alcino y su prima Banqua. Alcino brincaba y hablaba por un megáfono anunciando que la función





de circo, prometida para esa temporada, iba a comenzar en unos minutos. Algunas gigantes seguían en caravana a Alcino, quien comentaba sus números favoritos de circo. Federico se cercioró de que la lluvia hubiera acabado y respiró el aire nocturno. Se integró a la procesión imitando los saltos de Alcino.

Cuando llegó a la taquilla que atendía Trog, le preguntó:

—¿Es cierto que la función ya va a empezar?

—Sí, Federico, debes apresurarte para ganar el mejor lugar, a tres filas de la pista; desde allí se ve mejor todo. Y cuídate del chimpancé que finaliza

la función, porque siempre termina aventando chorros de refresco al público.

—No te preocupes, me saldré antes de que termine la función. ¡Cómo me molesta huir del agua todo el tiempo! A veces no quisiera ser como soy —se quejó Federico.

—No repitas eso. Puedes arrepentirte un día de esas palabras. ¡No quieras ser otro por pequeños problemas como éste! Estoy segura de que pronto lo resolverás y dejarás de temerle a la muerte por agua. Tus nuevos amigos te aceptan tal y como eres. ¡No cambies, Fedel! —le suplicó la gnoma Trog.

En eso llegó la abuela Gela junto con su nieta Banca. Federico había hecho buena amistad con ellas. Gela era una gnoma muy simpática y con gran aire juvenil, aunque era de la misma edad que Sharash Menglow. La gigante Tragaldabas llegó un poco tarde a la función y le preguntó a Alcino si la abuela Gela ya había entrado a la carpa. Ellas eran muy buenas amigas.

—Sí, está sentada con Federico y Banca en la tercera fila. Por cierto, ¿ya sabes el último chisme? Dicen que ha desaparecido Muk, el hijo de Sharash. ¡Qué bueno que nos hemos librado de ese engendro! A ver si ahora la tal Sharash deja de hacer sus hechizos a todos los que no son como ella —le comentó Alcino, otro nieto de la abuela Gela.

Alcino era el gnomo más comunicativo de Bosco y una criatura bastante curiosa, siempre estaba husmeando a Federico para ver si había noticias interesantes en la piel de periódico. Saludaba a Federico y en seguida lo leía de arriba a abajo. Como a Alcino le encantaba el chocolate, lo ponían triste los anuncios de fábricas de chocolate en quiebra, pero lo reanimaban los chismes más recientes de gente de las comarcas vecinas.

Aquella noche la luna se había puesto el vestido más reluciente que tenía y se acercó a la carpa para admirar la función. Todos en las gradas estaban impacientes por ver a las víboras convertirse en números o a los peces danzar al son de una flauta.

Federico estaba pensativo por la reciente noticia que había recibido acerca de Muk, pues entre los habitantes de Bosco lo único que



se comentó antes de la función fue la extraña desaparición del hijo de Sharash. Federico pensó que si Muk estaba en problemas, Sharash Menglow no podía estar de muy buen humor.

A la tercera llamada salió Broncs, el dueño del circo, un gorila que siempre masticaba un puro apagado y que tenía mal genio. Broncs gritó a voz en cuello:

—¡Ahora, público de Bosco, serán testigos del mejor espectáculo jamás visto por estas frías regiones! ¡Siete serpientes coralillo formarán, en menos de un minuto, los números del uno al diez, las letras griegas beta, phi y zeta, y los números romanos III, V, X y el MXCLXI! —dijo Broncs. ¡Y su actuación fue espectacular!

A las gigantas les gustaba en especial la presentación de los peces. Dentro de una enorme pecera de varios metros de ancho, cientos de peces blancos con líneas fosforescentes danzarían al ritmo de una flauta de pan que tocaba un viejo sátiro sobre una roca. Sus ore-





jas terminadas en punta temblaban con las notas graves. Para este número había que apagar todas las luces. En primera fila se veía a las niñas con cabellos de miel y al gnomo Alcino; en la tercera fila, la abuela Gela, sus nietas gemelas Trog y Banqua, y Federico. Todos estaban expectantes de lo que pasaría en unos segundos. Se apagaron las luces. Entonces, el color de las líneas fosforescentes se convirtió en rayas vertiginosas de múltiples colores que se movían en el agua y formaban constelaciones como la de Orión y nebulosas como la de la Hormiga y la del Ojo de Gato. Instantáneamente desaparecían esas figuras para dar nacimiento a otras. ¡Era una explosión de formas tridimensionales fantásticas!

Al final, cuando el chimpancé bañó a los espectadores con refresco de uva, Federico ya no estaba. Gigantes, gnomos, algunos druidas y criaturas diversas aplaudieron hasta cansarse. También estuvieron presentes la anciana Sara y Shake, que habían asistido juntos al espectáculo. Banqua y su abuela Gela hasta se levantaron de sus asientos para festejar el gran final. Trog masticaba en silencio una bolsita de ranas rostizadas.

Federico no quería perderse ninguna función de circo durante la corta temporada. Estaba contento de haber llegado a vivir a mí, porque la mayoría de los habitantes convivía de forma armoniosa, salvo por algunas brujas verdes y uno que otro enano malhumorado. Federico salió feliz de la carpa antes que todos y miró a la luna. La amaba por sobre todas las cosas.

Salvarse del refresco que aventó el chimpancé no fue difícil. El mayor peligro estaba en toparse con la terrible Sharash Menglow y su ofanin, un pequeño ser cuya cara de pajarraco enfermo coronaba su cuerpo de ángel.

—¿Cómo podré hacerme invisible ante ellos? ¿Me atraparán esta noche? —se preguntó Federico. Sharash detestaba a ese “niñito de periódico” pues, según ella, sólo era un revoltijo de papeles inservibles. Además del agua, la presencia de esa vecina era otro miedo que Federico tenía que vencer.

Su casa quedaba justo al lado de la de Sharash. Él vivía en el tronco hueco de un alto cedro. Hacía días que Sharash lo miraba de reojo y murmuraba quién sabe qué cosas. Todos en Bosco participaban del horror que provocaba esa mujer, porque su costumbre era recorrer el bosque en busca de cualquiera que fuera diferente a ella, luego lo invitaba a tomar el té para convertirlo en algún objeto que utilizaba en su cabaña: el balde para la leche, un porta-antorchas o un cepillo de dientes.

La manera en que hechizaba era muy sencilla: pellizcaba el brazo de la víctima cuando ésta se descuidaba y al instante la reducía de tamaño. Entonces se apoderaba de la personita y la guardaba en la vitrina negra de su sala. Luego pronunciaba un conjuro y el invitado se transformaba en matamoscas, bacinica o papel de baño. Para colmo, hacía poco que se hallaba acompañada del Ofanin Rojo, un ángel que le haría mucho daño a Sharash.



## EL PELO MÁGICO DEL **OFANIN ROJO**

Si alguien le hubiera preguntado en qué desearía convertirse, el Ofanin Rojo hubiera contestado que en lagarto. Amaba la soledad y el silencio, igual que los saurios, pero en su país de origen no había pantanos, sólo arena, calor y hechiceras que tejen historias en grandes gobelinos.



—¿Entonces, Ofanin, con qué sueño alimentarás tu vida, si no te puedes convertir en lo que deseas? ¡Y no seas egoísta! Aprende a ser agradecido con los que te rodean, como Sharash, que te dio albergue cuando se lo pediste —le dijo pensativo el cocodrilo Klumb, hermano del barquero Shake. Klumb era un artista incomprendido al que le gustaba pintar paisajes geométricos con perales, amapolas y manzanos. La realización del sueño del ofanin llegaría pronto, aunque no tenía nada que ver con el sueño de convertirse en lagarto.

El ofanin de esta historia es muy especial, aunque hay muchos otros, cientos diferentes, todos con alas y malicia en sus actos. Son ángeles bastante peculiares: tramposos, cínicos, juguetones; y todos tienen cara de pájaro.

El Ofanin Rojo era del tamaño de una mariposa y tenía una vestimenta peculiar. Usaba un alto gorro color mostaza que escondía por completo su cabellera negra, larga y rizada. Su gorro ocultaba algo más: un pelo que era mágico. Todos los ofanin tienen un pelo mágico que les confiere un poder específico. Si alguien le cortara su mágico pelo al Ofanin Rojo, perdería su poder, que consistía en encarcelar a cualquiera sobre la superficie que él deseara, ya fuera en una

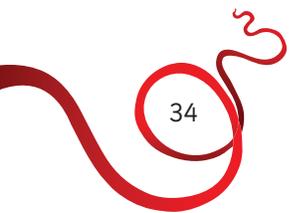


pintura, una jarra o hasta en un grano de arroz. Esto era posible gracias a ese pelo color plata que resaltaba en su cabellera, por lo que lo ocultaba siempre bajo su gorro... No fuera que alguien se lo quisiera arrancar.

Su camisola holgada de seda llevaba bordada una frase enigmática: “No me quitéis el sol si no queréis perder vuestras lunas”. Encima de la camisa, un largo chaleco de terciopelo negro. En sus pies, dos alpargatas terminadas en punta y en cada punta un cascabel con sonido diferente.

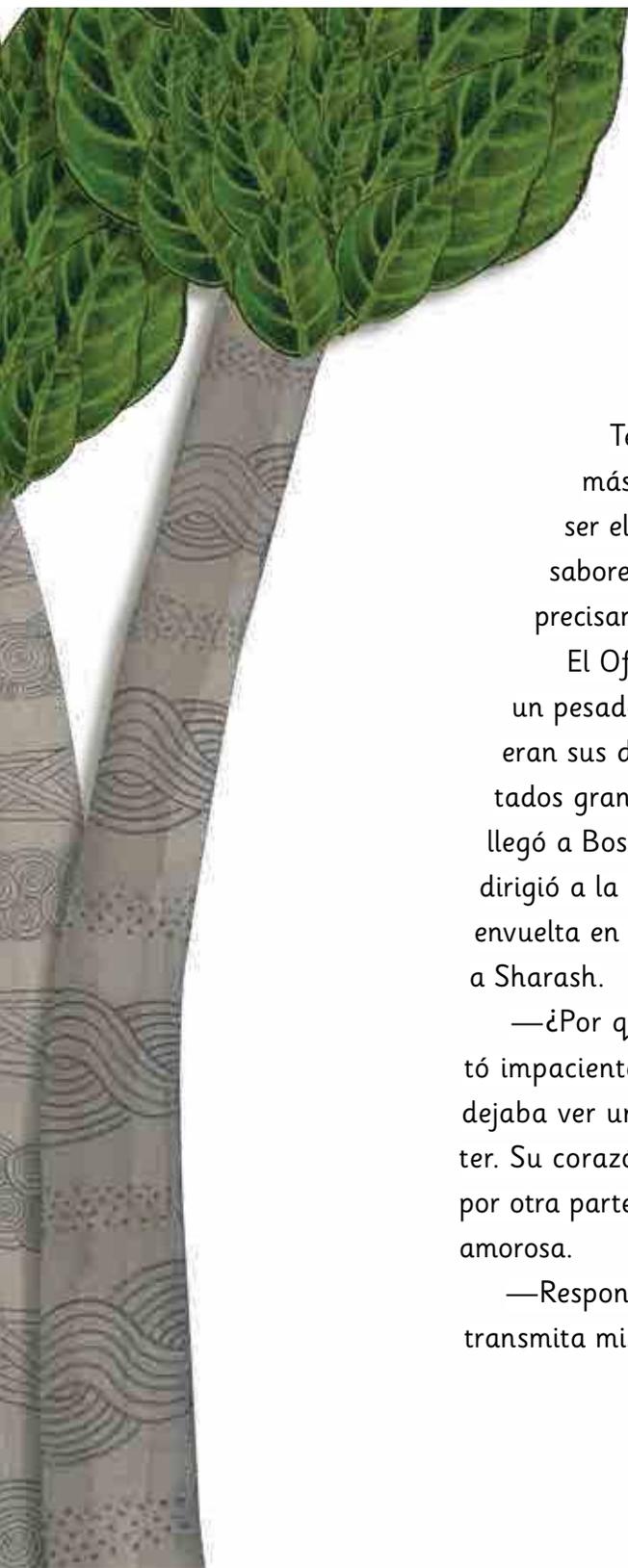
Verlo volar por las altas montañas o sobre los cedros que poseo era un espectáculo único: de espaldas, de cabeza, de mariposa, con los ojos cerrados. Parecía que nadaba en el aire suave. Como los ofanin pueden ser más demonios que ángeles, hay que tener cuidado con ellos si te los encuentras de pronto saliendo del espejo. Traspasan paredes y túneles de tiempo, y no comen los alimentos comunes. Algunos niños les dejan en los rincones de sus casas dulces envueltos en celofán de colores. Los ofanin llegan, huelen y se van. Dicen los niños que sólo le quitan el sabor a los dulces: ya no saben igual. Los ofanin se alimentan de aromas y emociones fuertes, como el miedo o la rabia.

El Ofanin Rojo, después de enemistarse con la gente de su ciudad, porque los zapateros intentaban robarle sus cascabeles y las mujeres gordas le echaban insecticida cuando él tomaba la siesta sobre blandas alfombras, decidió venir a Bosco, aunque hiciera frío









y hubiera tormentas. Se haría aprendiz de algún hechicero o de un encantador poderoso y seguiría su aprendizaje de conjuros y pócimas. Tenía que estudiar mucho, necesitaba aprender más fórmulas mágicas y dedicar la vida a su sueño: ser el mejor encantador, estar por encima de todos, saborear los triunfos de vencer al oponente... que no era precisamente lo que le había aconsejado un día Klumb.

El Ofanin Rojo abandonó la ciudad llevando consigo un pesado legajo de papeles en una bolsa de cuero, pues eran sus documentos más importantes, donde tenía apuntados grandes conocimientos de oscura magia. Cuando llegó a Bosco preguntó por el mejor hechicero. Entonces se dirigió a la cabaña que tenía como toque distintivo estar envuelta en telarañas, pues alguien le aconsejó que visitara a Sharash.

—¿Por qué crees que me serás indispensable? —preguntó impaciente Sharash Menglow con una leve sonrisa que dejaba ver unos lamosos dientes. Era la bruja de peor carácter. Su corazón vacilaba entre el rencor y la venganza. Aunque por otra parte era una madre común y corriente: regañona y amorosa.

—Responde, ¿por qué pensaste en mí para pedirme que te transmita mis conocimientos?

El Ofanin Rojo le contestó:

—... porque eres la maestra que estaba buscando: muestras carácter, dedicas cada minuto de tu vida a la magia y no tienes amigas con quien perder el tiempo. Yo puedo aprender de ti y a la vez enseñarte lo que sé; compartiré contigo mis últimos descubrimientos acerca de la maleabilidad de la materia. A cambio de eso sólo pido un favor: que no hagas un solo ruido cuando esté ensimismado redactando mis ideas. ¡Amo el silencio porque es el reino de los espíritus libres!

Después de pensarlo unos minutos, Sharash aceptó. ¿Qué podía perder? En aquel tiempo vivía sola con su hijo Muk. Había oído hablar de los ofanin, pero le aconsejaron que no era recomendable conseguirse uno de “planta”, es decir, para vivir con ella bajo el mismo techo. Después leyó que podían ser malévolos, dependiendo del color del pelo mágico. Los ofanin con pelo de color verde, azul y lila eran groseros y muy traviosos. Los de pelo cobrizo o rojo, lo peor de lo peor, enojones y borrachos. Los que lo tenían dorado o plateado eran ofanin poderosos y astutos.

—¡Necesito ver ese pelo! Si es azul, mala señal. Si es cobrizo, peor. ¿Cómo lo descubriré sin que se dé cuenta, pues veo que siempre lleva un gorro que lo oculta?

Ya pensaría ella de qué modo enterarse del color del pelo mágico que tenía su ofanin.

El Ofanin Rojo salía de noche a volar sobre el manantial. Ahí, lejos de las miradas, se quitaba el gorro y peinaba, con un peine de



marfil, sus  
hermosos y  
largos cabellos  
negros. El pelo  
plateado brillaba  
a la luz de la luna.

Si oía a alguien acercarse,  
se escondía detrás de las coníferas o volaba hasta las  
frondas de los abetos para que no lo vieran.

Sharash y el Ofanin Rojo convivieron en santa paz durante mucho tiempo. Se habían hecho amigos y juntos ensayaban hechizos al calor de la chimenea. Él apoyó a Sharash en la realización de la fórmula del hechizo para rejuvenecer, lástima que no haya asistido al certamen, pero ese día estaba muy ocupado en ciertos asuntos turbios de los que pronto se enteraría Sharash.

Un día ella le descubrió por fin el pelo plateado. Fue una noche en que al Ofanin Rojo se le olvidó esconderlo. Se había quedado dormido ante el plácido chisporrotear de la leña en la cabaña de Sharash y, para descansar mejor, aventó el gorro al suelo, sabiendo que Sharash llegaría tarde.

Sharash quedó tranquila, pues su ofanin no era peligroso. Al menos, eso pensó. No sabía que esta criatura tenía un gran defecto: ser malagradecido. Ya lo comprobaría el día que se enterara de que su “querido” ofanin la había traicionado.

# PERO... ¿DÓNDE ESTÁ MUK?

Cuando terminó el Certamen Anual de la Bruja más Creativa de Bosco, Sharash se sentía humillada.

—¿Cómo una gigante tan bobalicona pudo ser la ganadora? ¿Qué le vieron los jueces al hechizo de Pantagruela, si desaparecer y aparecer dentro de un huevo es de lo más común? —pensaba Sharash mientras se dirigía rumbo a su cabaña. Rumiaba venganza en contra de los jueces y del sol, sí, del sol, porque él había sido el principal culpable de su fracaso. Debía descubrir cómo apagar de una vez y para siempre a esa estrella tan entrometida.

Caminaba de aquí para allá por la cabaña, enredándose en las telarañas



que tenía colgadas por todas partes, hasta que anocheció, pero ella no paraba de maldecir, de jalonearse los pelos y de patear cuanto objeto o ratón se le atravesara en su camino. De pronto descubrió que Muk no estaba aunque ya era la hora de la cena. Un mal presentimiento le mordió el corazón. Dio la una, las dos de la madrugada y nada de Muk.

Se sentó en un sillón junto a la chimenea y empezó a escribir una nueva página de su diario. Era la manera que tenía de desahogar sus penas, pues, aunque bruja, tenía sentimientos y emociones genuinas.

Lloró, con un llanto apestoso que le escurría por la verde cara. Su gata negra, Maga, la veía de lejos. Sabía que en esos momentos no debía acercarse a su dueña, pues no recibiría caricias sino tal vez mordiscos o puntapiés. Cuando Sharash dejó de llorar y de escribir, hizo un recuento de los sucesos de ese día. ¿Por qué no había acudido su hijo al certamen, si era uno de los más interesados en acompañar a su madre? ¿En qué región de Bosco se encontraría en ese momento? Se asomó a su recámara y no descubrió ninguna pista; salió a la puerta hecha de lianas para ver si de casualidad lo veía regresar, después de sacar piedras preciosas de su montaña y recordó que el jorobado Ralph se la había robado hacía poco.



Pasó la noche en vela esperando el regreso de su hijo. Tampoco estaba el Ofanin Rojo por ningún lado. Seguro seguía en busca de su sueño. Sharash no tenía apetito y apenas si sorbió un poco de agua y se dirigió a su cama. En cuanto entró a su cuarto, volvió a leer en el piso la amenaza que los búhos le escribieron. Entonces exclamó:

—¡Fueron ellos! ¡Ellos raptaron a Muk! ¡Tengo que rescatarlo!  
—gritó Sharash, y los urogallos temblaron en sus ramas. La bruja tomó un chal, se puso una mascada negra en la cabeza y montó en su monopatín. Estaba amaneciendo. Se dirigió volando al cementerio, pero los búhos ya se habían puesto de acuerdo por si ella los enfrentaba.

—Cuando venga la bigotuda, hacemos como que no la oímos. Se cansará de preguntar y nos dejará en paz —les había aconsejado Melifluo.

Cuando Sharash aterrizó frente a los búhos se les quedó mirando en silencio. Paseó alrededor de ellos una y hasta tres veces. Murmuraba algo, pero no supieron qué. Para su sorpresa no hizo nada más. Se trepó de nuevo a su monopatín y voló tan alto que no pudieron ver que la bruja lloraba y que por tener nublados los ojos casi se estrella con los cedros rojos cercanos al manantial. Aterrizó frente a su casa y, limpiándose las lágrimas, dijo en voz alta:

—¿Dónde estás, Muk, hijito mío? Si yo pudiera saberlo haría cualquier cosa por salvarte, ¡cualquier cosa!

Estas palabras fueron escuchadas por Federico, quien en ese instante cruzaba frente a la cabaña de Sharash, pues se dirigía a platicar

con Banca. Federico se escondió tras un tronco podrido y logró que no lo viera. Pero se quedó pensando en las palabras de Sharash.

Ese día y los siguientes la bruja Sharash Menglow no fue la misma de siempre. Dejó de salir de su casa y, si lo hacía, se alejaba por varias semanas quién sabe a dónde. A veces cruzaba el manantial para ver a Sara y encontrar consuelo en su única amiga. Ella le aconsejó que no les hiciera nada a los búhos hasta no estar segura de que Muk se hallaba a salvo. Un día, de regreso a la cabaña de Sharash, ambas amigas miraron las estrellas y Sharash susurró una oración, después entonó a capela una canción; la música era dulce y melancólica. Sara la acompañó tocando su laúd hasta que se quedaron dormidas frente a los libros de magia. Un búho espía las vigiló hasta el amanecer. La Maga lo vio y maulló como demente. Un sutil vuelo de ofanin cruzó frente a la cabaña.



## EL DIARIO DE SHARASH **MENGLLOW**

El día que Sharash estuvo de visita en casa de Sara, antes del concurso, Federico entró a escondidas a la cabaña de esa bruja verde. Alcino le había contado que allí dentro se oían gritos, como si alguien tuviera dolor de muelas. ¿Quién podría ser? Todos sabían que Muk, el gnomo hijo de Sharash, había desaparecido de Bosco el día que se celebró el Certamen Anual de la Bruja más Creativa de Bosco.





Federico presintió que quien gritaba en la cabaña podía ser el mismo Muk. Quería hallarlo y devolverle la felicidad a Sharash, para, a cambio, pedirle dos favores: que le ayudara a volver a Tijereta y que le prometiera que nunca lo iba a hechizar. Ella misma había dicho un día en voz alta que haría cualquier cosa con tal de ver de nuevo a su hijo. Federico soñaba con regresar a su isla, pues la extrañaba en demasía. Allá había dejado amigos y familia y además su libreta con los cuentos que había creado. Pensaba que si Sharash era tan poderosa podría obligar con sus artes mágicas a los tijeretos a aceptarlo de nuevo y así recuperar tantas cosas queridas. Estar en el exilio sólo había hecho de él un niño que veía el futuro en el fondo de un despeñadero.

Federico, después de abrirse paso por la puerta de lianas, miró por todos lados temiendo hallarse de frente con el Ofanin Rojo.

—Esa especie de insecto no me cae bien. Me mira con una sonrisa burlona que me deja temblando. ¿Estará con Muk?

Con cautela, Federico caminó por la sala. El piso era negro, de pizarra fría. Vio la chimenea apagada y se acercó a remover un poco las cenizas. Le gustaba frotar sus dedos con esa arenita blanca. Para su sorpresa, descubrió a un costado de la chimenea, cerca de la leña amontonada, el diario de Sharash. Leyó de prisa:

Yo, Sharash Menglow, nací hace 270 años en una isla llamada Martillote. Desde hace mucho tiempo he permanecido en Bosco, donde hay algunas personas que detesto porque no son como yo. Poseo una gran colección de hechizos que guardo bajo llave para usarlos contra mis enemigos cuando haga falta. Tuve un hermoso hijo llamado Muk, pero ahora estoy sola de nuevo. ¿Qué le ocurrió a mi pequeño? Desapareció y mi corazón sufre como si alguien hubiera sembrado un ruido de pajarraco en mi pecho ensordeciendo las alegrías. Sólo la montaña que le obsequié a Muk escucha mis lamentos. Muk me regalaba piedras preciosas que extraía de ella. Y ahora, cada vez que entro a su recámara y observo sus ropitas colgadas y sin usar, quiero explotar a todo Bosco, convertirlo en cenizas, vengarme, sí, vengarme.

Muk hermoso, tú tenías el poder de soplar tan fuerte que hacías que las hojas secas ensuciaran el manantial o que los pinos llegaran hasta las nubes. Era tu principal don, además de que podías producir con la garganta unos tonos tan bajos que derrumbaban cualquier colina o hacían que la tierra se abriera.

Pero un día ya no volviste. ¡O te perdiste en alguna cueva, o te desvaneciste en el aire... o te secuestraron...!



Federico dejó de leer porque empezó a oír un lamento pequeñito dentro de la misma cabaña. ¡Sí, no había duda! ¡Muk estaba en ese lugar! ¿Pero, dónde? Tal vez el gnomo Alcino supiera esta parte del misterio. Era tan platicador que lograba que los demás le confiaran lo que no debían contar a nadie nunca. Federico salió de la cabaña antes de que Sharash regresara y lo viera allí, pero se llevó consigo el diario de la bruja verde pues quería analizar lo que había escrito. Tal vez allí descubriera una pista para encontrar a Muk.

Al amanecer, Federico se dirigió a la encina para buscar a Alcino, no sin antes vestir un abrigo de hojas de álamos temblones. Así evitaría que al cruzar el riachuelo lo salpicaran los castores bromistas. Era lo mejor que había podido inventar para salvarse del agua.

—¡Pero el abrigo es tan pesado...! —se quejó.

—¿Qué te trae por aquí, Federico? ¿Será que ya no quieres vivir cerca de la vieja Sharash? —preguntó burlón Alcino.

—Bueno... Ella es una mujer... algo extraña.

¡Y claro que era extraña! Sharash lucía una mandíbula prominente que acentuaba su perfil aguileño y, sobre los labios casi morados, un bigote cerdoso y negro. Como además era bizca no se sabía hacia dónde miraba. Sus zapatos eran los más extraños que hubiera vendido la boutique Voilà: de cristal transparente, muy puntiagudos y lucían dos pequeñas boas de cobre en los tacones a manera de espuelas. Los había conseguido en la tienda de Tula, la elegante araña que abría todos los días y que era imparable, pues nunca dejaba de estar

arreglando sus aparadores, tejer ropa y vender la más fina y sorprendente mercancía importada. A la entrada de la boutique Voilà había un letrero que decía: “Le ropé de actualité”. Allí iban sólo las criaturas más cool de Bosco.

Federico le respondió a Alcino que la razón de su visita era para comunicarle que se había atrevido a entrar a la cabaña de Sharash y había descubierto su diario personal.

—Mira, aquí dice que Muk pudo haber sido raptado y yo quiero ayudar a Sharash a buscarlo —le dijo y añadió:

—También alcancé a oír una voz apagada cerca de la chimenea, como me contaste. ¿Será Muk el que pide auxilio? ¿Pero desde dónde habla? ¿Sabes dónde puede encontrarse Muk en este instante, Alcino?

—¿Para qué quieres saberlo? Donde Muk está, está muy bien. Puedo ayudarte a investigar su paradero, si quieres, pero no sé por qué te metes en los asuntos de la peor bruja verde de Bosco.

—Yo tengo mis razones, Alcino, y no me detendré hasta encontrar al hijo de Sharash.

Cuando los dos callaron, sólo se escuchaba de lejos el canto de los búhos que tanto miedo le producen a algunos niños. Federico abrazó el diario de Sharash y respiró hondo.



## TRANSFORMACIONES AL ÓLEO

En la cabaña de Sharash había una pintura que cambiaba de paisaje dependiendo de la estación del año en que me encontrara. El rapto de Muk había sucedido la tarde en que las uvas del cuadro se veían más apetitosas que nunca (y eso que no había zorra cerca), y cuando el río turquesa pasaba frente al pino de la pintura parecía decirle a Muk:

—¡Ven conmigo, querido gnomo, aquí serás feliz y tendrás todos los topacios que desees!

Muk no recordaba cuándo había aparecido colgada esa pintura sobre la chimenea de su casa ni quién era el pintor que había estampado su firma en una esquina de la tela: Klumb, artista excéntrico.

Después de una semana de la desaparición de Muk, su madre se dedicó a invocarlo de madru-





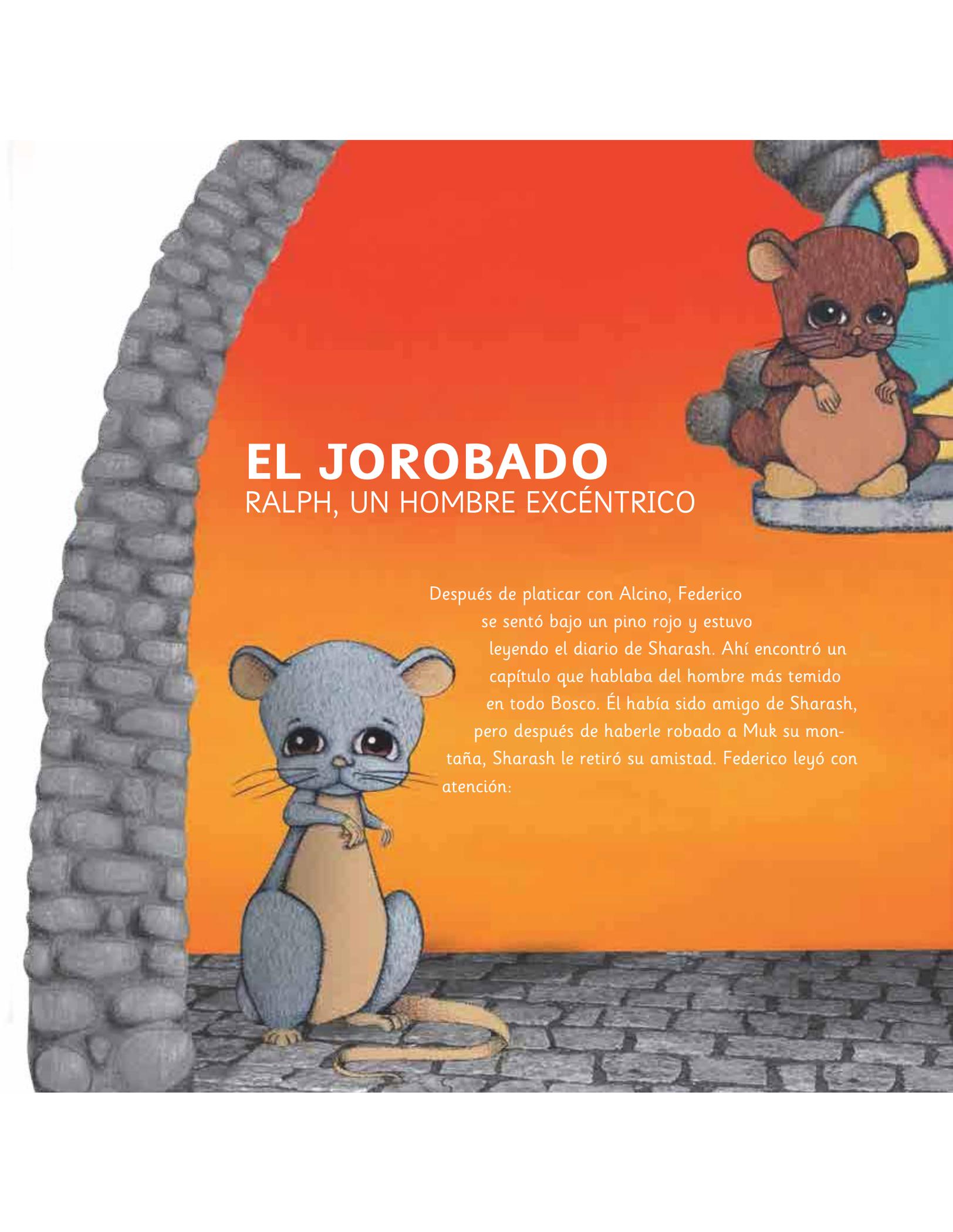
gada, cuando los muertos se vuelven polvo y empiezan a aullar los lobos.

Tal vez Federico no sería quien rescatara a Muk, porque el río de la pintura tenía un interés especial en tragarse al “niñito de papel”. De día, cuando Sharash dejaba los postigos abiertos, el río lo observaba leer bajo la Amanita Muscaria y de noche lo espiaba espiar a la luna, pues Federico estaba enamorado de ella.

—¡Qué enojoso es ese niño de periódico que se la pasa leyendo y no hace nada útil; y qué ridículas e imprácticas las noticias que están escritas en él! Sharash ha dicho que sólo hablan de mejores modos de convivencia entre todas las criaturas y de tratados sobre la paz. ¡Qué odioso! ¡Esos tratados nunca se respetan! ¿O sí? ¿De dónde vendrá esa risible información? Y Federico no hace más que leer y amar a la luna —decía con enojo el río.

Los búhos del cementerio estaban alegres con los comentarios que oían a raíz del rapto de Muk. Sharash se había portado tan mal con Melifluo al haberle arrancado una pluma para su fin egoísta, que todo los males que a ella le ocurrieran los hacía felices.

Mientras tanto, el cuadro de Klumb se iba transformando en un paisaje primaveral, con un sol quemante y unas violetas y gencianas chorreando colores. Sólo el polvo de las paredes y las cenizas de la chimenea escucharon un lamento pequeño, de aire desmayado.



# EL JOROBADO

## RALPH, UN HOMBRE EXCÉNTRICO

Después de platicar con Alcino, Federico se sentó bajo un pino rojo y estuvo leyendo el diario de Sharash. Ahí encontró un capítulo que hablaba del hombre más temido en todo Bosco. Él había sido amigo de Sharash, pero después de haberle robado a Muk su montaña, Sharash le retiró su amistad. Federico leyó con atención:





El jorobado Ralph es el único habitante de la Región Prohibida. ¿Por qué se le llamará así? Supongo que porque ahí todo es oscuro, incluso de día, o tal vez sea porque habitan las guardianas del fuego, las salamandras; o porque en esa parte dicen que hay un abismo que no tiene fondo; o porque se aparece un demonio llamado la Andrajosa. No lo sé. Lo que el jorobado Ralph sí sabe es que casi nadie cruza la línea invisible que separa a Bosco de la Región Prohibida. Sólo los enanos llegan allí a trabajar en las minas y en la forja de armaduras para caballeros, pero cuando atardece vuelven a sus aldeas.

Yo sé que el jorobado Ralph busca la soledad por orgullo. “¡Como nadie me quiere, yo no quiero a nadie!”, me ha dicho. Las pupilas de vidrio le dan a su cara un aspecto siniestro cuando se pone a jugar en la sala con su enorme tren de juguete o cuando interpreta melodías tristes en su piano negro. No sólo quiso construir su casa en la Región Prohibida: edificó una fortaleza para encerrarse allí y poder mirar las estrellas. Aunque la casona le quedó chueca porque es un pésimo arquitecto.

Tiene magníficos telescopios que él mismo diseña, además de que usa un astrolabio de bronce que le sirve para medir los cielos y observar la posición de las estrellas. El jorobado Ralph sorbe su café exprés y fuma su pipa cuando descubre una estrella, pero no vigila al cielo por amor al cosmos ni a la ciencia. El jorobado Ralph se roba el alma de las estrellas, porque las colecciona.

Sus mascotas eran tres ratones, únicos seres con los que mantenía una relación. ¡Los dormía en su propia cama, ya que le gustaba sentir su piel tibia calentándole los huesudos pies! Se llamaban Tonuno, Tondós y Tontrés.

Tonuno le avisó un día que vendrían a la casona todos sus familiares, más de cuarenta roedores, a pasar unas breves vacaciones. —¿Qué se han creído? Yo los tolero a ustedes, aguanto que mastiquen mis barbas, soporto que desmigajen el pan de mi alacena, admito que chillen en mis orejas cuando duermo la siesta, pero ¿una multitud de roedores en mi refugio? ¡Nunca! ¡Váyanse de una vez y para siempre y avísenles a sus familiares que se cancela el viajecito! ¡Y si no me obedecen a la de ya, les declararé la guerra con un tropel de gatos! —gritó enfurecido.

Ni tardos ni perezosos, Tonuno, Tondós y Tontrés salieron disparados, a pesar de haber vivido allí muchos años.

—¡Qué hombre más enojón! —dijeron al unísono. ¡—Y qué desagradecido!

Años antes esos tres ratones lo habían salvado el día que lo encontraron enredado en unas lianas y casi muerto de sed; con sus filosos dientes rompieron los amarres y le llevaron una botella de rocío silvestre para reanimarlo. Mi hijo Muk lo había dejado colgado allí como venganza por haberle convertido sus piedras preciosas en burbujas de jabón. Siempre está molestando a mi hijo, aunque a mí me respeta. Como tiene un gran poder en sus manos puede mover objetos a distancia. ¡Son manos únicas! La última maldad que ha hecho es el robo de la montaña de Muk y eso sí que no se lo perdono.

Federico dejó de leer. Ya había oído de Ralph y ahora creía que el jorobado podía ser el raptor de Muk.

—Aquí dice que siempre está molestando a su hijo... creo que debo investigar a ese hombre

—pensó Federico. Guardó

el diario junto al aromalibro y, como anocheecía,

quiso ver a su amada

luna. Cuando la estaba buscando

en lo alto del cielo se asombró de ver

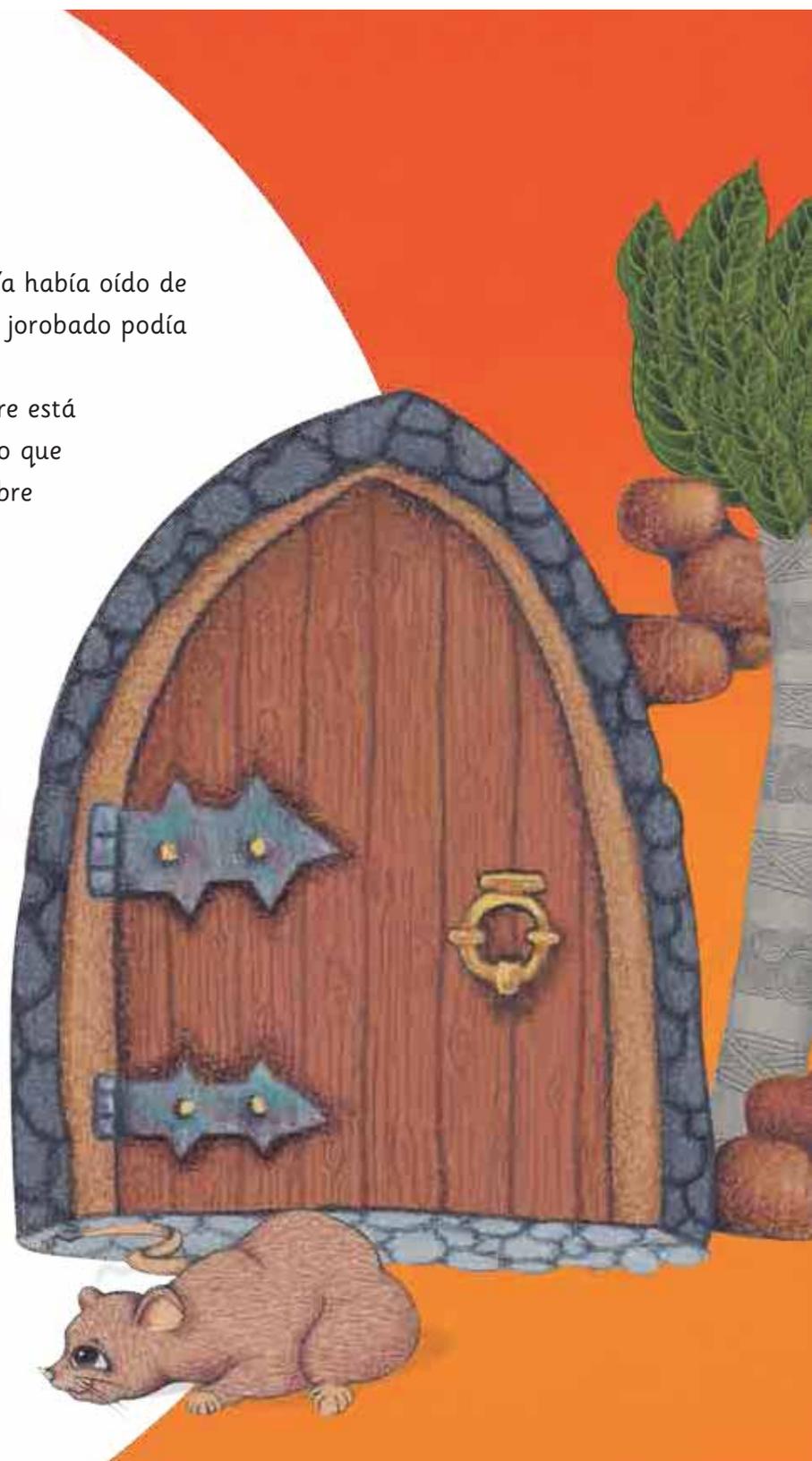
cómo desaparecían de golpe algunas

estrellas. Después de eso, unas luces

psicodélicas de variados colores

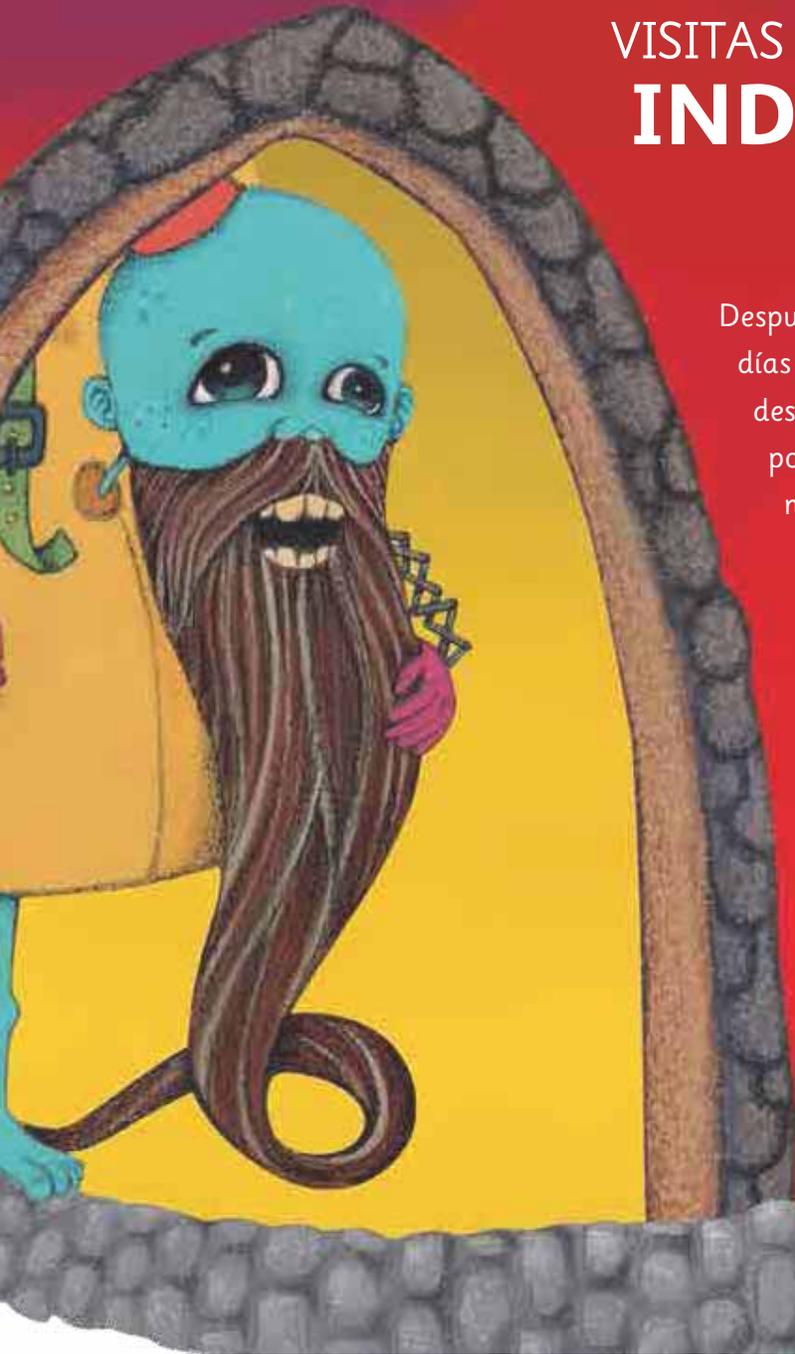
bailaron ante su asombro como fantasmas

rítmicos.



## VISITAS **INDESEABLES**

Después de haber pasado un par de días con Sara, Sharash Menglow se despidió de su amiga. Estaba más reposada, aunque había otra cosa que no la dejaba en paz: “¿Dónde está el Ofanin Rojo?”. Siempre le había prometido que en cuanto ella se encontrara ante un gran problema acudiría volando tan rápido como mosca panteonera, pero no fue así. De sus alas y de su pelo mágico ni la menor noticia, y tampoco sus cascabeles se oían por ningún lado.



Aquella noche, cuando Sharash regresó a su cabaña, los pájaros cantaron sin razón y algunos rododendros se abrieron de golpe, pues iniciaba el fenómeno celeste más espectacular de cada año. Una magnífica aurora boreal se observó a simple vista. Fue un estupendo resplandor rojizo que duró cerca de dos horas. Eran las extrañas luces que Federico había visto en el cielo al estar buscando a su amada luna. Todas mis criaturas admiraron esa aurora boreal a la que llamaron “el estanque de sangre”. Se quedaron asombradas por mucho tiempo, pero el jorobado Ralph no le hizo caso. Estaba como siempre en su observatorio astronómico y dirigió su telescopio hacia Andrómeda, pues se disponía a robar el alma de Sirrah y de Alamaak. En eso, se oyó un ruido en la planta baja de la casona. El jorobado Ralph se



puso al acecho y vio cómo temblaba el móvil de planetas que colgaba del marco de su puerta. Tal vez creyó que era Muk que deseaba darle una lección y recuperar su montaña.

—¡Algo muy malo está pasando! —pensó. Bajó despacio por la escalera de caracol y puso en guardia sus manos. Sus ojos de vidrio no parpadearon.

—¡Nada! Aunque estoy seguro de que oí ruidos. ¿Se habrá atrevido Muk a entrar en mi casona? ¿Habrá llegado la tribu de ratones? ¡Pobre de aquel que venga a perturbar mi soledad!

Alguna vez el jorobado Ralph había sido joven y amigable. Se sabe que vino a Bosco en busca de paz y buenas amistades. Sin embargo, un día se tornó huracán y malgeniudo. Dice Alcino que esto se debió a que Livia había roto su noviazgo con él. Ella vivía en una de las Islas Bravuconas que se encuentran cerca de mí: Vulcanita, Tijereta y Martillote. El Día Fatídico los gobernantes de estas islas decidieron expulsar a todos los que no fueran iguales a ellos. Fue la ocasión en que Federico y sus padres salieron de Tijereta junto con otras criaturas que llegaron a mí buscando refugio. También fue la vez que Ralph conoció a Livia.

Livia era una hermosa joven de lava, como muchas de Vulcanita. Tenía un hermoso color rojo en sus cabellos. Cuenta Alcino que siendo novia del jorobado Ralph, un día lo abandonó porque él le impedía divertirse con sus amigas y la quería obligar a raparse la cabeza, para que no le gustara a otros hombres. “¡Eso fue demasiado!”, opinaron Banca y Trog, cuando Alcino les contó el chisme.



—¡Esto es demasiado! —le gritó Livia al jorobado Ralph, y se fue para siempre.

El jorobado Ralph nunca había llorado. Sus padres le habían dicho que los hombres no lloran. Esto le hizo mucho daño, porque dicen algunos de mis habitantes que no hay sensación más relajante y placentera que llorar a moco tendido cuando algo te lastima profundamente. Cuando Livia lo abandonó, el jorobado Ralph lloró lágrimas blancas. ¡Lloraba por vez primera!

—Guardaré mis lágrimas en este frasquito y le pondré la fecha y la hora en que lloré, para recordar que un día, sólo un día de mi vida, he llorado. ¡Y juro que no lo volveré a hacer!

Con estos malos recuerdos, el jorobado Ralph ya no hizo caso ni del tintineo del móvil ni de la posibilidad de que Muk fuera a reclamarle su montaña. Se metió en la cama vestido con su camisón amarillo y un gorrito que tenía en la punta una borla. Bebió una espumosa taza de chocolate y extrañó la piel de los ratones entre los dedos sucios de sus pies. Soñaba y roncaba cuando un estrépito en la escalera lo despertó. Prendió una vela y salió de puntillas de su recámara. Casi se cae de



espaldas cuando distinguió una multitud de personajes que bajaban por la escalera.

—¿Qué hacen aquí Napoleón Bonaparte, Juana la Loca, Galileo Galilei, Isaac Newton, William Shakespeare y otras figuras célebres del planeta Tierra?

Él los conocía porque había llenado su soledad leyendo enciclopedias. Todos se apeñuscaban en la angosta escalera queriendo bajar al mismo tiempo. Una vez en la sala, se fueron acomodando cerca de la chimenea y se sentaron en círculo a espaldas del tren de juguete.

Cada uno mostró los objetos que los habían distinguido en vida. Galileo enseñó sus manuscritos y su telescopio; Bonaparte, sus estrategias militares apuntadas en un cuaderno; Shakespeare, los libretos de sus tragedias y comedias; y otros sacaban brújulas, espadas, fórmulas, pinturas y poemas.

Parecía que nadie se percataba de la presencia del jorobado Ralph. Todos actuaban como si éste no existiera. Se habían dado cita en la

Región Prohibida para recordar su pasado glorioso en la Tierra. Sabían que allí nadie los molestaría. “¡Recordar es vivir!” era su lema.

—¡Oigan, aquí estoy! ¡Ésta es mi casa y quiero dormir! ¿No me hacen caso? ¡Pues ahora conocerán el poder de mis manos y de mi furia!

Así que decidió enfrentarlos dirigiendo las palmas hacia ellos. Quería soledad y lo menos que tendría sería eso si los personajes inmortales se quedaban a vivir allí. Primero atacó a Bonaparte. Detestaba a los conquistadores porque sólo llevan muerte y destrucción a los lugares que conquistan. El tricornio del jefe militar se desencajó de su cabeza y fue a posarse sobre el oso disecado del comedor. El jorobado Ralph hizo danzar sus manos y la espada de Bonaparte flotó en la estancia a mucha altura moviéndose en zigzag. Otro pase de manos y los pantaloncillos blancos de Bonaparte corrieron escaleras arriba buscando el baño. Napoleón Bonaparte quedó semidesnudo viendo asustado al causante de su desnudez.

Con sus manos, el jorobado Ralph movía a distancia y con mucha maestría los objetos. Había aprendido este don en el tomo III de la *Enciclopedia del Diablo Mefistófeles*. No necesitaba treparse a un árbol de limones para disfrutar de una fresca limonada. Con sólo dirigir sus manos a lo alto del limonero, los frutos se desprendían de la rama y caían a sus pies. Tampoco debía esperar a que hubiera sol en días nublados para que se le secara la ropa que lavaba. Ponía sus manos rumbo a las nubes que cubrían el sol y de inmediato éste volvía a brillar.

Después de que Bonaparte se vio en paños menores, todos los demás personajes tomaron sus cosas y a la voz de “¡pasado y presente, desvanézcense de repente!” se fueron evaporando ante la mirada asombrada de Ralph. ¡Sus manos lo habían salvado de esta invasión a su intimidad!

—Está bien saber algo de la historia de ese planeta en decadencia, pero en los libros, no en la vida real —se dijo.

Federico había llegado a la casona chueca hacía apenas unos minutos. Asomado a la ventana había visto al jorobado Ralph desvanecerse sobre un sillón. Parecía más viejo que de costumbre. Federico creía que allí estaba Muk y se disponía a entrar a averiguarlo. Ralph miraba sus manos y les daba besitos, pues allí radicaba su gran poder.

No había duda, Ralph tenía un estupendo par de manos. Por eso las cuidaba demasiado. Se hacía el manicure, limaba sus uñas, las pulía con un cepillito... Se ponía crema, se quitaba la crema, se ponía guantes, se hacía tratamientos de glicerina con limón, las metía en agua tibia, limaba los callos, en fin. La mitad del día lo dedicaba a sus manos, la otra mitad, a robarles el alma a las estrellas.

Cuando le gustaba una estrella, después de haberla enfocado con el telescopio y ubicarla con el astrolabio, dirigía hacia ella su mano izquierda y, haciendo un esfuerzo mental, le exprimía el alma. La estrella, al instante, se desinflaba como globo ponchado y desaparecía del cielo. El alma de la estrella llegaba hasta el jorobado Ralph en forma de luz de diferentes colores. Después la encerraba en un frasco

vacío y cuando juntaba unas siete u ocho almas, abría una alargada caja con tapa de vidrio y allí las ensartaba clavándoles un alfiler. Ellas apenas si chillaban. Era su almarío, su colección de almas de estrellas, parecido a los insectarios que le hicieron realizar en la escuela. Era un fanático de su colección de estrellas.

El jorobado Ralph seguía en el sillón un poco aturdido cuando tocaron a su puerta. Federico se escondió detrás de un pino y lo escaló, para poder ver mejor lo que ocurría.

—¡Qué fastidio! ¿Quién más me importuna? —gritó. A la puerta estaba Sharash, quien había ido a buscarlo para pedirle ayuda. Ralph pensó que estaba allí para reclamarle el robo de la montaña de Muk. Así que se puso en guardia.

—Mi hijo desapareció —le dijo Sharash.

—¡Qué buena noticia! Así dejará de fastidiar, pues ya ves qué molestos son los hijos. Eso dicen algunos padres desesperados —respondió Ralph.

—¡No puedes decir eso! Yo lo amo y vengo a pedirte que con tus extraordinarias manos lo regreses de donde esté. Hasta soy capaz de pedirle que te perdone por haberle robado su montaña, sí, la montaña que yo le regalé y que con malas artes tú le hurtaste hace tiempo.

—Sí, bueno, claro... yo y mis manos..., ¡ah! sí... su montaña, pero ¿para qué lo quieres de vuelta?

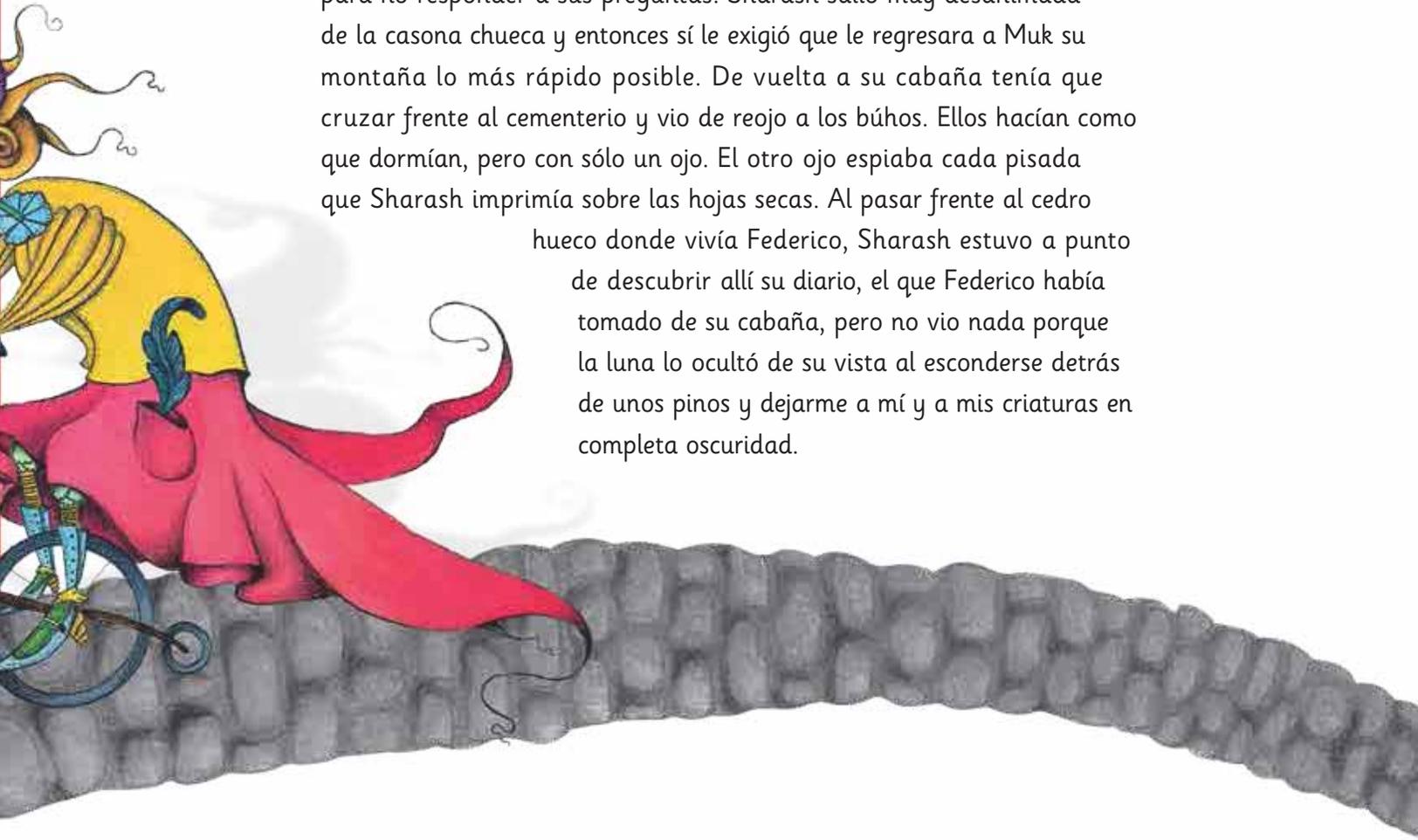


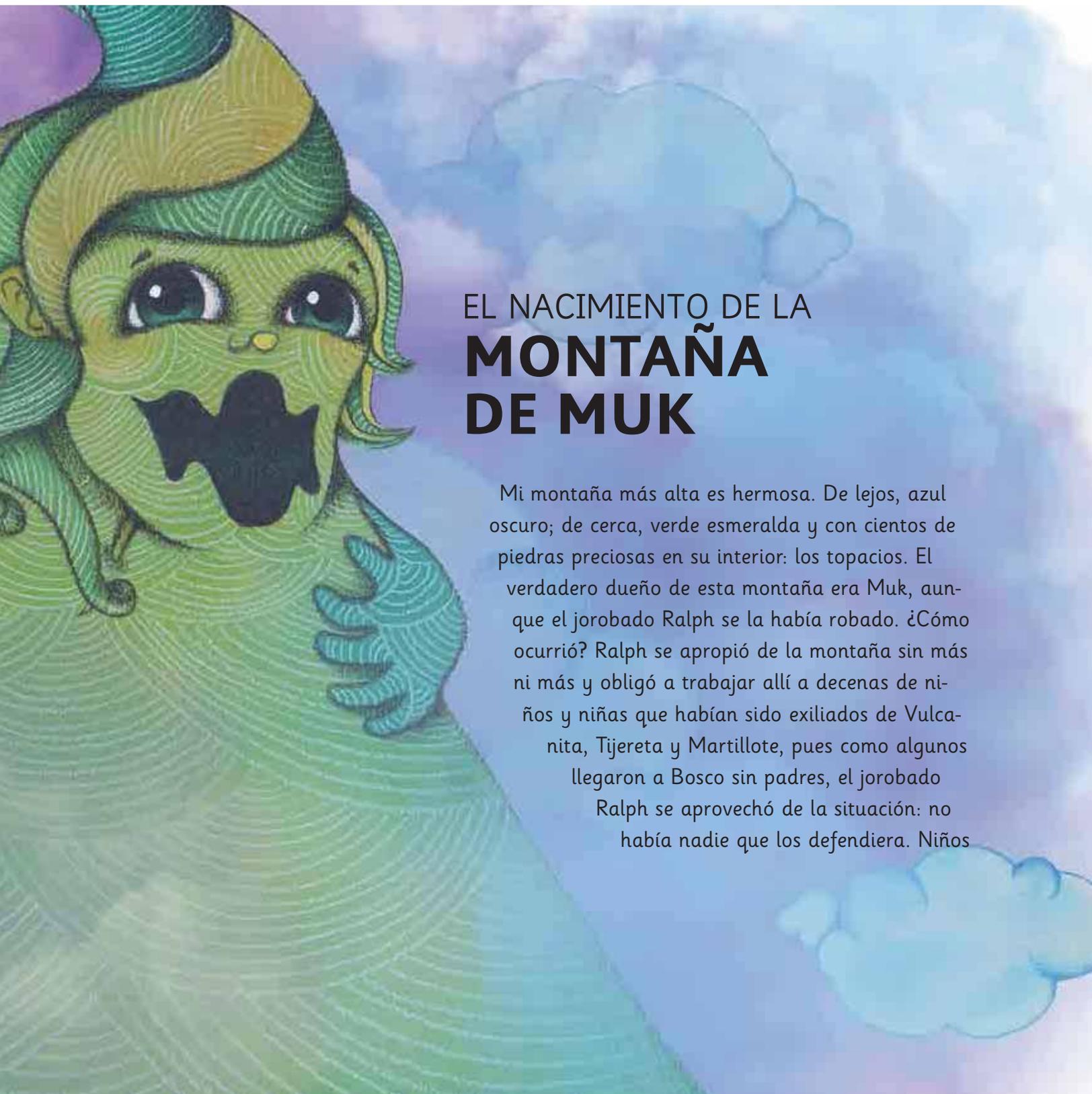


—¿Me vas a ayudar o no? Estoy muy desesperada y para aumentar más mi molestia no encuentro al Ofanin Rojo por ningún lado. ¿Podrías usar tu telescopio para buscarlo en algún planeta vecino? —preguntó Sharash—. O tal vez regresó con los suyos —añadió.

El jorobado Ralph refunfuñó, masculló unas palabras, farfulló insultos, murmuró desafíos y terminó ofreciéndole una tacita de café para no responder a sus preguntas. Sharash salió muy desanimada de la casona chueca y entonces sí le exigió que le regresara a Muk su montaña lo más rápido posible. De vuelta a su cabaña tenía que cruzar frente al cementerio y vio de reojo a los búhos. Ellos hacían como que dormían, pero con sólo un ojo. El otro ojo espiaba cada pisada que Sharash imprimía sobre las hojas secas. Al pasar frente al cedro

huevo donde vivía Federico, Sharash estuvo a punto de descubrir allí su diario, el que Federico había tomado de su cabaña, pero no vio nada porque la luna lo ocultó de su vista al esconderse detrás de unos pinos y dejarme a mí y a mis criaturas en completa oscuridad.





## EL NACIMIENTO DE LA **MONTAÑA** **DE MUK**

Mi montaña más alta es hermosa. De lejos, azul oscuro; de cerca, verde esmeralda y con cientos de piedras preciosas en su interior: los topacios. El verdadero dueño de esta montaña era Muk, aunque el jorobado Ralph se la había robado. ¿Cómo ocurrió? Ralph se apropió de la montaña sin más ni más y obligó a trabajar allí a decenas de niños y niñas que habían sido exiliados de Vulcanita, Tijereta y Martillote, pues como algunos llegaron a Bosco sin padres, el jorobado Ralph se aprovechó de la situación: no había nadie que los defendiera. Niños

con cabellos de raíces y nariz de rábano, niñas con trenzas de miel y pecas de colores, mocosos con cabeza de clavo. Al jorobado Ralph no le importaba si sus obreros eran de dulce o de longaniza, sino que trabajaran duro.

Empalagosas trenzas y viejos pantaloncillos iban y venían de arriba abajo y del fondo al centro de la montaña, empujando vagones herrumbrosos y desprendiendo topacios con sus zapapicos. Debían llenar cien vagones diarios con los hermosos topacios en forma de lágrima, porque si no lo hacían el jorobado Ralph les negaría la cena y les daría de azotes.

Ésa era la mejor montaña de Bosco. Muk la quería más que a cualquier otra. ¿Por qué Muk amaba tanto a esa montaña? Porque su madre, Sharash, se la había sembrado. La montaña había sido el regalo de su cumpleaños número trece.

El Ofanin Rojo había traído de su ciudad natal semillas de montaña y se las obsequió a Sharash por dejarlo vivir en su cabaña. Ella se había reído ante el regalo, pues no creyó que se pudieran sembrar montañas. Después dudó y un día siguió las instrucciones que venían en la bolsita. Sumergió en agua de manantial nueve semillas. Vacío en su caldero una copa de vino, otra de leche y la tercera de azufre y allí depositó las nueve semillas. Repitió tres veces la palabra “caballo” y agregó a la pócima unas cuantas escamas de culebra que guardaba en un frasco en forma de cuervo. Sharash movía de izquierda a

derecha su menjurje con una rama suave de olivo. Con esto llenó una cantimplora y al instante la noche se vino abajo.

Buscó en sus libros y supo cuándo habría lluvia de estrellas. Era indispensable que la siembra ocurriera poco después de este fenómeno celeste. Esperó algunos meses. La noche que llovieron meteoritos, Sharash salió en silencio. Se dirigió al barranco donde el río parece que llora y, al mismo tiempo, río y Sharash cantaron:

Da una vuelta al pozo  
y dale un coscorrón al zorro  
para hacer que las semillas  
se rompan como canicas.  
Gea, Gea, Madre Tierra,  
dame una montaña que vea.  
Ofanin Rojo, ángel bobo,  
si logras el milagro  
te haré rey de Bosco.

La madre de Muk cavó un hoyo profundo en el centro del triángulo que forman tres saúcos. Eran las nueve de la noche. Sharash quedó agotada porque bailó y bailó alrededor de cuatro antorchas que clavó en la tierra.

Esperó varias horas, varios días. Los cuervos la miraban de reojo; las hienas se alejaban de ella; los búhos del cementerio se burlaban a





sus espaldas. Sharash no se movía. Esperaba sonámbula el ansiado nacimiento de la montaña. No apetecía comer el eco de las risas de las gigantas, su cabello despeinado se agitaba con el viento, igual que su bigote. Presentía que, si en verdad ocurría el milagro de hacer nacer una montaña, ella sería tan prodigiosa como Odín, el dios guerrero que sabía dónde estaban todos los tesoros de la tierra y que cantaba para que ésta se abriera y se los regalara.

Pasó una noche, tres, nueve. Después de veintisiete días, a las seis de la tarde con siete minutos y once segundos, salió un ruido del subsuelo. Primero era como un ronroneo, luego, como un gruñido y, al final, itromp y tromp y más tromp! Era como si todos los gigantes hubieran despertado en el centro de la tierra.

Primero un chipotito, después un chipotote, y luego...

—¡La montaña en todo su esplendor! ¡Lo logré! —gritó loca de gusto Sharash. Esta montaña-niña tenía ríos que bajaban por su espalda. Cientos de pinos y abetos brotaban de su cabeza; un manantial lloraba por sus ojos. Y ardillas, venados, puerco espines paseaban por sus brazos. Escarabajos, arañas y mosquitos acariciaban sus piernas. ¡Cómo no iba a amar a esa montaña el gnomo Muk! Ahora la tenía en propiedad el jorobado Ralph, pero no por mucho tiempo, murmuraba Sharash al seguir buscando a Muk detrás de cada árbol de Bosco.

## EL VIAJE DE LA GNOMA TROG

Si alguna vez has visto extraviada entre las páginas de un libro de cuentos de hadas a una niña con los cabellos lilas, revueltos y secos que le caen en desorden por los hombros, una niña que viste una ropa compuesta de un faldón a cuadros azules y blancos, una blusa rojo sangre y zapatos de suela de armadillo, entonces habrás conocido a la gnoma Trog.

Federico la vio por primera vez sobre un arrecife cuando desembarcó en la costa oriental de Bosco. Ella estaba muy entretenida viéndose la cara en una pequeña alberca que se formaba a sus pies, entre unas rocas. Junto a ella estaba su primo Alcino. Federico se acercó y le preguntó a Trog por qué miraba con tanta atención el agua.



Ella, al oír la voz de un extraño, se cubrió rápidamente la frente con un turbante de seda.

—No sabes cuántas desgracias me han pasado últimamente —le contestó. Después, Alcino, Trog y Federico se encaminaron bosque adentro para platicar mejor. Alcino se fue a sentar sobre el tocón de un abeto. Llevaba un gorro plateado y una casaca roja. Todos en Bosco consideraban a Alcino muy chismoso y entrometido y algunos vecinos hasta le gritaban: “¡Alcino, cara de mico, no te metas en la vida ajena!”.

Trog le empezó a contar a Federico la problemática que estaba viviendo.

—Un día, caminaba muy confiada por el ramaje del árbol Ginkgo, cuando de pronto oí que me llamaban por mi nombre. Ese árbol es muy engañoso, más que el pirul o el cedro que de noche te acarician con sus ramas de mugre y te estrangulan los sueños si cometiste el error de dormir bajo sus copas. El Ginkgo tiene su tronco lleno de termitas, por lo que la colonia que habita en él supongo que contiene millones de habitantes. Considerando que lo alto del Ginkgo es de más de cincuenta metros, ya te imaginarás cuántas vocecitas se pueden escuchar en la soledad más absoluta. Pues bien, yo cruzaba una rama especialmente estrecha y oscura, en una noche especialmente silenciosa, cuando oí: “¡Eh, niña, fea gнома, vete de aquí o te haré ver lo invisible y escuchar lo inaudible, por haberte atrevido a pisarme!”.

—¿Quién me habla? ¡Aparécete, cobarde! —grité.



Entonces, manoteé en el aire buscando detener al que me amenazaba de esa forma, cuando mis manos se encontraron sujetas por lianas invisibles. Intenté zafarme, traté de huir, pero también mis pies estaban detenidos por grilletes fantasmas. Como yo tengo amigos especiales, invoqué a los lirones glis glis que a esa hora hibernaban en sus madrigueras y enseguida salieron de su sueño profundo y subieron por el Ginkgo y llegaron hasta mí. Con sus uñas y dientes afilados rompieron los ligamentos invisibles y me treparon en el lirón más gordo.

—Pues sí, Federico, como puedes ver, mi prima es ancha y de huesos pesados, así que tenía que ser el lirón más, ¡más gordo!

—¡Cállate, Alcino, déjame continuar! Me salvé en aquella ocasión, pero desde ese día puedo ver las ideas de mis vecinos y además, como otro castigo del Ginkgo, me apareció en la frente una verruga... que parece berro.

—O puede ser un berro que parece verruga...

—¡Cállate, Alcino! Aquí, mira, en medio de la frente tengo esa fea verruga como cuerno de unicornio que no es cuerno, y todo esto fue por haberme atrevido a subir al árbol Ginkgo.

Y Trog volvió a enredarse el turbante. Federico la animó:

—Tú puedes encontrar la solución para esos problemas. Debe haber alguien que te ayude.

Alcino le recomendó ir con su abuela Gela, quien era una anciana muy sabia.

—¿Por qué no vas con nuestra abuelita?

—No, me da pena que me vea así. Mejor voy con la anciana Sara que, aunque sea una bruja verde, es mi amiga.

Desde ese primer encuentro con Trog, Federico estuvo al tanto de las resoluciones que tomaba la gnoma para volver a ser la misma de antes. La noche que siguió a la función de circo, Trog se despidió de Federico y se encaminó a la casa de Sara.

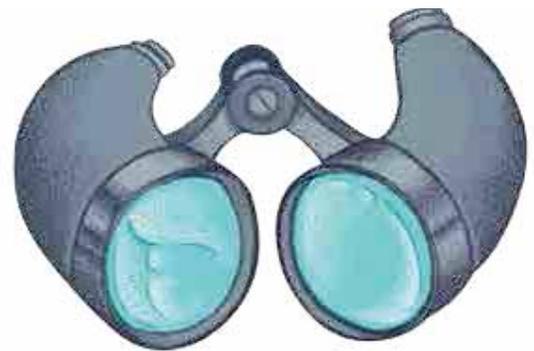
—¿Qué tanto me ves? —preguntó la anciana Sara después de que la gnoma Trog la observara en silencio más de un minuto.

—¿Sabía usted que sus pensamientos acerca de sus vecinas no son muy correctos? —le preguntó Trog. ¿Y por qué le tiene envidia a las ondinas? ¡Ah, porque ellas son jóvenes y delgadas y usted nunca pudo ser talla 5!

—¡Deja mis pensamientos en paz! ¿De dónde sacaste ese don de ver más allá de tus ojos?

—Desde que el árbol Ginkgo me lanzó esta maldición. Pero créame que para mí es tan fastidioso como para usted. Puedo saber qué es lo que piensan de mí tanto el barquero Shake como mi hermana gemela Banqua y hasta mi maestra de cocina, la señorita Pepina. ¡Y no siempre son cosas buenas! Debo buscar la fórmula para deshacerme de esta maldición. ¡Quiero ser la de antes y quitarme este espantoso berro que me creció en medio de la frente!

—¿Por qué no buscas el antídoto correcto?



—Por eso vine a usted. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Sara se quedó meditando un momento. Y después de dudar un instante, dijo:

—Bueno, yo conservo un mapa donde aparece la ruta para llegar a una ciudad muy interesante. Sus antiguos pobladores descubrieron el poder curativo de cientos de plantas que crecen en esa región. Además, sé que allí existe un arbusto que da un fruto al que llaman chile. Lo usan para espantar espíritus demoníacos quemándolo en un comal, pues produce un humo insoportable, y también se comen el chile con tortillas y otros guisos —dijo Sara. La gnoma Trog estaba con los ojos como platos y no se perdía una sola palabra.

—¡Pero debo advertirte que ésa es una ciudad muy peligrosa! Le dicen la Región Menos Transparente del Aire. Sólo los más valientes se atreven a ir ahí. Aunque es hermosa y única: la construyeron sobre un lago. Dicen las profecías que en el 3012 será tragada por el agua, pues padece temblores muy seguido y el suelo es fangoso. La gente se pasa la vida trabajando para comprar cosas que pocas veces les son útiles. No sé si aconsejarte ir allá. Tú sabes que no creen en nosotros, las criaturas fantásticas, y los que sí creen nos tienen miedo. Sólo si eres muy valiente irás.

—¡Voy a ir! Pero, ya estando allá, ¿qué es lo que tengo que buscar y dónde?

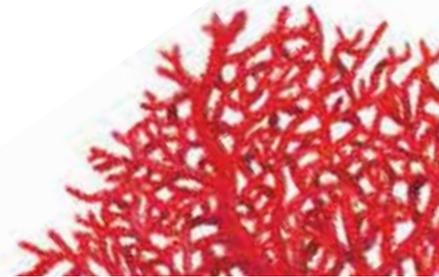
—Yo sé de una universidad muy reconocida; en una de sus facultades, los mejores doctores en Alquimia, Medicina y Biología



dejaron gruesos libros con miles de fórmulas contra cualquier enfermedad o padecimiento. Ahí debes encontrar el tomo que tenga inscritas en letras doradas el título *Fórmulas para dominar del Primero al Quinto Elemento, patentadas por los Laboratorios Chilangos*. Buscas en el índice donde diga “Contra el argüende y el chisme en la mente ajena”. Lo copias, elaboras la fórmula y te la tomas después de tu acostumbrada cena de ranas rostizadas y sanseacabó, todo resuelto. Aunque lo de la verruga... para eso no se me ocurre nada, pero puedes revisar algunos manuales de cirugía plástica.

Después de tantos consejos, Sara buscó en su casa el mapa y, aunque estaba deteriorado, se lo entregó a la gnoma Trog deseándole buena suerte.

Así fue como Trog emprendió el viaje más peligroso que ninguno de mis habitantes hubiera imaginado nunca. La tarde anterior a su partida hizo maletas: un maltrecho mapa de la Región Menos Transparente del Aire, una brújula, unos binoculares bizcos, una cantimplora con jugo de uva, sus bolsitas de ranas rostizadas y unos tenis de moda hechos con caucho importado. Después de despedirse de su abuela Gela, Alcino y Banca, fue a buscar a Federico al hueco del alto cedro y él le deseó mucha suerte. Trog no sabía por dónde comenzar a caminar. Así que dio vueltas como un trompo, cuando se cayó de lo mareada que estaba, quedó en dirección al oeste y para allá fue.



## BANQUA Y EL ENANO DE ESTAÑO

Después de despedirse de la gnoma Trog, Federico se puso a leer el diario de Sharash, como lo hacía en sus ratos libres. Creía ya conocerla a fondo y hasta entendía el porqué de todas sus fechorías. ¿Cómo no iba a ser así, si nunca tuvo a nadie que la amara, salvo Muk? Sharash era originaria de Martillote y las criaturas de esa isla tenían muy mal carácter. Federico quiso volver a la casona chueca para buscar a Muk y seguir con su plan de devolvérselo a Sharash, pero ese día, al salir rumbo a la Región Prohibida, se encontró con la hermana de Trog, Banca, cerca del manantial. Federico le preguntó:

—¿Ya sabes que Trog se fue?





—Sí, mi hermana es muy valiente. Pero ahora estoy más sola que nunca.

Banqua iba a darse un chapuzón en el manantial brincando desde una roca y entonces Federico se alejó corriendo para que el agua no lo salpicara. Al salir, Banqua se sentó junto a Federico. Mientras platicaban, cruzó frente a ellos un enano de estaño. Se dirigía a la Región Prohibida. Banqua lo siguió con la vista. Desde tiempo atrás a Banqua le había llamado mucho la atención ese enano de estaño, porque él era una criatura huraña que parecía no mirar sino sus propios pensamientos. No era su amigo ni remotamente, pero a diario lo veía cruzar frente a su casa, cargando costales donde tal vez llevara el metal que extraía de la mina o quizá hadas raptadas. Cuando Banqua intentaba hacerle la plática, él apresuraba el paso y se escabullía entre los cipreses rumbo a la Región Prohibida.

No había duda de que Banqua necesitaba compañía y creyó que el enano de estaño podía estar igual de solo que ella. Después de secarse y peinar sus cabellos lilas, se despidió de Federico y se fue muy pensativa rumbo a su casa.

—¡Si nos hacemos amigos, nuestras soledades se acompañarán! Es tan especial ese enano de estaño...

Banqua se parecía a su hermana gemela Trog, pero era menos gorda, más bonita y menos aventurera. Se cuidaba de no

entrar a la Región Prohibida de Bosco, donde se sabía que habitaban las salamandras, cuidadoras del fuego, pues ellas le producían terror. Nadie sabía cómo eran las salamandras y esto las hacía más temibles para Banqua. Además, allí vivía el jorobado Ralph. Sin embargo, cuando la curiosidad la atrapó ante tanto ir y venir del enano de estaño, un día lo siguió hasta los límites de la Región Prohibida y cruzó la línea invisible sin darse cuenta.

—¿Me estás siguiendo? —le preguntó el enano de estaño. Banqua no supo qué responder. Tanto le impresionaron sus ojos grises y la cabellera lacia y negra que caía sobre los hombros de la criatura. Llevaba una cinta alrededor de la frente con unos dibujos de grecas naranjas. Sólo vestía una corta túnica blanca que dejaba ver sus fuertes piernas.

—¡No me gusta que me espíen! ¡Lárgate de aquí! —le gritó. Banqua retrocedió y huyó de ese lugar desconcertada. Se recargó en un abeto blanco y lloró.

—¡Cómo se atrevió a hablarme así! —se quejó Banqua. De repente le cayeron en la cabeza dos piñitas de pino. Las zarigüeyas y las ardillas rojas se las habían aventado por travesura.

—¿Qué les pasa? ¿Ya no puede una estar tranquila en Bosco? —gruñó Banqua y se alejó de allí triste y furiosa a la vez. Extrañaba a Trog. Ya no tenía con quién jugar ni quién la defendiera de los bravucones. Podía contar con su abuela Gela, pero ella estaba muy ocupada en sus asuntos. Sólo tenía a Federico, el niño de periódico

que había llegado a Bosco hacía poco tiempo y que le parecía un hombrecito muy correcto. Pero no le atraía de la misma forma que el enano de estaño. Así que fue a buscarlo.

—¡El enano de estaño nunca será mi amigo! —le dijo Banqua a Federico.

—Tal vez si pensamos juntos en alguna treta para que conozcas criaturas nuevas, tu soledad se irá y podrás sentirte feliz, incluso sin tu hermana Trog. ¿No podrías visitar a los amigos de Trog? Es posible que ellos también quieran hacer amistad contigo.

—Sí, tienes razón, voy a ir a las clases de cocina gnómica a las que asistía Trog y me haré pasar por ella, porque yo soy muy tímida. Si imito su forma de hablar, nadie me reconocerá. Allí podré sentir que son mis amigos los amigos de Trog. ¡Gracias, Fede, por tu consejo!

Federico quiso decirle que no era la mejor idea suplantar la personalidad de su hermana, pero Banqua ya se había ido.

Esa mañana el sol no calentaba. Se acercaba el invierno y Banqua tendría que almacenar ranas, moscas aserradoras en conserva y orugas tostadas, si no quería pasar hambre. Tuvo que cubrirse la cabeza con un gorro de lana y usar orejeras, porque iba a caminar mucho en el viento helado. Se dirigió feliz rumbo a la casa de la señorita Pepina a recibir su primer clase de cocina, sin importarle lo lejos que estuviera.

—Llegas muy a tiempo, Trog, estábamos a punto de empezar —le dijo la señorita Pepina. Era una elfa muy singular. Se sabía de memoria todas las recetas, pócimas y elixires de la biblioteca de Fausto; suma-

ba y multiplicaba mentalmente gramos, litros y onzas; recordaba el nombre de los miles de alumnos a los que desde hacía siglos les había dado clase; disponía de un recetario de los más antiguos druidas y sus alumnos la estimaban por el respeto que recibían de ella.

—¡Trog, a trabajar! —le gritó Yazni, el ayudante elfo. Sólo Yazni se extrañó de que la gnoma estuviera más delgada y tal vez un poco más bonita que antes.

—¿Te pusiste a dieta de escarabajos, Trog? —preguntó Yazni. Como respuesta recibió el asentimiento de la cabeza lila de Banca. Ella quería aprender a hacer galletas de piñón y musaraña tierna, sopa de larvas y refresco de frutillas. Nunca antes se había inscrito en estas clases porque a las gemelas les molestaba que las confundieran todo el tiempo. Desde hace más de cien años habían decidido que nunca andarían juntas por Bosco ni participarían de las mismas actividades. Otra solución habría sido que una de las dos se tiñera el pelo de otro color, así no habría confusiones. Pero las dos amaban sus cabellos lilas.

La clase transcurrió sin problemas. Los otros alumnos de la señorita Pepina eran la ondina Brizna, Sara y el dueño del circo, Broncs, al que siempre se le quemaban los hongos y ese día rebanó un zapato en vez de un nabo. Al finalizar la lección, Banca llegó al ciprés donde vivía y juntó los ingredientes para la tarea. La actividad que les había dejado la señorita Pepina para dentro



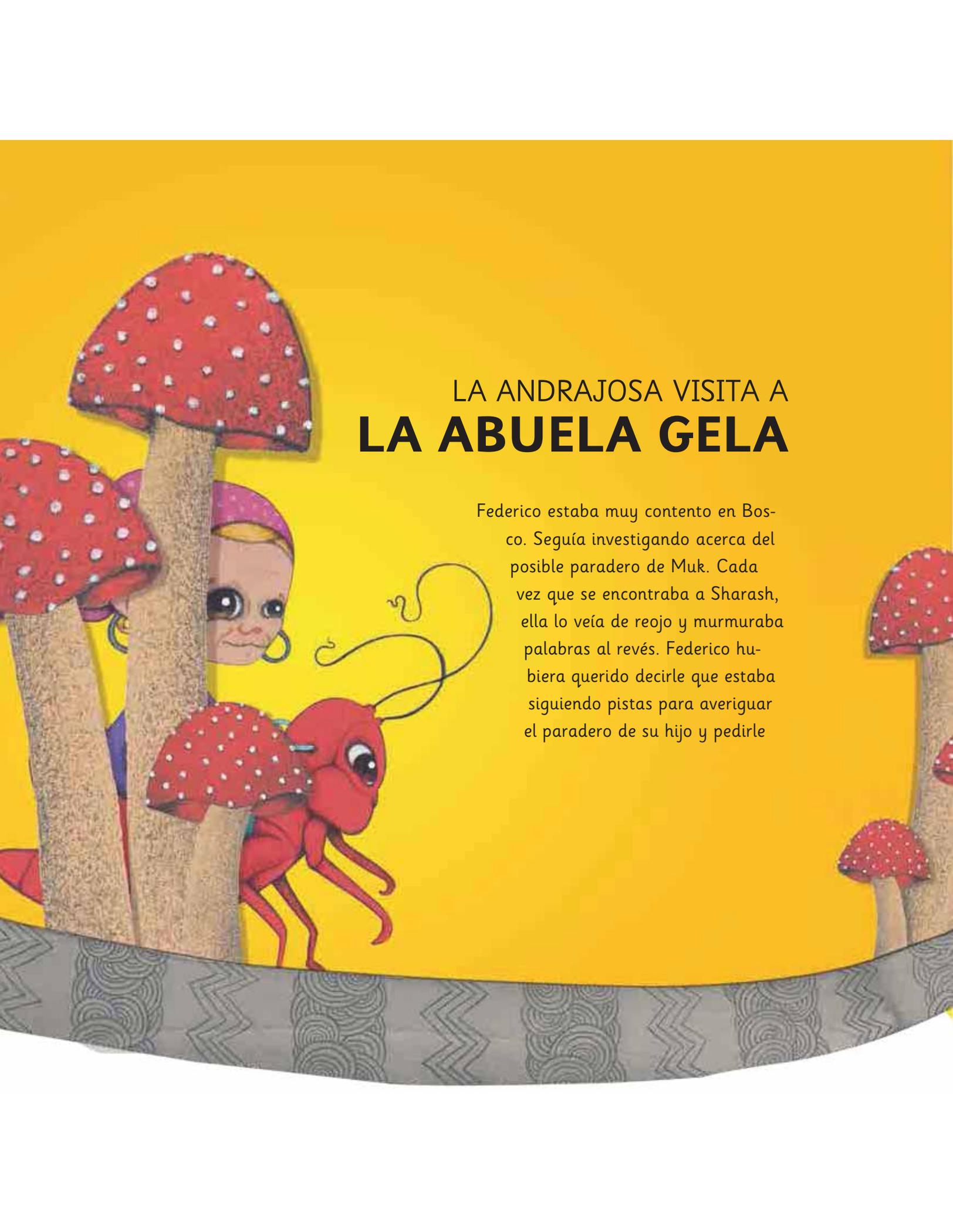


de dos días era inventar una nueva receta donde participara uno de los cuatro elementos: el viento o el agua o la tierra o el fuego; y hasta podían hacer uso del quinto elemento: el amor. Para ello, primero debían dominar a los guardianes del elemento elegido. Banqua decidió usar el fuego y dominar a las salamandras. Consideró que enfrentando su miedo a estas criaturas lograría además un triunfo personal.

Antes de apagar su vela y dormir, miró el pabito: la pequeña llama se agitaba suave por el viento que entraba por una fisura del árbol. Recordó que tendría que cruzar hacia la Región Prohibida, donde habitaba el fuego sagrado, y atrapar a las temibles salamandras. Tal vez encontraría allí al enano de estaño junto con los otros enanos, porque acostumbraban trabajar en esa zona extrayendo de las minas oro, plata y estaño.

—¿Por qué a pesar de su manera grosera de hablarme, no puedo dejar de pensar en él?

En el fondo deseaba encontrarlo en la Región Prohibida. Era posible que cuando fuera allá a buscar a las salamandras, lo viera.

The illustration features a bright yellow background. On the left, a young girl with blonde hair, wearing a purple headband and a blue top, peeks out from behind a large red mushroom with white spots. In the foreground, a red ant with large eyes and antennae is walking towards the right. The ground is depicted with a grey, patterned border at the bottom. Several other mushrooms of varying sizes are scattered across the scene.

## LA ANDRAJOSA VISITA A **LA ABUELA GELA**

Federico estaba muy contento en Bosco. Seguía investigando acerca del posible paradero de Muk. Cada vez que se encontraba a Sharash, ella lo veía de reojo y murmuraba palabras al revés. Federico hubiera querido decirle que estaba siguiendo pistas para averiguar el paradero de su hijo y pedirle

dos favores a cambio... pero no se atrevía, la bruja verde lo atemorizaba demasiado. Federico deseaba con todo su corazón encontrar a Muk y para eso visitó a la abuela Gela, pues ella podría saber si era posible que alguien escondiera en un cuadro a una persona, bueno, a un gnomo, pues ésa era la sospecha que tenía Federico.

La abuela Gela y Klumb eran buenos amigos, así que ella tenía que saber algo de ese cuadro colgado en la cabaña de Sharash. Federico estaba seguro de que allí, en la obra que había creado el pintor Klumb, vivía atrapado Muk, y que la vocecita que Alcino y él habían oído era el mismísimo hijo de Sharash.

—¡Buenos días, abuela! ¿Se siente bien? —le preguntó asustado Federico, pues cuando él la miró de frente, casi no la reconoció. Estaba pálida, ojerosa y le temblaban las manos. Su mirada, fija en un punto de la casa. Federico volvió a insistir:

—Doña Gela, ¿está bien?

Lo que había pasado es que a la abuela Gela se le había aparecido la Andrajosa, un demonio que mata los sueños de las criaturas. Gela estaba muy desarreglada ese día, aunque le gustaba vestir largas faldas

ligeras que le llegaban hasta los tobillos y usaba un pañuelo a cuadros en la cabeza que protegía del frío o del sol sus dorados cabellos. En sus orejas peludas siempre le vimos unas arracadas de plata. Nunca salía sin ellas, no sin sus orejas, sino sin arracadas, porque le servían para llamar al elfo Yazni cuando tenía problemas. Agitaba suavemente la cabeza y las arracadas producían un sonido como de campanitas que sólo Yazni lograba escuchar con su fino oído.

Federico volvió a preguntar:

—¿Se siente bien?

En eso cruzó Yazni, el delgado elfo que trabajaba en la escuela de cocina gnómica de la señorita Pepina y vestía unas apretadas mallas verdes y una camisa blanca. Yazni vivía enfrente de la abuela Gela, dentro de un viejo zapato que algún gigante desechó. Nunca le dijo “abuelita”. Ella detestaba los diminutivos. Decía que eran para gente pequeña, pero de cerebro. Trataba de hacerse la ruda, pero cuando les hablaba a sus nietas les decía “mis caniquitas lilas”. Banqua y Trog eran su mejor razón para seguir viviendo.

Como si no hubiera advertido que allí en su casa estaba Federico, Gela gritó:

—¡Nada más eso me faltaba, abandonar Bosco por culpa de la Andrajosa, si quiero vivir cien años más! ¡No me iré tan pronto al Parque de los Tiesos...! —Así llamaba Gela al cementerio.

Nadie sabe cuándo llegó a Bosco ni si alguno de sus parientes estaba enterrado en el cementerio que custodian los búhos. Los más viejos de los viejos creen que vino después de la última erupción del Krakoa, pero no es seguro. Lo que sí es seguro es que era una gnoma extravagante. Podía volverse tan pequeña como una uña. Gracias a su cultivo de plantas carnívoras lograba disminuir de tamaño. Esas plantas producían semillas reductoras. Ella tragaba una cuando quería visitar a sus diminutas amigas, las pelusas de colores que vivían bajo su cama: Frida, la pelusa violeta; Victoria, la pelusa roja; y Champurrada, la pelusa café. Como Federico la había espiado, un día vio cómo cada pelusita se subía a un grillo rojo, al igual que Gela. Y allí iban las cuatro, salta que salta por todo Bosco hasta el cementerio.

Tal vez fue en ese lugar donde se vieron por vez primera la abuela Gela y la Andrajosa, porque este demonio vive allí.

La Andrajosa le clavó una roja mirada y la amenazó con el dedo. La abuela Gela no le hizo caso y dirigió su grillo rumbo a las pozas. Esa ocasión los silfos, guardianes del viento, soplaron tan fuerte sobre las pelusas que casi se extravía Frida, la más bonita. Lo bueno fue que se quedó atrapada en una de las telarañas que las tarántulas tejen para entrenarse en las luchas. Gela también acudía a observar las carreras con obstáculos, donde los grillos rojos y verdes competían. Y lo que nunca se perdió, aunque estuviera un poco enferma, era la pelea de tarántulas, espectáculo gra-



tuito que ofrecía en su cueva Gruloso, el dios de las ondinas. ¿Sabía Federico que la abuela Gela era una gran aficionada a las peleas de tarántulas?

Al ver Federico tan pálida a la abuela Gela y hablando sola, le preguntó:

—¿Por qué dice que no es tiempo de irse al parque de los tiosos? ¿Y quién es la Andrajosa?

Federico se quedó sentado frente a la cama de Gela, tratando de sacarle alguna palabra. Mas ella seguía con los ojos puestos en la puerta de su recámara. Sobre su cama podías ver decenas de peluches. Hay quien dice que tenía el poder de convertir en muñecos tanto a personas como a animales y que de esta forma había coleccionado tantos peluches que tenía que dormir encima de ellos o usarlos como almohada. Su preferido era un príncipe de felpa con un defecto en la nariz: sólo tenía un orificio nasal. ¿Había sido este peluche alguna vez un joven de carne y hueso? Sus nietas dicen que sí, que se llamaba Fulano y que vivía en el Reino de los Nadies. Se dice que Gela se enamoró de él cuando era joven. Como se vio despreciada en su amor, lo convirtió en peluche, pero eso sí, lo cuidaba más que a ninguno. Si Federico hubiera espiado por entre las costillas del esqueleto de mastodonte donde ella vivía, la vería bañarlo, exprimirlo y colgarlo en un





tendedero. Cuando anochece, después de tomarse un litro de leche, era el primero al que besaba para darle las buenas noches, mientras la foca azul, la jirafa de cuello torcido y el perro de tres cabezas sólo recibían sus ronquidos nocturnos... y otros sonidos olorosos.

Por fin, Gela le contestó a Federico:

—No es que no te quiera hablar, pero estoy muy inquieta, pues vi... aquí en mi cuarto a la Andrajosa. También me preocupa que Trog esté muy lejos buscando fórmulas y sé que Banqua sufre al sentirse sola. Pero dime, Federico, ¿qué te trae a mi casa?

—Estoy buscando a Muk y creo que está atrapado en el hermoso y extraño cuadro de la cabaña de Sharash. Sé que lo pintó Klumb y que él es su amigo. ¿Cómo llegó esa pintura allí? ¿Todos sus cuadros son mágicos? ¿Todas sus pinturas cambian de forma?

—Bien, te voy a contar por qué pinta así y espero responder a todas tus preguntas. Todos los atardeceres acostumbra venir a mi casa a jugar ajedrez, por eso lo conozco muy bien. Un día le pedí que me mostrara algunas de sus pinturas y sí, los cuadros de Klumb tienen algo especial: se van transformando a partir del estado de ánimo de quien lo compra. Un día le dije: “¡Eso es genial, Klumb! Poseer una obra que nunca deja de transformarse. Lo único malo es que a tus pinturas no las entiendo. Por ejemplo, ésta...”, y tomé un cuadro que no me pesara mucho, me le quedé mirando y empecé a darle vueltas, pues no sabía dónde estaba lo de arriba y dónde lo de abajo. Por eso me atreví a aconsejarle: “¿Por qué no pintas mejor

naturalezas muertas o retratos? ¿No es más fácil vender eso?”. Y él me contestó pensativo y con un dejo de amargura: “Sí, sería más fácil... pero al tomar los pinceles, parece que mi mano se moviera sola y entonces mezclo colores y casi no razono lo que hago. Y pinto y pinto y cuando me doy cuenta aparece... lo que tú ves y no entiendes, pero que a mí me encanta”.

“¡Claro! ¡Hacer visible lo invisible! Eso es el genio creador! Klumb, ¿podrías hacerme un cuadro donde aparezca Bosco en todo su esplendor? ¡Y dibujas a mis nietas, Banqua y Trog!”.

”Y me contestó: “De acuerdo, lo pintaré para ti”.

“Y si la gente no compra tu obra, entonces pinta lo que a ellos les gusta y guarda para ti los cuadros que te dicta la inspiración”, le aconsejé. Así lo hizo Klumb y empezó a ser admirado por todos. Hasta Sharash le compró el misterioso cuadro con paisaje otoñal que a veces representa la primavera y otras muestra nieve por todos lados, según me dijo Klumb, pero lo que me dices, Fede, que alguien quede atrapado en sus pinturas... sería difícil...

Federico se quedó pensativo. Tal vez la magia de Klumb y la magia del Ofanin Rojo sí lograron atrapar a Muk en la pintura de Sharash. Le agradeció a la abuela Gela por su información y salió del esqueleto de mastodonte, haciendo a un lado la enorme hoja que cubría la entrada, sin mirar atrás. Se le había ocurrido una idea y la iría a poner en práctica.



## EL OFANIN ROJO **SE ENAMORA**

Por fin volvió un día el Ofanin Rojo. Sharash seguía desesperada buscando a Muk. Para eso, ella había emprendido un viaje no muy largo, pero sí muy profundo: bajó a las entrañas de Bosco deslizándose por la raíz del Fresno Sagrado. Creía que los enanos o los elfos que vivían en mi Región Subterránea lo tenían bajo tierra.

Un día antes del Certamen Anual de la Bruja más Creativa de Bosco, el Ofanin Rojo había encontrado un buen sueño con el cual alimentar su vida: el amor.

Se enamoró perdidamente, y no de otra ofanin, sino de una ondina. Las ondinas acostumbraban bañarse en el



manantial. El ofanin no las había visto aquel amanecer en que se quitó el gorro y empezó a peinarse cerca de las pozas del manantial. Las plateadas pieles de las ondinas brillaban bajo el agua. El Ofanin Rojo inició un hechizo en voz alta, por lo que las tres ondinas se le quedaron viendo. Él, con su bífida lengua, tocó un lirio y éste se convirtió en una niña que salió del agua llorando. Las ondinas se asombraron de ese don. Fuera del agua le ofrecieron fresas, peinaron su nocturno cabello y una de ellas hasta le masajéó los pies y le sobó las alas. Mientras esto ocurría, el ofanin sólo tenía ojos para Brizna. ¡Ni siquiera se acordó de esconder su pelo mágico!

—¡Me encanta tu piel de plata y la extraña forma que tienes de mirar! —le dijo al oído a Brizna.

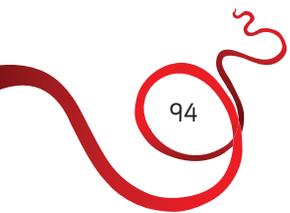
—¿Síííí? ¡Es que soy un poco bizca! —contestó la ondina riendo. El Ofanin Rojo continuó:

—... pero lo que me cautivó por completo fue...  
¡mmhhh!... tu olor a palomitas de maíz con mantequilla  
—le confesó su enamorado.

A Brizna también le había gustado el Ofanin Rojo. El problema estaba en que para conseguir el amor de una ondina se debían pasar varias pruebas dictadas por el dios de las ondinas, Gruloso: un ser mitad jabalí, mitad hombre, dios cruel y sucio que nunca se bañaba; prefería rociarse los sobacos con perfume de pantano y fieras. Gruloso era dueño del alma de las ondinas

porque él las hacía nacer del aliento de su boca, luego las modelaba con las manos y al final las cocía en agua de rosas. Cuando alguien se enamoraba de ellas, Gruloso lo ponía a prueba para dificultar la conquista. Él no entendía ni al amor ni a los enamorados. Creía que ese sentimiento era demasiado complicado y por eso evitaba que las ondinas lo conocieran. Quería salvarlas del dolor, sin pensar que también les impedía conocer las alegrías que se viven al amar.

Cuando el Ofanin Rojo se enteró de que para conquistar a Brizna primero debía entrevistarse con Gruloso, se desanimó. Aunque no todo estaba perdido. Cuando el Ofanin Rojo volvió a casa de Sharash, ella no estaba porque en ese momento se llevaba a cabo el concurso de la bruja más creativa de Bosco. El Ofanin Rojo descargó su frustración contra un ratón que husmeaba en la alacena: lo transformó en oruga y lo sacó de un puntapié por la ventana. Debía calmarse porque, de seguir así, era posible que a Sharash la volviera trucha o panucho. Voló por Bosco y se la pasó pensando primero en Brizna, luego en Gruloso; después en Gruloso, pero también en Brizna. Al amanecer tomó una decisión.





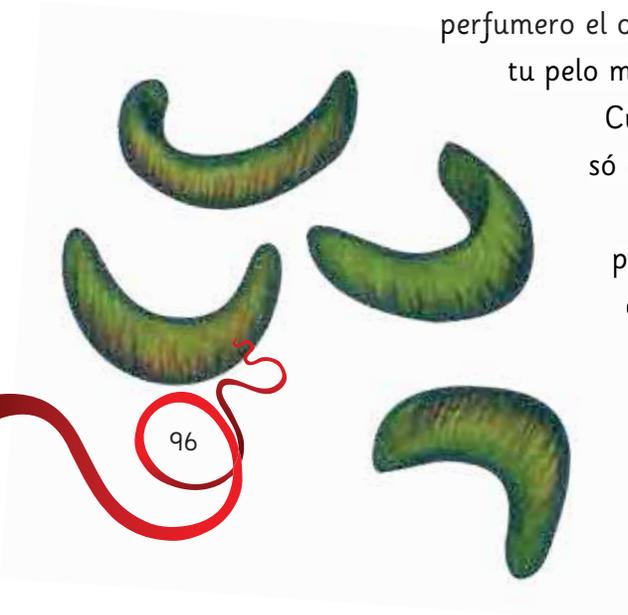
—¡Voy a ver al dios de las ondinas, pero con una pinza de ropa en la nariz! ¡Dicen que huele espantoso! Y yo soy muy sensible a los malos olores.

El Ofanin Rojo voló hasta más allá de los pinos escarchados. Se dirigía a su entrevista con Gruloso, pues estaba dispuesto a todo por Brizna. Gruloso lo recibió en su cueva decorada con basura orgánica. Allí no había ventanas que dejaran pasar la luz del sol, pero los grupos de libélulas-watts a cada cinco metros eran suficientes para alumbrar el antro. Diez soldados-jabalís llevaron al Ofanin Rojo delante del dios de las ondinas. Éste fue claro y breve ante la petición del ofanin:

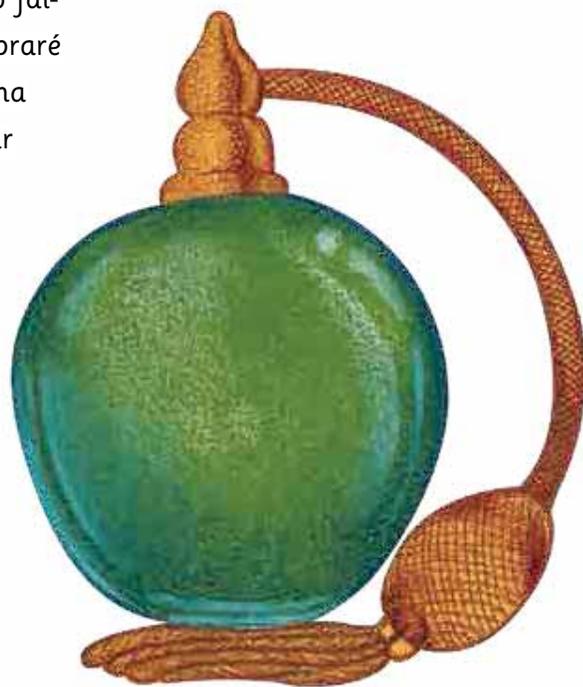
—¡Debes realizar tres hazañas antes de la luna nueva! Si vences en cada una de ellas, mi hija Brizna abandonará mi protección y juntos podrán conquistar otros territorios. Si no lo logras, nunca volverás a verla. Lo primero que debes hacer es recortar las uñas de los pies de una gnoma fea y traérmelas en esta caja. Segundo, enfrascar en un perfumero el olor de tres brujas verdes. Tercero, iobsequiarme tu pelo mágico! —concluyó Gruloso satisfecho.

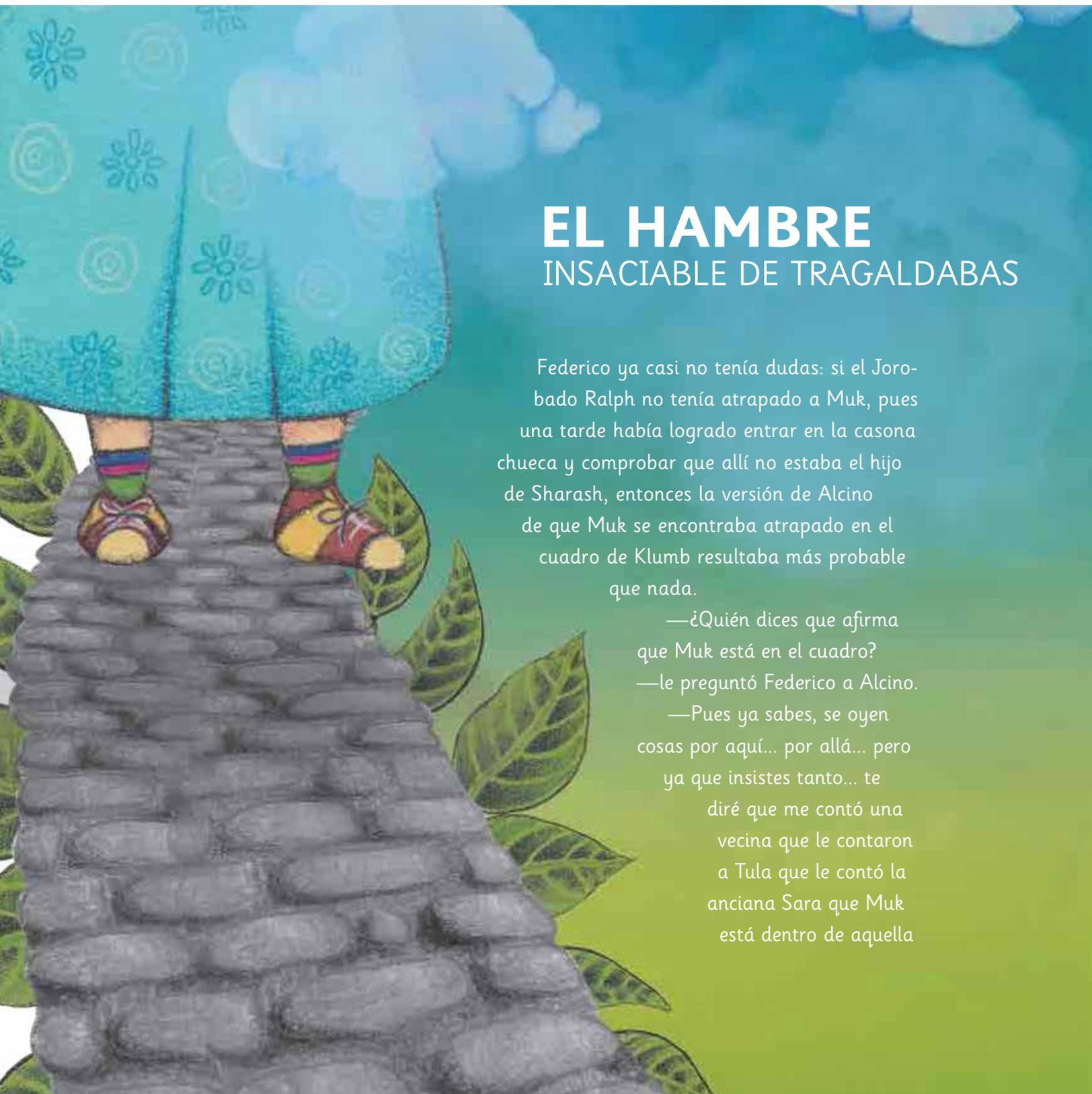
Cuando el Ofanin Rojo escuchó esto último, pensó que su visita a Gruloso había sido en vano:

—¡Nunca, nunca me perdonaría perder mi pelo plateado! —Sin embargo, saliendo de la cueva y después de quitarse la pinza de la nariz, empezó a urdir un plan. Tanto era su amor por Brizna.



—Ningún dios es invencible. Allí tienes a Urano muerto por Cronos y a Cronos muerto por Zeus o a Odín muerto por... quién sabe, pero alguien lo mató. ¡Manos a la obra! Lo primero es lo primero. Conozco a una gnoma muy fea. Acostumbra dormir dentro de un ciprés. Se llama Trog. Alargaré su sueño con mi flauta sonámbula y cortaré sus ocho uñas. ¡Ah, pero dicen que se acaba de ir de viaje a la Región Menos Transparente del Aire! ¡Maldición, lo intentaré con su hermana Banqua!, pero ella es linda... ¡en fin! Uñas son uñas. Después flotaré en la noche y con mis cánticos de falso tenor dormiré a tres brujas verdes y luego atraparé su peste. Pero lo último que Gruloso me pidió, ¡imposible! Le daré un pelo falso, un hilo de estambre plateado que le compraré a Tula en su boutique Voilà. Le pediré a Brizna que lo teja en mi cabellera para hacerlo pasar por verdadero, ¡y ya está! ¡tendré ninfa y pelo mágico! ¡y salvaré mi poder! —gritó alegre volando por Bosco. Sólo Federico lo vio cuando salía de la carpa de circo aquel día del espectáculo de Broncs y le gritó para ver si él tenía algo que ver con la desaparición de Muk. El Ofanin Rojo hizo como que no lo oía y se fue a conseguir los tres objetos que Gruloso le pedía.





# EL HAMBRE

## INSACIABLE DE TRAGALDABAS

Federico ya casi no tenía dudas: si el Jorobado Ralph no tenía atrapado a Muk, pues una tarde había logrado entrar en la casona chueca y comprobar que allí no estaba el hijo de Sharash, entonces la versión de Alcino de que Muk se encontraba atrapado en el cuadro de Klumb resultaba más probable que nada.

- ¿Quién dices que afirma que Muk está en el cuadro?
- le preguntó Federico a Alcino.
- Pues ya sabes, se oyen cosas por aquí... por allá... pero ya que insistes tanto... te diré que me contó una vecina que le contaron a Tula que le contó la anciana Sara que Muk está dentro de aquella

gran pintura que Sharash tiene en su sala. Sí, el cuadro que a veces representa un paisaje otoñal, con hojas doradas por el suelo y con un pino al fondo de la composición; luego cambia y es un paisaje invernal y a veces muestra la primavera. Dicen que si te fijas bien, verás una puertita en lo alto del pino y que allí está atrapado Muk.

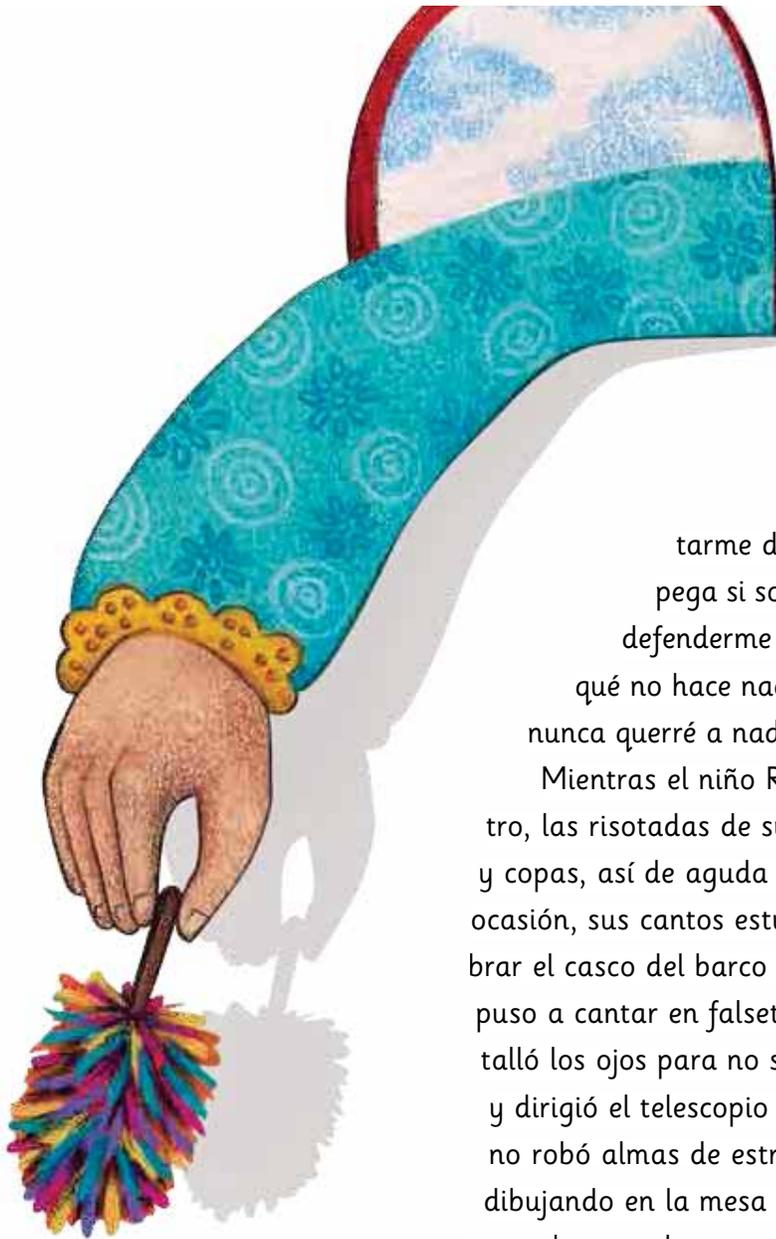
—Pero ¿quién le hizo el hechizo, Alcino?

—Se dice que los búhos del cementerio, pero yo no sé nada —aseguró Alcino.

En agradecimiento, ya que Federico conocía la debilidad de Alcino por leer las noticias de su cuerpo de periódico, le prometió dejarle leer todas las mañanas sobre su piel de papel.

Federico salvaría a Muk, aunque todavía no sabía cómo, pues Alcino no le rebeló si alguien conocía el contra-hechizo para liberar a una persona de un cuadro. Tal vez debería ir con el propio Klumb. Aunque ya era muy noche y Federico se quedó dormido mirando a su novia la luna a través de las ramas de su alto cedro.

No sólo Federico miraba el cielo aquella noche. El jorobado Ralph estaba en su observatorio espiando a alguna estrella para robársela. Su sorpresa fue enorme cuando en vez de mirar alguna constelación cercana, se vio a sí mismo, pero cuando era niño. Fue la única vez que tuvo una visión extraña a través del telescopio. Vio su casa paterna: un barco de vidrio que navegaba sobre un mar de nata. Vio cómo su madre lo regañaba y se burlaba de su enorme joroba y además lo golpeaba con ganchos para colgar la ropa. Vio, sumido en una profunda desolación,

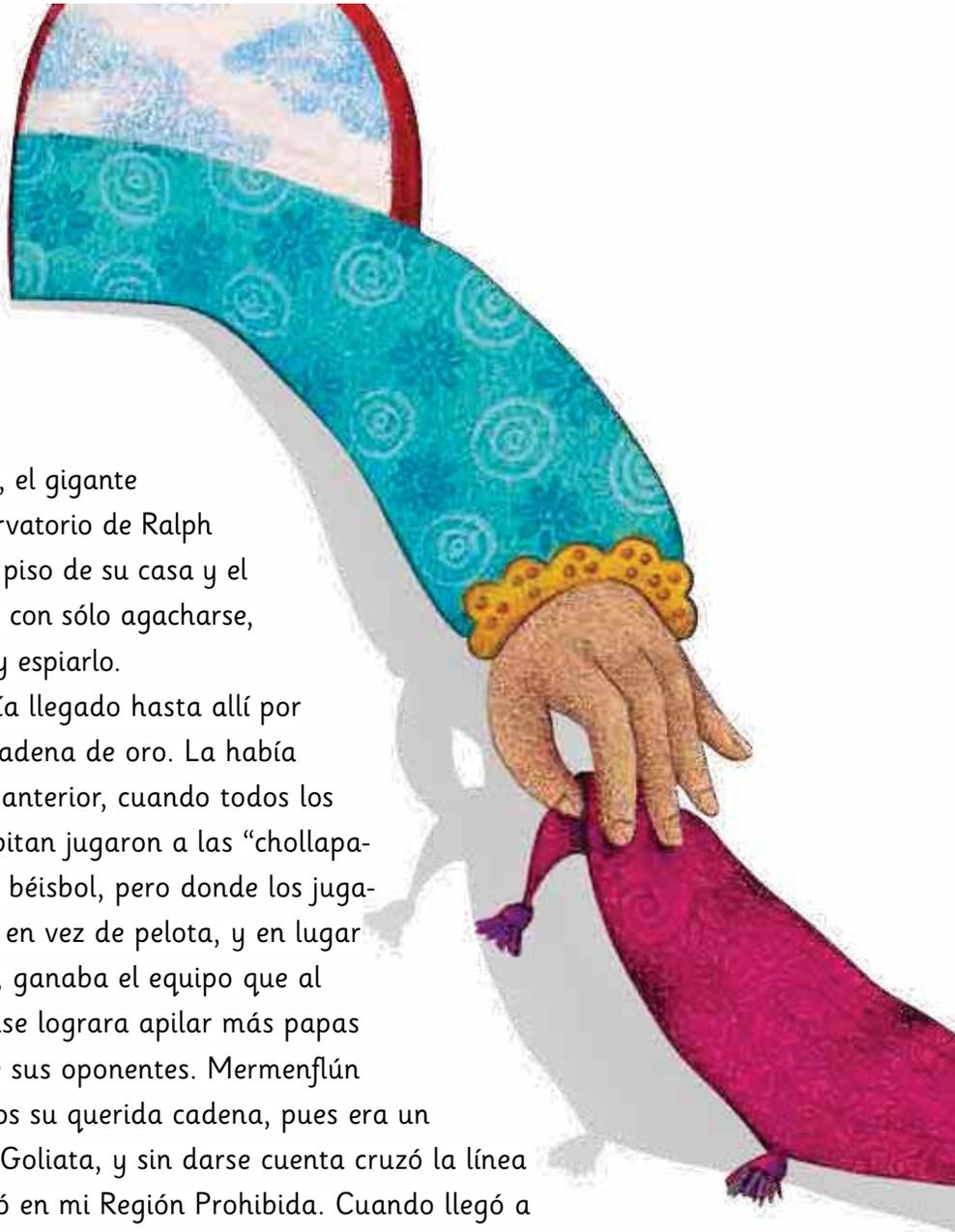


al niño Ralph  
que gritaba:  
“¡Nunca se lo  
perdonaré! ¿Cómo  
puede mi madre insultarme de ese modo? ¿Por qué me pega si soy un niño y yo no puedo defenderme de ella? Y mi padre ¿por qué no hace nada? ¡Ya no los quiero! ¡Y nunca querré a nadie! ¡A nadie!”.

Mientras el niño Ralph se destruía por dentro, las risotadas de su madre rompían vidrios y copas, así de aguda y filosa era su voz. Una ocasión, sus cantos estuvieron a punto de quebrar el casco del barco en que vivían, porque se puso a cantar en falsete. El jorobado Ralph se talló los ojos para no seguir viendo su pasado y dirigió el telescopio hacia el suelo. Esa noche no robó almas de estrellas. Permaneció callado dibujando en la mesa cuerpos deformes, corazones chorreando sangre negra y escenas tétricas. Casi iba a llorar, pero apretó las mandíbulas y aulló: “¡iiiNooooo!!!”.

Al día siguiente miró por la ventana a una criatura robusta, el gigante Mermenflún. El observatorio de Ralph quedaba en el tercer piso de su casa y el gigante Mermenflún, con sólo agacharse, pudo mirar a Ralph y espiarlo.

Mermenflún había llegado hasta allí por error, buscando su cadena de oro. La había extraviado la noche anterior, cuando todos los gigantes que me habitan jugaron a las “chollapas”, una especie de béisbol, pero donde los jugadores usaban papas en vez de pelota, y en lugar de anotar *home run*, ganaba el equipo que al llegar a la última base lograra apilar más papas sobre las cabezas de sus oponentes. Mermenflún buscó por todos lados su querida cadena, pues era un regalo de su abuela Goliata, y sin darse cuenta cruzó la línea invisible y se adentró en mi Región Prohibida. Cuando llegó a la fortaleza del jorobado Ralph y lo vio ocupado con su telescopio, alzó la casaca con todo y el viejillo dentro, para ver si de casualidad su cadena estaba debajo del piso. Algunos muebles se



rompieron al caer unos sobre otros. El jorobado Ralph bajó rápido las escaleras y fue cuando el agua de los jarrones con hiedra venenosa se derramó, su barba se enredó en tenedores y cuchillos que habían salido volando de los cajones y, dirigiéndole sus poderosas manos, con trabajo pudo detener el piano, que ya se le iba a estrellar, pero lo que más le preocupaba era su almario.

—¡Mis estrellitas! —gritaba—. ¡Mis almitas especiales!

Cuando pudo ponerse en pie, insultó a Mermenflún y lo corrió no sin antes amenazarlo con hacerlo viajar hasta Plutón con el uso de sus manos. Revisó su almario y vio que sólo algunas luces estaban fuera de lugar y una que otra un poco despeinada. Mermenflún no tenía mal corazón. Se disculpó con Ralph por todo el estro-  
picio y a cambio le ofreció mandarle a su hija para que lo ayudara a limpiar los desperfectos y le cocinara por algún tiempo.

—No es por nada, pero mi hija Tragaldabas sabe cocinar muy requete bien. Podría quedarse a vivir con usted una temporada para guisarle desde espagueti con salmón hasta filetes de jabalí en salsa de agujetas —le propuso el gigante. Tragaldabas



dormiría en una hamaca al aire libre porque era tan grande que no cabría en la casona chueca.

—¡Bien! Cocinará desde afuera y así no tendré a nadie entrometiéndose en mis cosas —contestó el jorobado Ralph.

Tragaldabas llegó al día siguiente, aplastando en su caminar altos pinos y cedros. El jorobado Ralph tenía un sabueso al que había bautizado con el nombre de Gripe, porque estaba enfermo de moquillo todo el tiempo. No era un perro bravo y tenía de magnífico lo que el jorobado Ralph de guapo: nada.

—Mira, Tragaldabas, aquí están las cacerolas, las palas, cuchillos y todos los condimentos que necesitarás. Hoy me gustaría que guisaras venado al danzón y sopa de chícharos azules, claro, después de arreglar los desperfectos que ayer hizo tu padre.

Tragaldabas sólo podía meter las manos por la ventana de la casona chueca, pues era tan grande como sus padres. Su grave defecto era que lo que cocinaba, itambién lo devoraba! Y tenía tal apetito que se le antojaba hasta la ropa, y si veía zapatos se los imaginaba capeados y ni qué decir de las rocas. ¡Sabía cocinar una sopa de piedra... fenomenal!

Cuando el jorobado Ralph volvió esa tarde para disfrutar de



un succulento guiso, sólo encontró un chícharo en su plato y un poco de salsa de danzón.

—¿Qué te has creído, Tragaldabas? Se supone que me cocinarás, ¡no que te comerás mis alimentos!

—Disculpe, mi enojón señor, no pude contenerme, ¡se veía todo tan delicioso! Parece que tendrá que comprar más provisiones, porque además devoré toda su despensa.

El jorobado Ralph la toleró, pero le pidió evitar comerse la ración que a él le correspondía. Pero siempre era lo mismo. Tragaldabas cocinaba, Tragaldabas comía, el jorobado Ralph pasaba hambre. Este hombre solitario salía todos los días a revisar que sus obreros llenaran los vagones con los topacios extraídos de la montaña que le había quitado a Muk. Ahora que Muk había desaparecido, el jorobado Ralph respiraba con más tranquilidad. Sólo de vez en cuando se escuchaban sus gritos por todo Bosco:

—¡Apúrense, muchachos flojos! Tengo que comerciar todos esos topacios en las Islas Bravuconas, me pagarán muy bien.

Chicos y chicas agachaban la cabeza. Habían sido expulsados de su patria y ahora eran esclavos de ese hombre deforme y ya no sabían qué vida era peor, si el exilio o la servidumbre.

Aunque pronto Muk iba a recuperar su montaña, cuando reapareciera.







## LA REGIÓN

### MENOS TRANSPARENTE DEL AIRE

Un día Banqua recibió carta de Trog, su querida hermana. Se disponía a leerla cuando oyó correr a alguien frente al ciprés donde vivía. Se asomó y vio que Federico atravesaba veloz rumbo a la casa de Klumb. Banqua le gritó enseñándole la carta.



—¡Es de Trog! ¡Son noticias de mi hermana! ¿Vienes conmigo a leerla?  
—Federico se paró en seco. En casa de la abuela Gela había tenido una corazonada y creía ya saber quién había sido el raptor de Muk, pero Banca era su amiga y decidió aplazar su visita a Klumb para más tarde. Agitado subió a la rama del ciprés y se sentó al lado de Banca. Los cabellos lilas de la gnoma estaban peinados con savia de los árboles y le quedaban muy untados al cráneo. Federico pensó que peinada así Banca se veía chistosa. La gnoma comenzó la lectura:

Querida y extrañada hermana gemela: no sabes todo lo que he vivido lejos de Bosco. Te empezaré a contar desde que me viste girar hasta marearme y luego dirigirme al oriente, vistiendo encima de la ropa mi impermeable azul, porque durante el trayecto sabía que cruzaría por regiones de lluvia, nieve y ventisca. Cuando una peste aspiré, cuando por los binoculares observé el cielo gris, cuando casi me atropellan un trailer, un camión y veinte autos, supe que había llegado a la Región Menos Transparente del Aire. En seguida comencé mi búsqueda, pero equivoqué la interpretación del mapa porque estaba roto y llegué hasta una arena de lucha libre. Leí un letrero





que decía: “Hoy, gran pelea entre el Perro Aguayo y el Vampiro Canadiense contra la Mascarita Sagrada y el Hijo del Santo”. Pensé que sería fácil convencer a ese perro, al que llamaban Aguayo, de llevarme hasta la universidad, porque allí era donde Sara me había dicho que estaba la pócima que me quitaría el poder de conocer los pensamientos ajenos. Pensé: “Ella un día me dijo que el perro era el mejor amigo del hombre..., ¡pero yo no soy ser humano!, bueno, parezco una niña, aunque con verruga. Sí, le diré al perro Aguayo que me ayude”. Entonces entré en aquel local que apestaba a sudor, y ni un minuto había pasado allí cuando tuve que salir huyendo de los sillazos que los luchadores se daban unos a los otros, porque, para mi mala suerte, una de las sillas cayó muy cerca de mí y casi me aplasta.

Me pareció muy extraño que hubiera ancianas tan entusiasmadas con este tipo de espectáculos y pensé que se parecen a mi abuela Gela que se divierte con la pelea de tarántulas allá en Bosco.

¡Qué susto viví con los sillazos y golpes que se daban! ¿A quién se le ocurre irse a meter a aquel lugar? Sólo a mí. Salí de allí y seguí buscando la universidad. Llegué a un parque tranquilo, donde una señora muy flaca le aventaba migas de pan a los patos y coqueteaba con los globeros.

Estaba muy cansada y me fui a dormir, escondiéndome en el bolso de la señora delgada como hoja, pero pronto desperté por las fuertes sacudidas de mi improvisado refugio y me asomé, sólo para ver con asombro que cientos de señoras iban y venían veloces por pasillos atestados de frascos, cajas y bolsas coloridas. Luego supe que era una tienda con todas las marcas de papas fritas que yo pudiera imaginar. Abrí una bolsa para ver si sabían igual a mis ranas rostizadas, pero eran más ricas. ¡Ahora me encantan las papas fritas! Y pensé: “¡Tal vez aquí pueda encontrar un producto que contenga la fórmula de los libros de la universidad que me cure de conocer los pensamientos ajenos!”.

Salté del bolso y caí de panza sobre un costal de trigo inflado. Iba a recuperarme del golpe cuando una mano vieja me trató de aplastar como si fuera mosca. Di una marometa y salí disparada por los aires después de haber pisado una salchicha a modo de trampolín. El barril de aceitunas estaba destapado y caí en él. No quiero decirte cuánta salmuera tragué, pero sé que desde ese día mi cabello, antes lila y seco, ahora está grasoso y sabe a sal y se me cae a puños. Lo úni-



co bueno es que la verdosa verruga se desprendió de mi frente y se cayó en ese barril. Es probable que alguna familia haya adornado su galleta salada aquel día con una aceituna con forma de berro.

Cuando Banca llegó a esta parte de la carta, soltó una carcajada. Siguió leyendo:

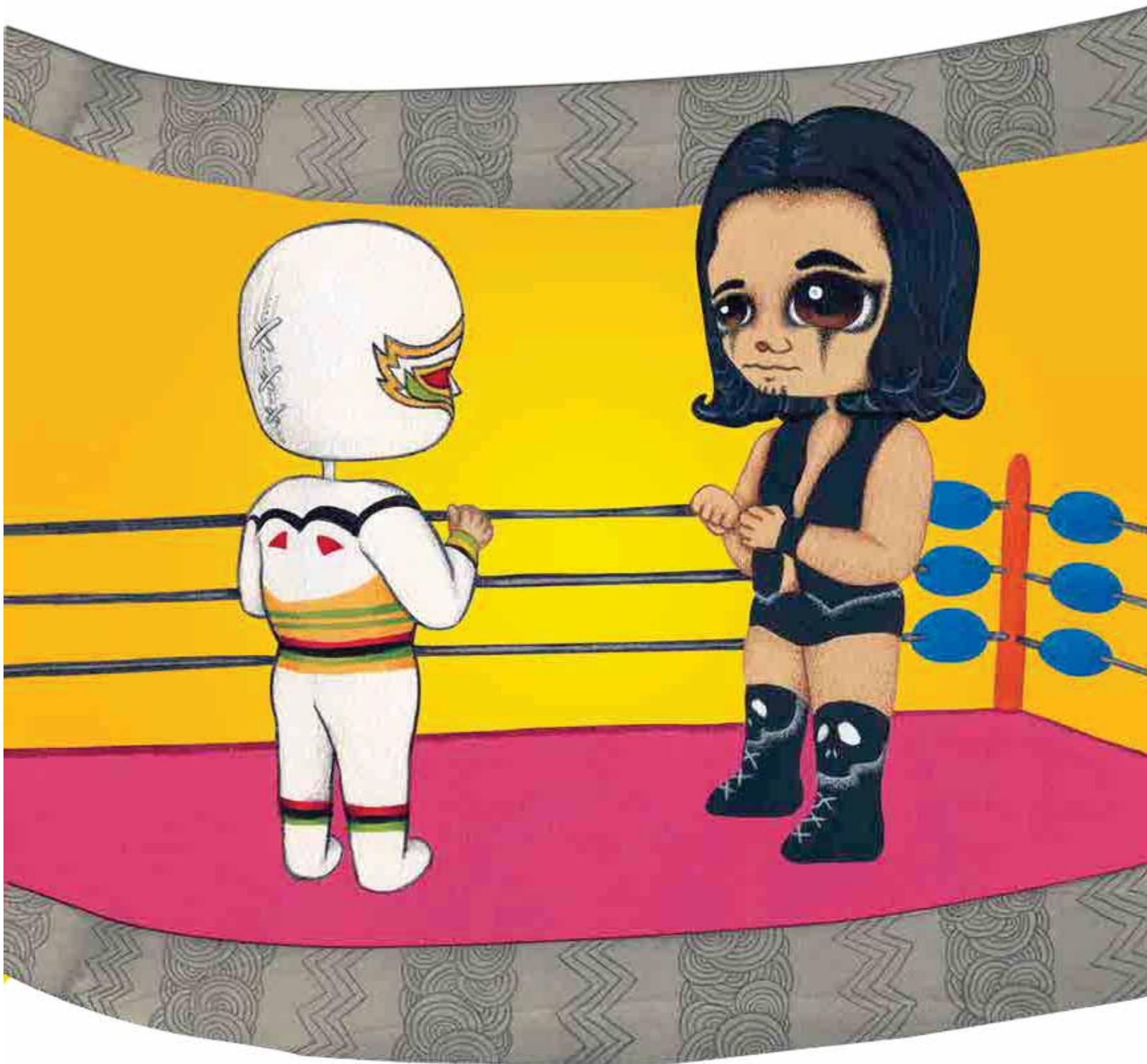
Me comenzaba a desesperar. Ya llevaba dos días perdidos en esta ciudad. Provisiones casi no tenía, la cantimplora se me había agujereado y no contenía jugo sino polvo, el mapa no me llevaba a donde quería y cada vez que miraba por los binoculares sólo veía a mis problemas agrandarse.

Los gatos me confundían con ratón, señoritas histéricas me perseguían con sus escobas, los autos casi me atropellaban.

Pensé: “¡Uf! ¡Ya es demasiado! O me apuro a encontrar la universidad o regreso fracasada a Bosco”. ¡No sabes cómo extraño a la abuela Gela, a ti, hermanita, a mis clases de cocina gnómica donde aprendí a preparar bebida azul con helado de vainilla!

Ese día me puse a llorar, con un llanto pequeñito que goteaba sobre unas hojas amarillas. Cuando me calmé, leí: “Sección amarilla. Sí funciona... y funciona muy bien”. Esto me pareció una señal del dios de los gnomos, una respuesta mágica a mi pregunta sabia, profunda e inteligente: ¡¿Cómo demonios llego a la universidad?!

Con dificultad hojeé y ojeé y volví a ojear y a hojear ese volumen pesado y grueso, hasta que di con la ansiada dirección. Tomé un perro pulgoso de





a peso que me bajó en la mismísima entrada de la universidad y antes de ingresar a un edificio muy alto, me detuve en un prado muy verde con algunas rocas muy volcánicas y me puse a escribirte esta carta muy larga. Voy a investigar si aquí están los famosos libros de los que me habló la anciana Sara con la fórmula que me cure. Ya te escribiré, mi querida y extrañada hermana Banca. Salúdame a la abuelita..., perdón, quiero decir a la abuela Gela, y a todos por allá.

Te mando un beso con sabor a papas fritas.

Trog.

—¡Qué linda carta! Me siento orgullosa de ella y pasado mañana yo también seré una gnomita triunfadora, pues haré la receta más extraña de las que la señorita Pepina haya visto en toda su vida —exclamó Banca.

Federico se despidió de ella deseándole suerte y siguió su camino. Su meta: la casa de Klumb. Cuando se encontró frente a frente con el pintor, no se anduvo con rodeos y le preguntó: “Tú te pusiste de acuerdo con el Ofanin Rojo para secuestrar a Muk?”.

Klumb pintaba en ese momento un laberinto sobre un paisaje lunar y detuvo el pincel que aplicaría un tono plateado al fondo de la pintura. Le contestó: “No sé quién eres, pero yo soy artista, no delincuente. Busca en otro lado a los raptores”, le dijo, y el pincel cubrió de plata un cielo frío. Federico se quedó inmóvil ante la hermosa pintura que Klumb había creado y le preguntó:

—¿Me venderías esta obra?

—Es para la abuela Gela. ¿La conoces? —Federico asintió—. Sé que desde que vio de frente a la Andrajosa no se siente en paz. Espero que este paisaje la tranquilice cada vez que lo mire. Pero te puedo hacer otro cuadro. Yo te aviso con la abuela Gela cuando lo termine. Cuando atardece jugamos ajedrez —explicó Klumb.

—¡Yo quiero aprender a jugar ajedrez! ¿Me enseña? ¿Puedo estar con ustedes en su próxima reunión? Mi nombre es Federico.

Klumb afirmó con la cabeza y se envolvió en una brillante luz, pues cuando le llegaba la inspiración parecía volverse de oro. Federico salió en silencio y con una gran alegría en el corazón.



# BANQUA

## CONSIGUE UN AMIGO

Banqua amaneció con sólo una idea en la cabeza: ir a la Región Prohibida a encontrar a las salamandras. Se arregló el cabello poniéndose dos pasadores con figura de lobos rosas y salió sin más protección que una escoba y una red para cazar mariposas, porque había leído que eran objetos poderosos en la Región Prohibida.

Respiró hondo y se atrevió a cruzar el límite invisible.

Allí el bosque se hacía más oscuro por la gran cantidad de coníferas y sombras pavorosas que cruzaban de improviso. Nunca vio tanto oso, tanto venado ni tanto puercoespín como en esa parte de Bosco. Caminó varias horas y cuando ya la sed la vencía, miró de lejos una hoguera y a varios enanos forjando espadas y yelmos sobre unos yunques.

—¡Ahí está el enano de estaño! ¿Podrá ayudarme o se portará tan grosero como la última vez? —Se arregló los pasadores y avanzó otro poco. En cuanto los enanos respiraron peste de gnomas dejaron de trabajar y empezaron a husmear como





hurones por todos lados. Debían cuidar al fuego sagrado de que nadie se le acercara a importunarlo y las gnomas eran muy curiosas. El primero que la descubrió fue el enano de estaño. A él en realidad le gustaba Banqua, pero no quería aceptarlo y por eso le había hablado tan mal aquella ocasión. Ahora debía de protegerla de los otros enanos, así que la aventó tras unos matorrales y cuando Banqua se disponía a darle un golpe porque pensó que estaba agrediéndola, él le detuvo el puño y susurró:

—¡Aquí estás a salvo! ¡Si ellos te atrapan serás cena de Gruloso! ¿A qué viniste a la Región Prohibida?

—Necesito dominar a las salamandras para mi tarea de cocina y sé que habitan en el fuego sagrado —murmuró Banqua.

—¡Ay, gнома inocente! ¿Tú crees que así de fácil ellas te darán el secreto que han guardado por millones de años? Le contestó él. Después de hacerla caminar de puntillas lejos de los otros enanos y subir a lo alto de un pino para quedar a salvo, el enano de estaño le proporcionó algunos hechizos contra las salamandras. Banqua los apuntó en su cuaderno.

—Debes saber que las salamandras no tienen forma. Habitan dentro del fuego y después puedes verlas si miras con atención las llamas. Así que cuando estés frente a la hoguera, después de que nosotros nos hayamos ido a descansar, recita unos versos que hagan llorar a las salamandras. El agua es la muerte para el fuego, así que tendrán que salir de



las llamas. En ese instante bárrelas con tu escoba y mételas en la red. Después cuélgalas de una rama y exprímeles sus secretos. Tu receta será la más interesante de todas.

Banqua hizo cuanto le aconsejó su nuevo amigo.

Esperó a que oscureciera y, mientras tanto, sentada en una rama del pino, inventó unos versos. Las salamandras lloraron cuando Banqua recitó:

Ningún guardián de los cuatro elementos  
puede escapar de su prisión.

Los silfos viajan dentro de los vientos,  
las ondinas respiran agua,  
los gnomos tragan tierra,  
pero las salamandras padecen lo peor:  
se queman en el fuego.

El quinto elemento las salvaría  
pero no lo conocen: es el Amor.  
Pobres salamandras atrapadas  
en su cárcel de fuego.

¿Quién las salvará?

¿Cuándo conocerán la libertad?

El quinto elemento las salvaría  
pero no lo conocen: es el Amor.





Después de meter en su red a la última de las llorosas salamandras que brincó del fuego y de haberlas colgado como le aconsejó el enano de estaño, Banqua salió corriendo de la Región Prohibida a realizar en su cocina los secretos que las salamandras confesaron.

A la mañana siguiente, cuando los alumnos presentaron su tarea, Banqua lucía radiante. Llevaba en las manos un guiso de ratones rostizados a los que les había colocado en la boca cerezas en llamas. La señorita Pepina aplaudió el guiso de Banqua.

—¡Muy bien, Trog! Fuiste la mejor.

En cuanto Banqua oyó el nombre de su hermana, comenzó a temblar. Se le cayó el platón de las manos y las cerezas encendidas cubrieron de fuego la cocina de la señorita Pepina y por poco queman los recetarios atesorados por





ella. Broncs y Yazni se apresuraron a aventar cenizas sobre las llamas. Entonces Banqua les confesó a todos su engaño y prometió nunca más decir que era Trog. Ellos la perdonaron porque el motivo de su mentira había nacido del disgusto que los demás les hacían sentir a las gnomas gemelas al confundirlas. Todos le prometieron fijarse bien en la diferencia entre ambas, si es que volvía Trog. Por ejemplo, Banqua tenía un coqueto lunar en la mejilla y Trog no. Trog tenía una oreja más peluda que otra, y Banqua no.

Banqua había invitado a la presentación de su tarea al enano de estaño. Él le había ayudado a cocinar y juntos se habían divertido mucho toda la tarde. Banqua ya no sentía tanto la falta de su hermana porque había ganado un amigo. Pero estaba inquieta, ya que pensó que las salamandras podrían vengarse incendiando a todo Bosco. El enano de estaño la tranquilizó diciéndole que, en cuanto alguien produce fuego, nuevas salamandras guardianas crecen en él y huyen a la Región Prohibida para seguir alimentando el fuego sagrado.

—¡No te preocupes por eso! —le dijo el enano de estaño y le dio un beso en la mejilla. Un lobo rosa tembló en la cabellera de Banqua.

Después de esto, Banqua le mandó una carta a Trog contándole sus propias aventuras y le habló mucho acerca de su nuevo amigo. Banqua ya nunca tuvo necesidad de entrar en la Región Prohibida ni de hacerse pasar por otra, porque ya nadie la confundiría con su hermana. Ella era Banqua, la que había conseguido un amigo. Era Banqua... y nada más.



## A TRAVÉS DEL MAR, RUMBO **A TIJERETA**

Federico deseaba aprender a jugar ajedrez, así que a la tarde siguiente de haber hablado con Klumb fue a la casa de la abuela Gela y allí saludó al gran pintor. Federico les contó a los dos sus planes de hallar a Muk





para que Sharash lo ayudara a volver a Tijereta. Klumb opinó que tanto Sharash como el Ofanin Rojo eran criaturas peligrosas y que tuviera cuidado. Después del primer jaque mate que Klumb le hizo a la abuela Gela, ella les relató una aventura que vivió a principios del invierno pasado.

Les dijo que una de las más frías mañanas había llegado su amiga Pantagruela, la gigante, a buscarla a ella y a su nieto Alcino.

—Después de mirar por entre los huesos de mi casa nos gritó: “¡Ya estoy aquí, Gela y Alcino!”.

Habíamos quedado de ir a pasear por la zona de nieve y avalanchas, muy al norte de Bosco.

Como a Pantagruela y a mí nos enloquecen las grandes velocidades, en los esquís alcanzábamos hasta los 120 kilómetros por hora. A esquiar no nos ganaron nunca ni las hadas blancas del Ártico ni las elfas azules del Antártico.

Pantagruela nos cargaba en sus hombros para llegar más rápido. A cada zancada de la gigante avanzábamos muchísimo. Toda la tarde estuvimos patinando en el lago de hielo Crunch-Crunch, hasta que

de pronto se oyó un ruido como de cristal quebrado y nos caímos al agua helada, pues como Pantagruela pesa varias toneladas y el hielo se había adelgazado... Dentro del agua helada moví mi cabeza agitando las arracadas de plata, pero allí no se escuchaban, así que hice un gran esfuerzo por sacar la cabeza y la volví a mover. Yazni llegó tan rápido como la luz a salvarnos, aventándonos una gruesa cuerda hecha de tripa de gato mágico.

—¿Y qué hizo Alcino? —preguntó Klumb.

—Se despidió de nosotras empapado y asustado.

Mientras Gela contaba esa anécdota, Alcino había estado escuchando la conversación escondido entre los huesos del mastodonte. Entonces añadió sin aviso:

—Y luego supe que al regresar a casa, la abuela Gela vio con desagrado que el piso de su entrada estaba pegajoso. Las niñas de cabellos de miel y pecas de colores habían pasado por allí. Acostumbran cruzar por esa zona cuando buscan nidos abandonados de marabús y cantan un himno que habla de melaza, de azúcar a punto de listón y de merengue. ¡Esa canción es tan empalagosa...!

—¿Y tú qué haces allí, mi querido nieto Alcino? ¡Siempre tan... metiche! —gritó Gela. Alcino continuó sin hacer caso al comentario de su abuela:

—Por cierto, hablando de los nidos de los pájaros marabús, ison tan hermosos!

—Sí, y como cada cierto tiempo los marabús abandonan el nido y ya nadie los usa, las niñas los aprovechan de múltiples maneras: para guardar lápices, botones o pasadores, como bandeja para cuando se bañan y hasta de sombrero en los días de lluvia. ¡Son resistentes y bonitos! —aseguró la abuela Gela y añadió:

—Y es cierto, el día que nos caímos al lago Crunch-Crunch, las niñas dejaron todo el suelo pegajoso. ¡Tuve que echar mucha agua frente a mi casa, pues de otra forma se me estarían pegando los zapatos al suelo!

—No son malas muchachas, pero eso de no poder hacerse ni un chongo porque todo peinado se les escurre ha de ser muy molesto —opinó Klumb.

Esa tarde la abuela Gela notó a Federico muy serio. Si le ofrecía un poco de ranas rostizadas, las favoritas de su nieta Trog, Federico sólo suspiraba. Si le proponía jugar otra partida para confirmar que ya había aprendido algunas estrategias de ajedrez, volvía a suspirar, pero más hondo.

—¿Qué te ocurre, Federico? Cuando te conocí en el circo del gorila Broncs me pareciste un niño alegre y con el deseo de vencer todos tus miedos, empezando por el miedo al agua. Ahora sólo suspiras y tienes los ojos empañados de ausencia.

—Extraño a mis papás, extraño mis juguetes. ¡Extraño la isla en que nací! Yo acostumbraba escribir cuentos. Ahora los he perdido, pues mi libreta se quedó en Tijereta.

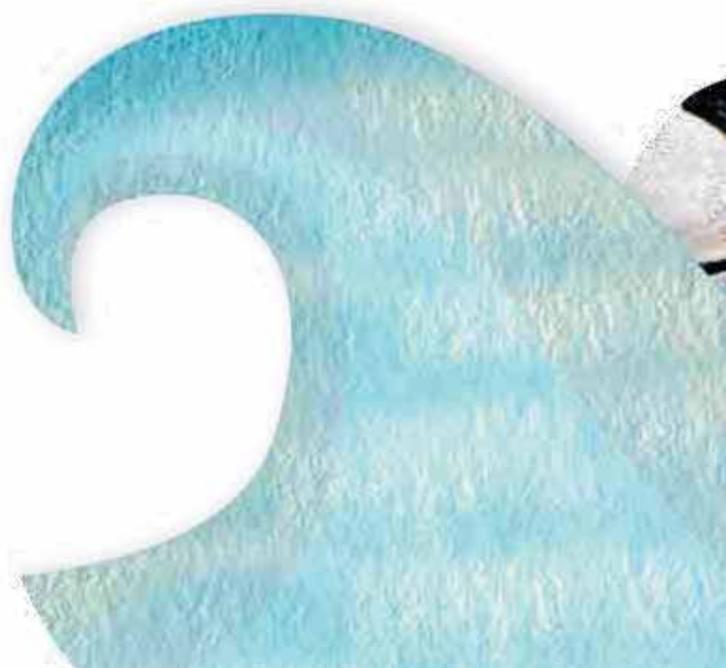
—Supe que hace tiempo los gobernantes de las Islas Bravuconas corrieron a muchas criaturas, entre ellas a ti y a tus padres... pero Bosco es el mejor lugar para vivir, ¿no te parece? —le preguntó la abuela Gela y agregó—: Incluso puedes empezar a escribir nuevos cuentos aquí. Te sugiero que escribas sobre los marabús, son unas aves muy interesantes, ya te hemos contado sobre sus nidos. ¡Anímate, Fede, de grande puedes ser un gran cuentista!

A todas las palabras de la gnoma de cabellos dorados, Federico respondía con un suspiro. Casi iba a llorar, pero sabía que tampoco podía permitirse ese desahogo, pues su cara se reblandecería. Klumb lo miraba pensativo. La abuela Gela tuvo una idea:

—¿Y si vamos a Tijereta y les gritamos sus verdades a esos aprovechados? Los obligaríamos a permitirles a los exiliados de Vulcanita, Tijereta y Martillote el regreso a casa —dijo entusiasta Gela.

—Sería lo justo. Además, eres la gnoma más aventurera que he conocido, y para muestra está la anécdota que nos acabas de contar —añadió Klumb.

—Y con mi gran ayuda, en menos de diez minutos estaríamos haciéndoles “la quebradora” a esos discriminadores —concluyó Alcino.





A Federico se le iluminaron los ojos y todos empezaron a hacer planes para el viaje. Federico no iría, por precaución, pues tendrían que atravesar el mar y si naufragaban o una ola bañaba la barca, Federico se desharía. Todavía no había encontrado la manera de protegerse del agua, pues fracasaban todos los diseños que había hecho de impermeables a base de hojas. Gela iría acompañada, tal vez por Yazni o Alcino o Klumb. Saldrían rumbo a Tijereta lo más pronto posible.

El viaje a través del mar fue largo y cansado. Como barco usaron un balón pinchado de fútbol que había pertenecido a los gigantes, y que flotaba muy bien. Iban la abuela Gela, Banqua y Yazni. Klumb no, pues tenía que terminar veinte cuadros para antes del siguiente invierno. Alcino decidió al final quedarse en Bosco para no perderse ningún chisme “calientito”. Navegaron cerca de cuarenta días y cuando estuvieron a punto de ser tragados por un pulpo gigante y un kraken bebé, llegaron cerca de Vulcanita. De lejos vieron las palmeras de la isla Martillote, donde había nacido Sharash. Más adelante se encontraba Tijereta: ése era el destino final de estos intrépidos navegantes.

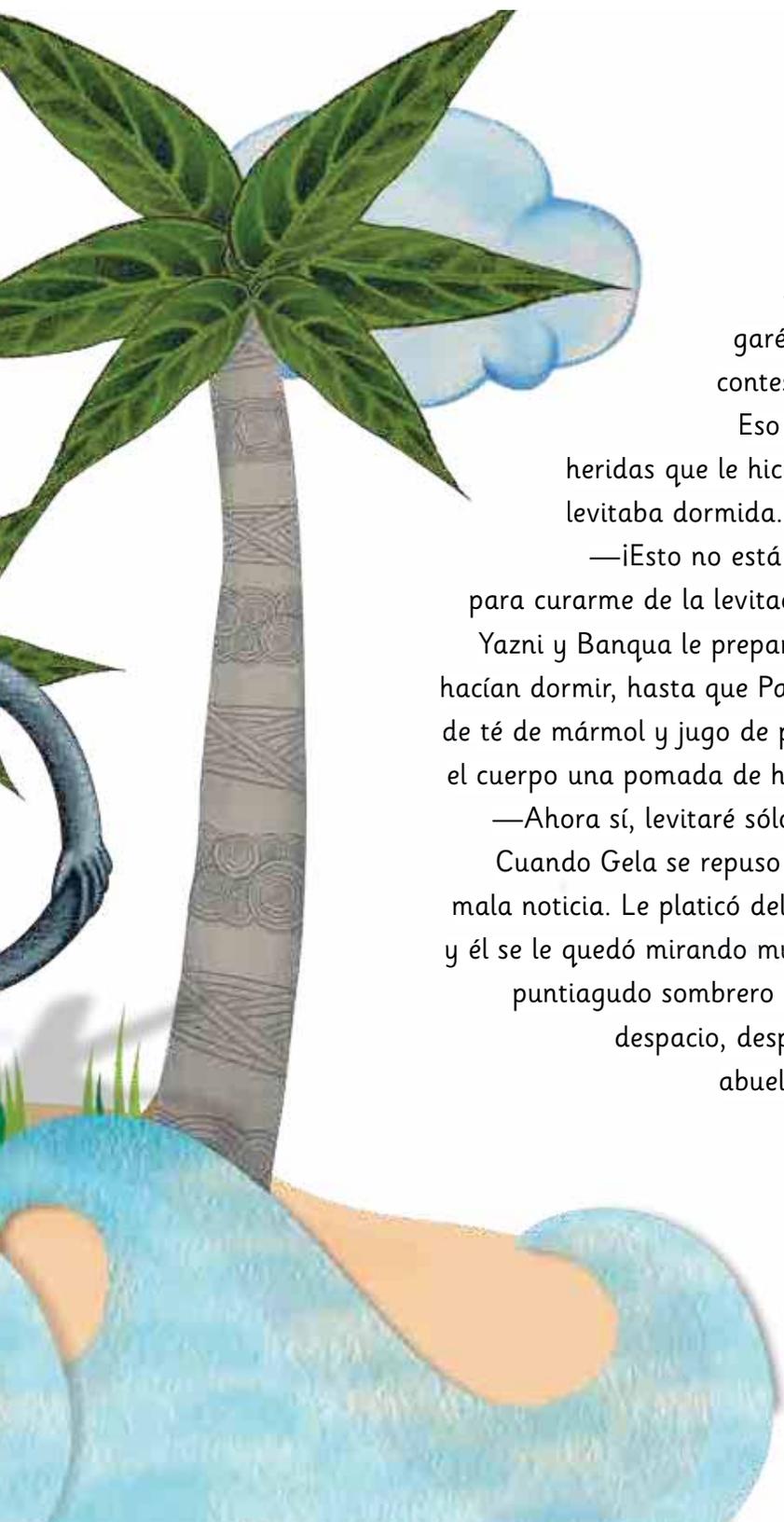
Nunca nadie, en los cientos de años que había vivido Gela, la había tratado tan mal como lo hicieron las criaturas de tijera. Al desembarcar solicitaron una audiencia con los gobernantes. Primero Banqua y Yazni intentaron convencerlos de que era hermoso vivir en armonía, que sería bello ver juntas y felices a las criaturas de papel y a las de tijera... Nada. Gela les dijo que tal vez podían dividir con una línea imaginaria cada una de las islas Bravuconas en dos franjas iguales,

respetando el lado del contrario para evitar enfrentamientos... Nada. Que entonces construirían un altísimo muro a la mitad de Tijereta para que ni unos ni otros se miraran... Nada de nada.

Hartos de tanta insistencia por parte de mis habitantes, los tijeretos se pusieron de acuerdo para correr a pedradas a “los tres pedinches”, como los habían apodado. Cuando desalentados se embarcaban para partir, los tijeretos más radicales les aventaron piedras y caca de pájaros desde unas catapultas. ¡Qué humillante! Yazni, Banqua y Gela huyeron de los proyectiles remando muy de prisa.

Fracasados regresaron a Bosco y Banqua curó las heridas que le habían hecho a su abuela. Gela pasaba muy malas noches, tenía fiebre y empezó a levitar sin proponérselo. Ella sabía levitar a voluntad. Se sentaba en flor de loto sobre una alfombra, cerraba los ojos e imaginaba coloridos mandalas. Después de unos minutos se elevaba y se elevaba y seguía elevándose, hasta llegar a las constelaciones. Alguna vez Virgo y Géminis la esperaron para contarle las últimas pérdidas de estrellas que había sufrido la Vía Láctea. Capricornio decía que Leo y Cáncer podían tener algunas pistas acerca del ladrón. Escorpión pensaba que los hoyos negros tenían mucho que ver en eso. Piscis estaba segura de que la desaparición de estrellas era una señal de que se estaban cumpliendo las profecías acerca del fin de los mundos. “¿Quién será el raptor de tanta estrella?”, se preguntaba todo el Zodiaco.





—El día que yo lo sepa, lo obligaré a devolverlas, una por una —les contestaba Gela.

Eso era antes, pero a partir de las heridas que le hicieran los tijeretros, la abuela Gela levitaba dormida.

—¡Esto no está nada bien! Debo hallar el remedio para curarme de la levitación inconsciente —se dijo.

Yazni y Banca le prepararon baños de lechuga que sólo la hacían dormir, hasta que Pantagruela le dio a beber un coctel de té de mármol y jugo de piedra, además de untarle en todo el cuerpo una pomada de hierro, cobre y zinc. ¡Y se curó!

—Ahora sí, levitaré sólo a la hora que yo quiera.

Cuando Gela se repuso buscó a Federico para darle la mala noticia. Le platicó del fracasado propósito del viaje y él se le quedó mirando muy serio. Agachó la cabeza y su puntiagudo sombrero cayó al piso. Federico lo aplastó despacio, despacio, hasta hacerlo polvo. La

abuela Gela lo abrazó fuerte y juntos escucharon, en silencio, el sonido de algunos animales que a veces, aquí en Bosco, pareciera que lloran en vez de gruñir.





# GRULOSO

ES ENGAÑADO

La abuela Gela se quedó preocupada por Federico y días después comenzó a sufrir de pesadillas. Soñaba con la Andrajosa, el demonio de la Región Prohibida. La Andrajosa tenía la costumbre de aparecerse en los sueños de cualquier habitante de Bosco para succionarle las ilusiones, como ya lo había hecho con uno de los búhos del cementerio que se quedó bien tieso una madrugada después de soñar con ella.

Gela, en más de una



ocasión, despertó gritando y señalando la puerta de su recámara.

Decía que allí estaba la Andrajosa, que había venido por ella para llevársela al Parque de los Tiesos. Banqua trataba de calmarla y se quedaba a velar su sueño.

Una tarde de lluvia, mientras Federico y Gela jugaban ajedrez, Yazni preguntó:

—¿Usted cree en la reencarnación, señora Gela?

—Bueno, no estoy segura de ello —murmuró—. De hecho, nadie puede estar seguro de eso.

—Y si fuera cierto, ¿a usted quién le habría gustado ser en su vida pasada? —le preguntó Yazni con mucha curiosidad.

—Eso no es fácil de confesar, pero como usted ha demostrado ser amable conmigo al ayudarme siempre que estoy en problemas y nunca se le ha ocurrido llamarme “abuelita”, ¡agh!, se lo diré. Antes, alárgueme sus manos. Quiero conocer su pasado y decirle el futuro.

Yazni las escondió rápido detrás de la espalda, dudando ante las dudas que siempre lo hacían dudar.

—¿Y si me dice algo malo? ¡¿O si me dice algo muy bueno?!  
—pensaba en silencio el elfo, “eso también conlleva responsabilidades”.  
—¡No, gracias! Mejor lo dejamos para más adelantito, quiero decir, para otro día.

Federico y Yazni se rieron. A Federico le gustaba la compañía de la abuela Gela y gracias a ella fue comprendiendo que a veces en la vida no se puede tener todo lo que se desea y que Bosco era un gran sitio para vivir. Cuando Federico y Yazni se despidieron, Gela se quedó pensando en la plática que había iniciado Yazni. Ella presentía quién había sido en otras vidas. En el tiempo imperial de Japón creía haber sido un mendigo de nombre Takeshi Poka Yoque y en otra vida un buscador de perlas en alguna playa remota. Creía que las personas que se van conociendo en la vida, incluso a los enemigos, ya se les ha tratado en otras vidas. Sobre eso tenía intuiciones que iba corroborando.

Federico le había prestado a Gela el diario de Sharash y, en cuanto ella lo tocó, sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Al empezar a leerlo, le pareció que conocía desde hacía mucho tiempo a Sharash. La abuela Gela pensaba que no podía haber criatura más egoísta y peleonera en todo Bosco que esa bruja verde. Era enemiga de casi todos. Sin embargo, Gela conocía la dulce debilidad de toda madre: por muy mala que fuera, Sharash Menglow tenía un hijo y eso la hacía una mujer con posibilidades de cambiar a partir del amor. Tal vez Federico convenciera a Sharash de que lo ayudara a regresar a Tijereta, porque poseía el poder de la magia y alguna vez ya había devuelto a su hogar

a otros niños. Donde la abuela Gela había fracasado tal vez Sharash triunfaría.

Federico estaba muy triste, pues los dos planes que había urdido para regresar a su isla habían fracasado: el primero había sido creer que iba a rescatar a Muk y que Sharash, en agradecimiento, lo ayudaría a volver a Tijereta; y el segundo había sido el viaje de Gela. Federico se decía una y otra vez que era un tonto, un soñador, un niño que vivía sin los pies de periódico en la tierra. Haber creído que Muk estaba atrapado en la pintura de la cabaña de Sharash era la tontería más grande. Mientras Federico se diseñaba otro gorro, pero ahora de papel, la luna le susurró:

—No todo está perdido, Fede. Sigue buscando en la cabaña de Sharash, pues Alcino y yo sabemos que allí está Muk.

La luna le aconsejó que espicara a los búhos del cementerio. Entonces Federico fue a vigilarlos. Escondido detrás de una roca, escuchó risotadas y gritería. Melifluo decía:

—¡Qué genial idea tuvimos!, mira que encerrar a Muk dentro de la pintura que Klumb le vendió a Sharash fue lo más fenomenal.

—Sí, poner al hijo en las mismas narices de su madre, ¿a quién se le hubiera ocurrido sino a nosotros? —escupió otro búho.

—¡Nadie lo descubrirá! —se decían los búhos riendo.

—¡Y todo gracias a la ayuda del Ofanin Rojo, que es un gran hechicero! —remató Melifluo.

Cuando Federico escuchó esto último, sintió que su corazón daba un brinco.

—¡El Ofanin Rojo! El gran traidor. Ya presentía yo que no era de fiar. Lo buscaré para que me dé explicaciones.

El Ofanin Rojo se había pasado los últimos días consiguiendo los objetos que Gruloso le había solicitado para poder casarse con Brizna, por eso no había regresado a vivir con Sharash en muchos días. Él había ayudado a los búhos del cementerio en el rapto de Muk, pues ellos le consiguieron las uñas de una gnoma fea y enfrascaron la peste de las brujas verdes. El Ofanin Rojo pudo encarcelar en la pintura a Muk por la gran habilidad que poseía gracias a su pelo plateado. El ofanin no tenía remordimientos de su mal proceder con Sharash porque tampoco tenía claro el valor de la amistad, ni sabía qué significaba la palabra lealtad. Entonces ¿cómo entendía el amor?

Todo lo que el Ofanin Rojo había planeado para conseguir a Brizna le resultó a las mil maravillas. Excepto lo del engaño del pelo de estambre. Gruloso tomó la cajita con las uñas de la gnoma Trog, las depositó dentro de un calabazo y lo agitó frente a las ninfas bebés que estaban llorando en sus hamacas. Después olió el frasco y se roció la peste de las brujas verdes por todos lados, ya que le encantaba ese olor a col agria. Pero cuando tuvo entre los dedos el supuesto pelo mágico, lo acarició unos segundos y al instante le ordenó a sus soldados-jabalís que en castigo por haberlo querido engañar rasuraran la cabeza del ofanin, —¡por embustero! —aulló Gruloso.

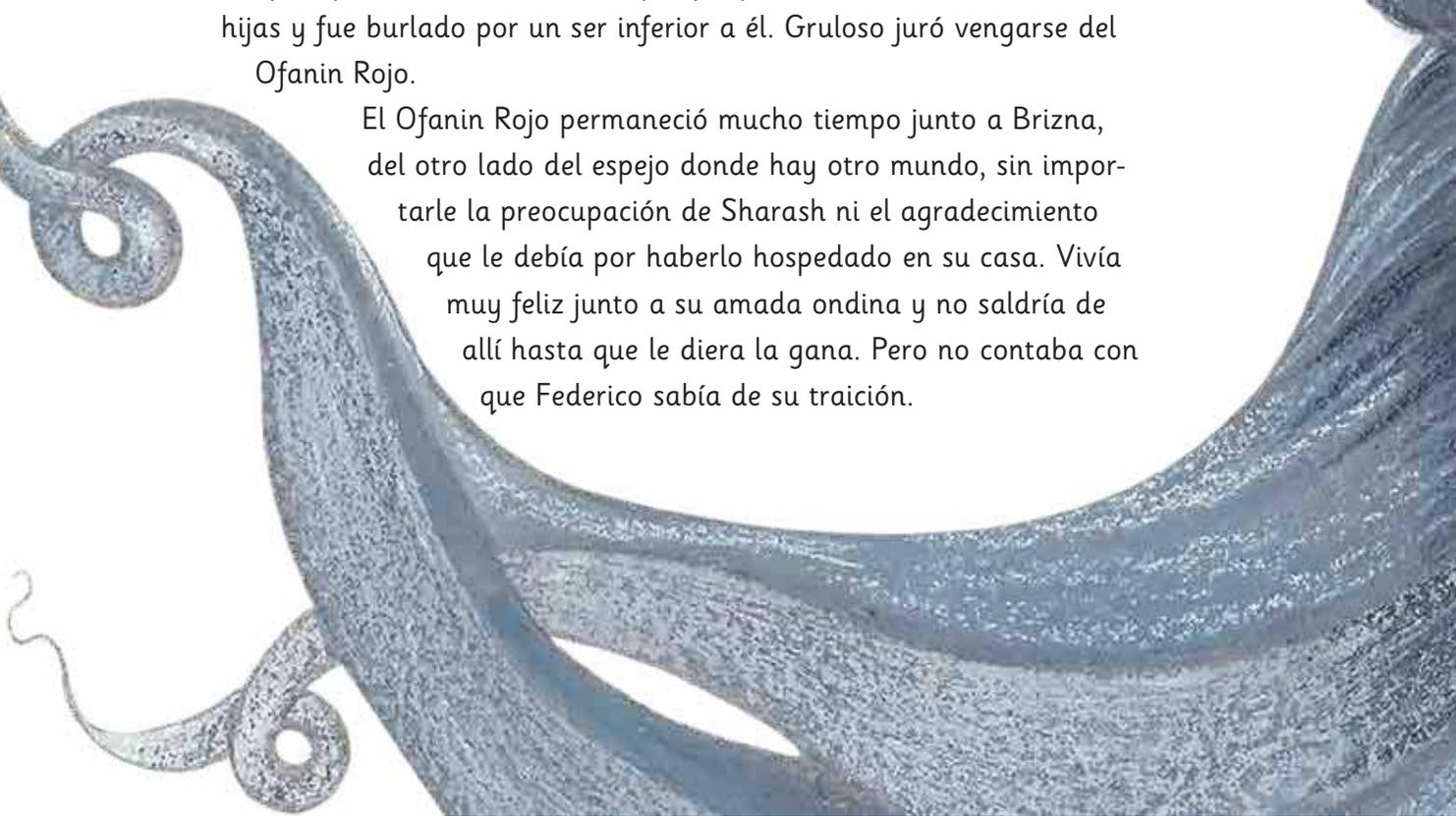


—¡No, Gruloso, no cometas ese crimen contra mí! En este instante te daré el pelito que más quiero y que también tú quieres, porque aunque amo a Brizna, amo más mi larga cabellera. Pelón me vería como globo o nariz de payaso, pues ya ves que mi piel es rojiza. ¡Tú ganas! Dame un espejo para buscarme el verdadero pelo plateado —pidió el Ofanin Rojo.

—¡Guardias! ¡Acérquenle lo que pide!

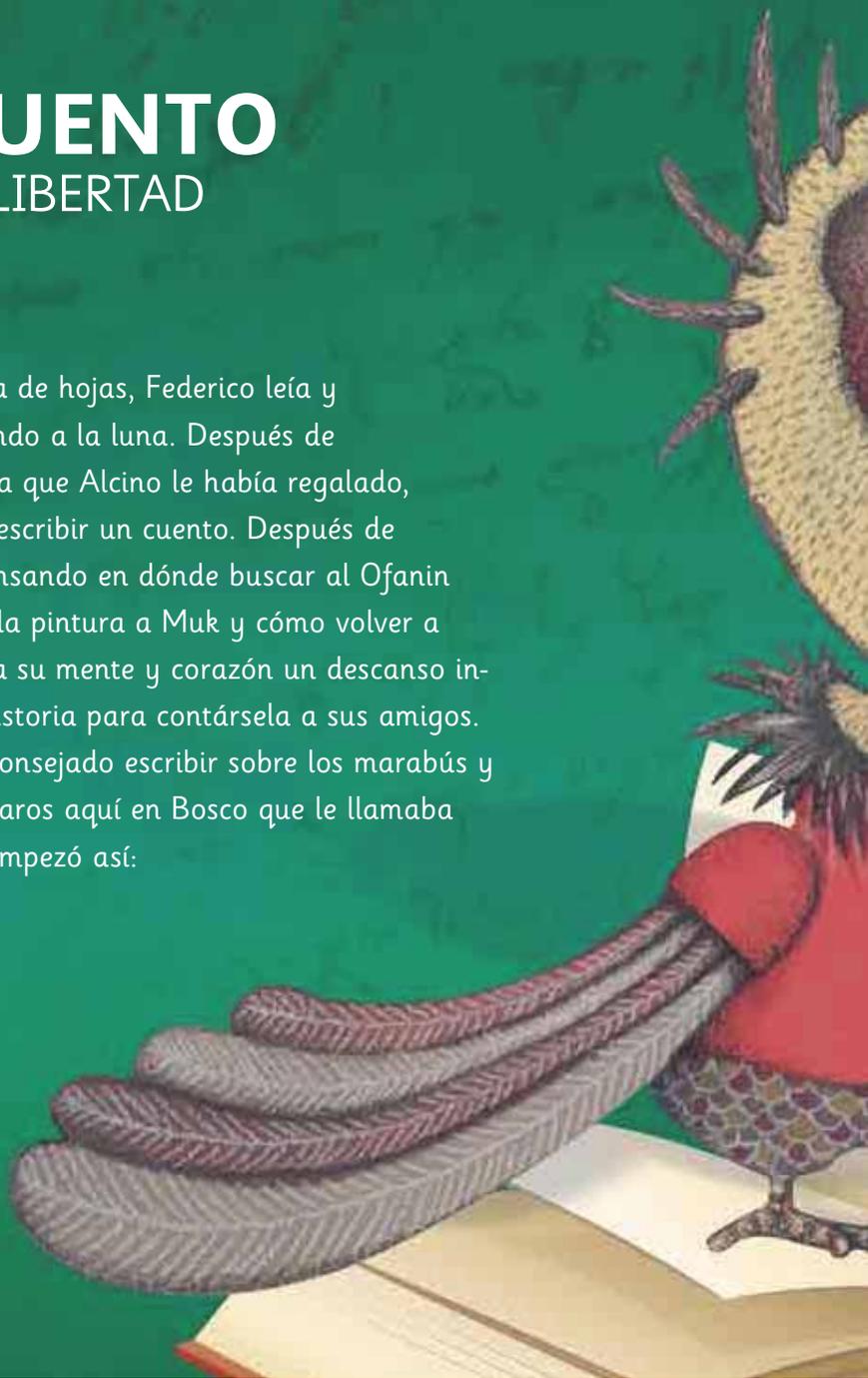
Ni tardo ni perezoso, en cuanto tuvo enfrente el espejo, el Ofanin Rojo tomó de la mano a Brizna y, susurrando un conjuro, ambos brincaron dentro del espejo. Desde ese día Gruloso fue el dios más histérico que apestoso de todo Bosco, porque perdió a la mala a una de sus hijas y fue burlado por un ser inferior a él. Gruloso juró vengarse del Ofanin Rojo.

El Ofanin Rojo permaneció mucho tiempo junto a Brizna, del otro lado del espejo donde hay otro mundo, sin importarle la preocupación de Sharash ni el agradecimiento que le debía por haberlo hospedado en su casa. Vivía muy feliz junto a su amada ondina y no saldría de allí hasta que le diera la gana. Pero no contaba con que Federico sabía de su traición.



# UN CUENTO SOBRE LA LIBERTAD

Recostado en su cama de hojas, Federico leía y miraba de vez en cuando a la luna. Después de terminar el libro-aroma que Alcino le había regalado, sintió la necesidad de escribir un cuento. Después de romperse la cabeza pensando en dónde buscar al Ofanin Rojo, cómo extraer de la pintura a Muk y cómo volver a Tijereta, decidió darle a su mente y corazón un descanso inventando una buena historia para contársela a sus amigos. Como Gela le había aconsejado escribir sobre los marabús y había uno de estos pájaros aquí en Bosco que le llamaba la atención, Federico empezó así:





Aunque a los marabús se les haya visto siempre como pájaros carroñeros quiero que sepan lo que le aconteció a uno de ellos el día que quiso ser padre, pues el protagonista de esta historia era muy diferente del resto de sus compañeros.

Si queremos conocerlo tenemos que preguntarle a Klumb, gran amigo de este marabú llamado Leonardo James, dónde podemos encontrarlo. El escenario de esta historia: la región de las pozas, en el centro mismo de Bosco.

Leonardo es una ave grande si consideramos que sus alas extendidas alcanzan los dos metros. Su cabeza y su cuello carecen de plumas; como papada tiene un saco rojo que le cuelga y esto lo hace ver cómico. Es un pájaro sombrío y triste.

—¡Ese marabú es “hoguibré”! —dijo alguna vez Tula.

—¡Guácala! ¡Es un comelón de cadáveres! —criticó Alcino. Pero Leonardo no escucha nada de esto y

usa su pico cónico para sacar los trozos de carne de los animales muertos, a modo de palillos sobre aceitunas.

En Bosco crece infinidad de árboles altos y es allí donde los marabús, que serán papás, construyen sus nidos. Un día a Leonardo se le ocurrió diseñar un nido diferente al de los demás marabús. El problema fue que tanto los buitres, en especial Hotentote, como los búhos del cementerio, en especial Merequetén, no lo dejaron en paz. Cuando Leonardo trataba de concentrarse en su trabajo, ellos llegaban a interrumpirlo:

—¿Sabes que eso parece más un palacio para reyes gordos con cabeza de bombón que un nido? —le dijo Merequetén a Leonardo.

—No tenemos que construir nuestros nidos iguales a los de nuestros tatarabuelos. ¿O sí? ¿Dónde está escrito eso? —preguntó enojado Leonardo—. Yo creo que un poco de arte y de imaginación no le hará daño a mis hijos. Al contrario, las nuevas ideas despiertan sueños que pueden hacerse realidad.

Y terminando de decir esto emprendió el vuelo más elegante que se haya visto: metió un poco entre los hombros su cabeza y extendió sus patas hacia atrás. Subió tan alto que ni Merequetén ni Hotentote lo distinguían.

Los nidos tradicionales de los marabús están hechos de varas, hojas y ramas. Nada espectacular. El de Leonardo era de cortezas de diferentes árboles, tela sobrante que desechaba la tarántula Tula, láminas de estaño y oro de los enanos forjadores de armaduras en la Región Prohibida y topacios de la montaña de Muk. Además de lo especial del material, la forma

del nido era única. Visto de lejos parecía un castillo árabe que permitía entrar al nido toda la vegetación que por ahí creciera.

—¿Para qué quieres tanta ventana si no les pondrás vidrio, Leonardo, pues los pájaros no acostumbran eso? —le preguntó el búho Melifluo.

—¿Y qué significan las puertas en forma de ojos? —añadió Merequetén.

—¿Y pada qué necesitadán tus hijos las escaledas si las aves volamos? —expresó un buitre acatarrado.

Leonardo sólo oía preguntas a las que no sabía responder. De noche se quedaba pensando si no tendrían razón los otros pájaros, y las otras criaturas, aquellas que afirman que uno más uno siempre dará dos y que la realidad se capta sólo por los cinco sentidos, nada más.

Sólo el pintor Klumb lo entendía y platicaban horas enteras acerca de las variadas formas que podían descubrirles a las piedras o a las sombras o las vetas de los árboles. Les gustaba mirar el cielo y descubrir efigies de guerreros o hadas en las huidizas nubes.

—¡No cambiaré mis ideas por lo que opinen “esos otros” que no se dan cuenta de que uno más uno puede ser más que dos y que las líneas paralelas se juntan a distancias cósmicas! Seré fiel a mis sueños, esos sueños donde vi por primera vez algo parecido al nido que estoy construyendo.

Y Leonardo se quedó dormido atrapando en sus sueños, esculturas en forma de flor de lis.

Llegó el tiempo de buscar compañera y Leonardo esperó que alguna amiga se le acercara. Quería en especial a Gumersinda, por sus plumas lustrosas y su pelona cabeza rosa. Pero ¿qué pasaría si ella tenía las mismas ideas

de los que lo criticaban? Debía ser cauteloso al mostrarle su nido. Para eso eligió una noche donde no hubiera luna; así Gumersinda, que además era un poco cegatona y usaba unos grandes anteojos redondos, no vería con claridad su nido, y el susto que se llevara tal vez pudiera ser menor.

Ella aceptó la invitación. Después de haber cenado un exquisito conejo sazonado con sangre y hierbas de olor, Leonardo y Gumersinda volaron hasta la acacia donde estaba el nido. ¿Estaba? ¡De ninguna manera! ¡No había nada! ¡Alguien había destruido toda su obra!

Leonardo casi se desmaya cuando vio por tierra las columnas rotas, las escaleras picoteadas y los marcos de las ventanas orinados.

—¡Cómo se atreven! —gritó Leonardo—. ¡Me haré respetar, caiga quien caiga, como que me llamo Leonardo James!

Por esa razón Gumersinda no pudo ver en esa ocasión su futura casa y la de sus hijos.

Desde ese día, escalera que construía Leonardo, escalera que amanecía destruida por completo. Por ello, decidió hacer guardia todas las noches. El culpable aparecería y le prohibiría acercarse a su nido.





Así lo hizo. Una noche, Leonardo se escondió tras una enorme roca y desde su escondite pudo observar a los búhos del cementerio y a los buitres que con hachazos, picotazos y karatekazos hacían pinole su obra de arte. Salió enfurecido de su escondite y les gritó:

—¿Por qué no aceptan que las cosas pueden ser diferentes? ¿En qué les afecta que yo haga mi nido como el que veo en mis sueños, si sus hijos no van a vivir en él? ¿Tenemos que repetir las cosas aunque no sepamos ni porqué?

—¡No te te alte teres, mi hermano! —tartamudeó el búho Merequetén—. La cuestión está en que...

—En que... sí, así como parece... porque de otro modo, ¿verdad, muchachos? —cantinfeó Melifluo.

—Sí, es que... la verdad no nos gusta tu nido. Por eso lo destruimos. Porque al no gustarnos, no lo comprendemos y al no comprenderlo no lo apreciamos y al no apreciarlo, no nos gusta ni lo queremos. ¡Eso es!

Todos le aplaudieron. El último que había hablado era Hotentote, un buitre de mal corazón y pequeño cerebro. Era una ave que prefería destruir lo que no iba con su estilo de vida ni con sus ideas, en vez de proponer algo nuevo.

¿Cómo haría Leonardo para hacerse comprender y respetar por esos pájaros necios? Lo primero que hizo fue pedirles que pusieran por escrito sus ideas para leerlas con calma por la noche y tratar de entenderlos. Pero no sabían escribir. Su amigo Klumb le sugirió organizar una asamblea, donde los habitantes de la región de las pozas que quisieran participar en

el debate, hablaran de sus ideas en pro y en contra del nido de Leonardo, pero en orden y con respeto a las ideas ajenas.

Fue Klumb el más entusiasta defensor de la libertad de creación de nidos nuevos y, después de varias juntas, impartió un taller donde les dio algunas clases sobre la extracción de pigmentos de diferentes colores y sus combinaciones. Poco a poco los búhos y los buitres fueron interesándose en lo que significaba el color en el arte de la pintura y la arquitectura.

Así fue como Leonardo terminó comprendiendo a su vez por qué a otros pájaros les disgustaba su creación: hay algunos que prefieren la tradición, pero esto no resolvía el problema. A Gumersinda se le ocurrió una idea.

—¿Por qué no los invitas a participar en tu proyecto como arquitectos, diseñadores y albañiles? Aunque te aconsejo que antes les hables de tus sueños. Sé sincero con ellos y cuéntales cómo cuando duermes vuelas por ciudades mágicas donde hay enormes ojos flotando por el cielo, mientras una gigante flor de lis en llamas es rodeada por siete serpientes. Diles que tus sueños te llenan de ideas nuevas para la construcción de ese nido excepcional que a mí tanto me gusta y que cobijará a nuestros hijos.

—¡Excelente idea! Les contaré cómo es que veo en sueños cada una de las habitaciones de mi nido, cómo el nido se construye a sí mismo y se vuelve dorado o a veces azul añil. Yo sé que los sueños son otra manera de estar vivo, Gumersinda, otro tipo de realidad, de ninguna manera menos real que cuando estamos despiertos, sólo diferente y cuando despierto me pongo triste, pues me duele despedirme de ese mundo mágico.

Todo se llevó a cabo según la sugerencia de Gumersinda. Búhos y buitres ayudaron a la construcción del nido y sólo así fue comprendido y respetado Leonardo, el excéntrico marabú, quien al paso del tiempo tuvo cinco hijos tan soñadores como él. Hasta la fecha el magnífico nido de Leonardo y Gumersinda es visitado por cientos de animales y criaturas famosas de los bosques vecinos. Hasta los búhos del cementerio se sienten orgullosos de salir retratados en las revistas de arte, pues saben que ayudaron a formar un nido único, pero inacabado.

Leonardo James nunca lo terminó, pero fue a propósito, porque pensaba que tampoco los sueños tienen fin. “Las grandes obras nunca se terminan, sólo se abandonan”, dijo alguien un día. Y este cuento ahora lo abandono para dar paso a otro.

FIN

Así terminó Federico su historia a la que llamó *Leonardo, el marabú artista* y de pronto reflexionó en sus sueños personales: volver a Tijereta y dejar de temerle al agua. Entonces sus manos empezaron a temblar, soltó el lápiz y la palabra “fin” de su cuento se ahogó en una lágrima como si ésta fuera un doloroso océano.



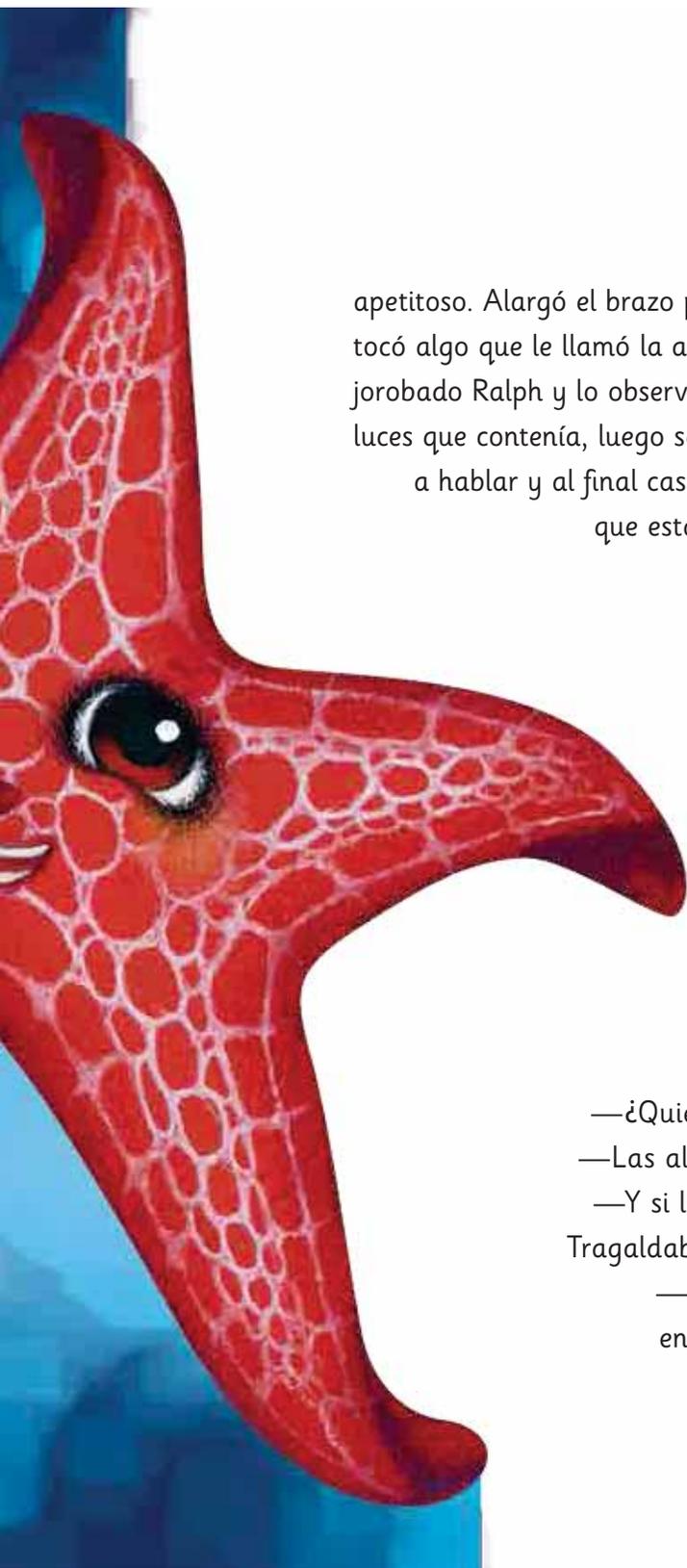


# LA DESTRUCCIÓN DEL ALMARIO DEL **JOROBADO RALPH**

Las estrellas seguían desapareciendo del cielo. Gela, Pantagruela y Federico acostumbraban acostarse en la tierra para disfrutar de las estrellas fugaces. Cuando veían cómo una estrella se desinflaba, gritaban un “no” muy enojado. No estaban lejos de conocer al raptor de las estrellas, pues Tragaldabas, hija de Pantagruela y Mermenflún, estaba trabajando con él.

Una luminosa mañana, Tragaldabas estaba husmeando en la casona chueca, a ver si encontraba habitaciones que tuvieran algo de comida, porque ya se había acabado todo lo comestible la tarde anterior. Ahora quería probar los calcetines de Ralph o un vagón del tren de juguete que se veía muy





apetitoso. Alargó el brazo por un pasillo, abrió una pequeña puerta y tocó algo que le llamó la atención. Sacó por la ventana el almario del jorobado Ralph y lo observó. Primero se asustó por la brillantez de las luces que contenía, luego se asustó más porque esas luces le empezaron a hablar y al final casi suelta la caja al descubrir que eran estrellas

que estaban traspasadas por alfileres y que éstos les hacían daño. Sin embargo, después de tantos sustos, Tragaldabas pensó:

—¡Qué ricas se ven estas lucecitas! —Sacó una y la tomó con sus dedos como si fuera un bocadillo. Y estaba a punto de morder el alma azul de Riguel cuando ésta le suplicó:

—¡No lo hagas! ¿Cómo podrá seguir siendo bello el universo si el jorobado Ralph nos desinfla y tú nos devoras?

—¿Quiénes son ustedes?

—Las almas de las estrellas de la Vía Láctea.

—Y si las libero, ¿qué gano a cambio? —preguntó Tragaldabas.

—Admirar las noches estrelladas y filosofar en la infinitud del universo y la pequeñez de

las criaturas de Bosco —le dijo Riguel, pero se le quedó viendo pensando que aquella criatura tenía todo, menos pequeñez.

Aunque los gigantes de Bosco pueden parecer monstruosos por su altura y torpes en su andar, tienen corazones de oro... enormes. Así que Tragaldabas se compadeció del dolor de las estrellas y deslizó la tapa de vidrio que las cubría para dejarlas libres. Una a una se iban colocando en el antiguo lugar que ocuparan en el espacio y esa noche en que Federico miraba a la luna y algunos astrónomos estudiaban el cosmos, no comprendieron este fenómeno celeste, como tantos otros hechos del espacio que todavía no se entienden.

Tragaldabas nunca volvió a la casona chueca, pues no quiso enfrentar los reproches de Ralph. Cuando él vio que su almario estaba rotundo, apabullante y absolutamente vacío, lloró por segunda vez en su vida.

Esa noche, cuando puso su ojo de vidrio frente al telescopio, pudo comprobar que el cielo volvía a tener multitud de estrellas. Gripe aulló moqueando junto a él y quiso consolarlo lamiéndole las manos. El jorobado Ralph lo pateó y además destruyó telescopio y astrolabios y nunca más subió a su observatorio astronómico. Desde la pérdida de su almario, sólo jugaba con su enorme tren de juguete sin necesidad de usar pilas: le dirigía sus manos poderosas y allá iban los vagones, subiendo cuestas y cruzando túneles hasta el amanecer, aunque todo siguiera oscuro en la Región Prohibida.





# TROG ADOPTA A UNOS HUÉRFANOS

Durante la luna nueva llegó la segunda carta de Trog. Banqua corrió a leerla junto a su abuela Gela. Alcino pasaba por allí de casualidad y entre los tres disfrutaron de las aventuras que Trog les contaba. La carta decía así:

Querida abuela Gela y hermanita Banqua, extraño primo Alcino:

En mi primera carta le escribí a Banca que estaba a punto de entrar a la universidad a buscar los maravillosos libros que me salvaran de leer el pensamiento ajeno. Ahora continúo mi relato. Tuve que cruzar puertas de grandes ventanales, subir a los anaqueles de enormes libros y abrir, con peligro de morir aplastada por gruesos tomos empastados en rojo, uno que se titulaba *Cómo dejar de leer la mente de los demás en ocho lecciones*, escrito por Charles Sánchez.

“¡Sí, lo hallé!”, grité entusiasmada. Lo malo era que estaba tan mal escrito por ese autor que me pasé dos semanas para entender las fórmulas mágicas. “Pero ¿en realidad son mágicas?”, me pregunté. Leí:

Estornude de cara a la pared, provocando el estornudo con la punta de un pañuelo desechable. Si en las esquinas de la pared donde usted se encuentra hay telarañas, mejor. Humedezca después los diez dedos de sus pies en una palangana con té de planchalagua, clavos de olor, canela, semillas de cilantro, flores de lavanda y un lirio de Florencia. Al final recite mirándose a un espejo: “Tengo el poder para dejar de husmear en la mente de los demás”.

Toda esta fórmula estaba muy complicada y me resultaba difícil de seguir, sobre todo en la parte que pedía meter diez dedos de los pies, porque yo sólo tengo cuatro en cada uno. Pensé: “¿Dónde voy a conseguir pañuelos desechables? ¿Y qué es eso de “planchalagua”? ¿Dónde queda Florencia? ¡No, esto no va a funcionar!”. Decepcionada, salí arrastrando mi

equipaje y mi entusiasmo. Luego me senté sobre las piedras volcánicas que rodean a la universidad.

Un tlacuache me comenzó a oler con desconfianza. Le di un manotazo sobre el hocico y él se puso en posición de boxeo y yo también me puse en guardia. Cuando los dos nos cansamos de esperar el siguiente golpe, que no llegó ni después de media hora, el tlacuache me pidió mi identificación para saber quién era. Sólo di un suspiro y me volví a sentar. El tlacuache, que llevaba una cinta alrededor de la frente, me preguntó:

—¿Qué haces tan noche en esta parte de la ciudad? ¿No sabes que es peligroso andar sola a estas horas?

—Ya nada me importa. Vine de lejos a buscar la fórmula que me haga una gnoma normal, una gnoma que no se entere de los pensamientos de sus vecinos, y nada, no puedo hacer nada. ¡Vieras qué aburridas son sus ideas! Sobre todo si las personas pasan de los trece años —le dije y añadí—: ¡Oye! ¿Quién te dijo que soy fea? —le grité enojada al tlacuache, porque también a él le podía leer los pensamientos.

—¡Perdón, señorita gnoma! Volviendo al otro asunto... ¡por ahí hubieras empezado! Si lo que te disgusta es enterarte de tonteras y simplezas, quédate a vivir en la universidad y verás qué ideas tan maravillosas producen estas personas, y eso que tienen mucho más de treinta años. Grandes, medianos, extranjeros o nacionales, mujeres, hombres, ¡todos están embebidos en temas rete interesantes! —exclamó alegre el tlacuache.

—¿Y puedo quedarme aquí? La gente me tiene miedo, estaría todo el tiempo cuidándome de zapatazos, insecticidas y escobas.

—Tienes razón, hermana, son pocos los que tienen la sensibilidad de creer en lo increíble, y de vivir en la filosofía de “la paz y el amor”. ¡Ya lo tengo! Un orfanatorio, cientos de niños solos, niños con sueños, con ilusiones, con ideas frescas. ¡Vamos, yo sé dónde hay uno por aquí! Y me parece que su directora es muy *in*.

—¿Muy qué?

—¡Muy buena onda...!

Aunque no le entendí, fui con el tlacuache hasta la puerta de un exconvento de los carmelitas descalzos. Entramos por la puerta trasera. Subimos a los dormitorios. Me trepé a un armario polvoso y empecé a cantar una canción triste que hablaba de Bosco y de las frías noches vividas en lo alto del ciprés, a la luz de la luna. Enseguida los niños abrieron los ojos y, al verme, brincaron de alegría en sus catres. El tlacuache se despidió de mí haciendo con sus patas el símbolo de la “v” de la victoria y desde entonces vivo con los huérfanos. Estoy muy a gusto. Ya les mandaré más cartas y les prometo regresar en cuanto dejen de interesarme los pensamientos e ideas de mis niños, como les llamo. Ninguno me agrade y todos me cuidan.

Por cierto, salúdenme a Federico que tan bien me caía, y a Sara. También díganle a la señorita Pepina que gracias a sus clases les cocino muy sabroso a los huérfanos. Un beso lila para ustedes.

Los ama, Trog

La abuela Gela se quedó relejendo la carta. Banca opinó:

—Yo creo que ya no regresa a Bosco.

## FEDERICO RESCATA A **MUK**

En la estación cobriza, cuando caen las hojas, Federico, Banqua y Alcino estaban jugando a “lo que hace la mano, lo hace la tras”. Llegaron sin fijarse cerca de la cabaña de Sharash y escucharon una voz. Se acercaron a la ventana de madera, pero el postigo estaba cerrado. Así que decidieron que Federico, quien era el primer interesado, se metiera a la casa de Sharash para averiguar quién hablaba.





Cuál no sería la sorpresa de Federico al comprobar que los chismes de Alcino y la información de la luna, sumados a sus propias sospechas, eran ciertos: un gnomito con casaca roja, pantalón bombacho de color yema de huevo y barba rubia, se asomaba dentro del cuadro que había pintado Klumb, en lo alto del pino y le hacía señas de que lo liberara de ahí. Pero ese día el paisaje parecía estar cubierto de neblina y sobresalían los tonos pardos. Esto ya no sorprendió a Federico. Cuando él vio el cuadro por vez primera, el paisaje era azul y representaba la primavera. Ahora conocía el poder de transformación de las pinturas de Klumb. Federico tomó un paño que encontró en la sala y limpió la niebla que asfixiaba a Muk.

Cuando éste pudo hablar le gritó:

—¡Abre aquel libro púrpura y recita de espaldas a esta pintura los versos con que inicia el capítulo nueve! ¡Pero rápido, antes de que vuelva el Ofanin Rojo y eche todo a perder!



Así lo hizo Federico. Pronunció muy claro:

Ni el enemigo más fuerte  
ni el búho de enormes ojos  
ni siquiera la muerte,  
nada logrará que al gnomo  
lo conviertan en polvo.

Lo recitó tres veces y al instante un relámpago cayó sobre el pino del cuadro y la pequeña puerta se abrió. Después de que Federico logró dejar de nuevo el paisaje luminoso y azul, limpiando y limpiando, ayudó a Muk a bajar del árbol alargándole una escalera que estaba recostada sobre el suelo gris en la misma pintura y después Muk brincó fuera del cuadro. ¡Cuántos saltos y cabriolas dio Muk frente a los ojos alegres de Federico! Banca y Alcino habían visto todo a través de las lianas. Alcino saltaba imitando a Muk. Banca de pronto gritó:

—¡Cuidado, Fede, el río de la pintura te está escupiendo su sangre verde!

Salvado este peligro y antes de que llegara el Ofanin Rojo o Sharash a la cabaña, corrieron rumbo a las pozas para ir a festejar el rescate de Muk y la valentía de Federico. Al abeto más alto le colgaron listones de colores y Muk les platicó, al fuego de la fogata, que el Ofanin Rojo lo había escondido para ayudar a los búhos del cementerio en su venganza contra Sharash. Muk no sabía bien qué era lo que le recla-

maban a su madre. Federico le dijo que él ya estaba enterado de la traición del Ofanin Rojo, pues era una criatura que no sabía lo que era el agradecimiento.

—Mi madre le permitió vivir en nuestra casa y le compartió sus conocimientos. ¿Cómo olvidó todos esos favores? —decía Muk a sus nuevos amigos.

Lo que debían hacer era avisarle a Sharash que Muk había regresado.

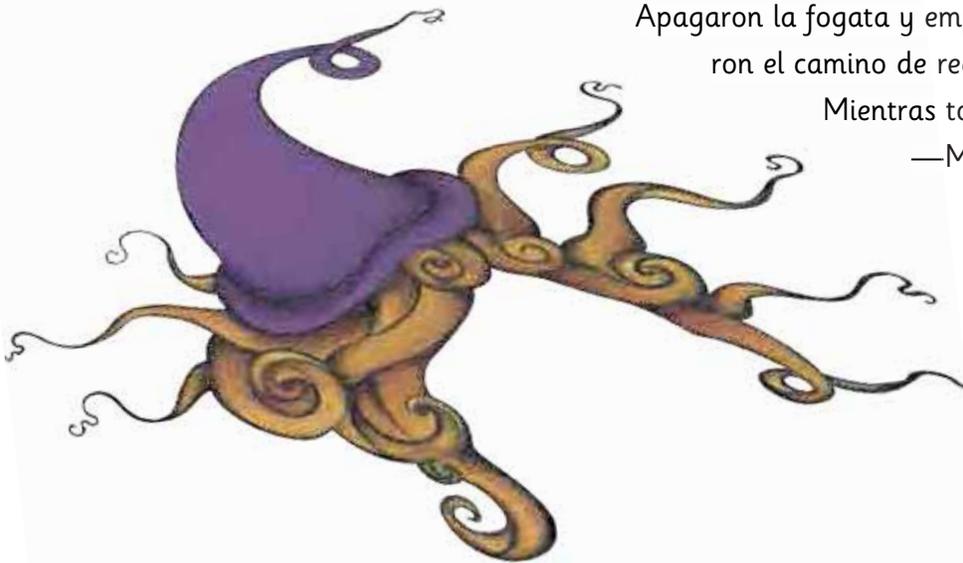
—¿Dónde crees que esté tu mamá? —le preguntó Federico.

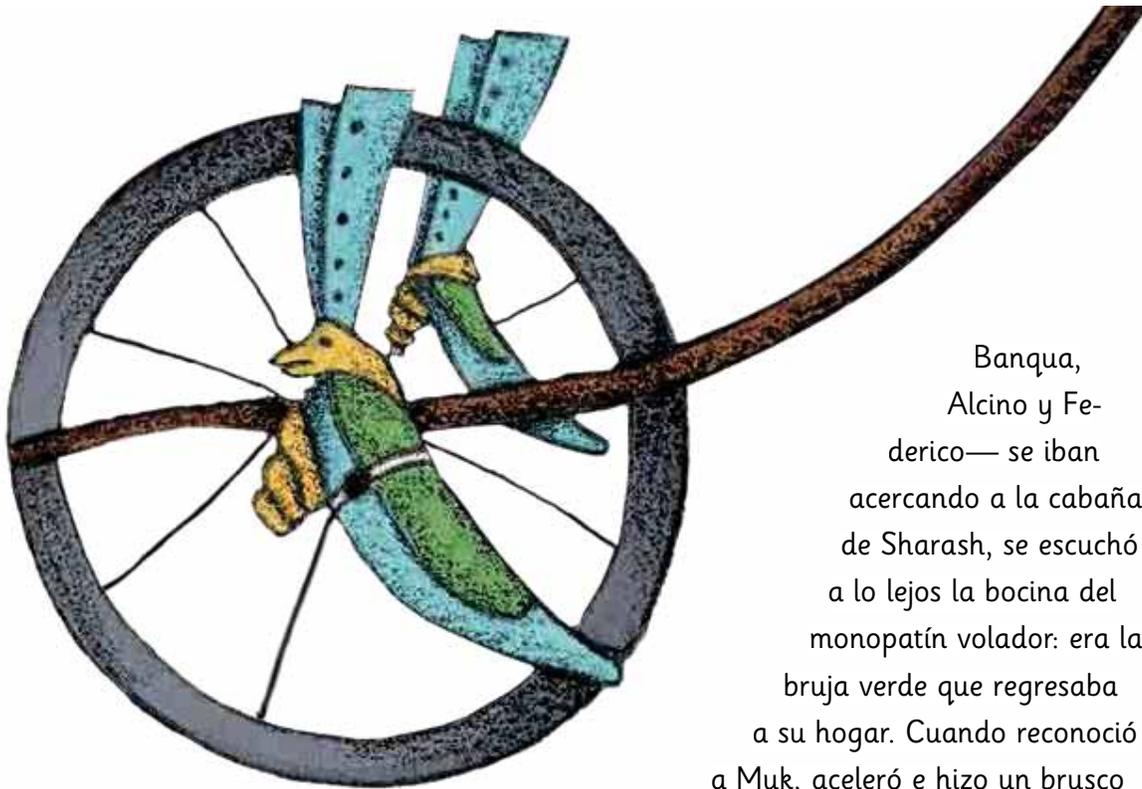
—La última vez que la vi en nuestra casa, hablaba en voz alta diciendo que bajaría a la Región Subterránea de Bosco, para averiguar si los elfos o los enanos me habían arrastrado hasta allá.

Apagaron la fogata y emprendieron el camino de regreso.

Mientras todos

—Muk,





Banqua,  
Alcino y Fe-  
derico— se iban  
acercando a la cabaña  
de Sharash, se escuchó  
a lo lejos la bocina del  
monopatín volador: era la  
bruja verde que regresaba  
a su hogar. Cuando reconoció  
a Muk, aceleró e hizo un brusco  
aterrizaje que la hizo caer del mono-  
patín, rodando sobre la maleza y quedando

con los pies hacia arriba y su peluca de pelo de elote por el suelo. Se incorporó, buscó sus zapatos de cristal y alisó su falda de chuleta. Al instante corrió para abrazar a Muk y sonrió mostrando sus anchos dientes. El bigote le temblaba.

Con timidez y viéndola de reojo, Federico le explicó cómo había rescatado a Muk. Banqua le contó a Sharash de la traición del Ofanin Rojo.

—Por eso no me gusta confiar en nadie, sólo en mi hijo. ¡Y ahora también en ti, niño... cómo te llamas?

—Federico, señora. Y quiero pedirle un favor: haga que los gobernantes de Tijereta me permitan el regreso a mi isla. Allá dejé a buena

parte de mi familia y muchos recuerdos. Sé que usted alguna vez logró que regresaran unos niños a su patria. ¿Podrá, podrá...?

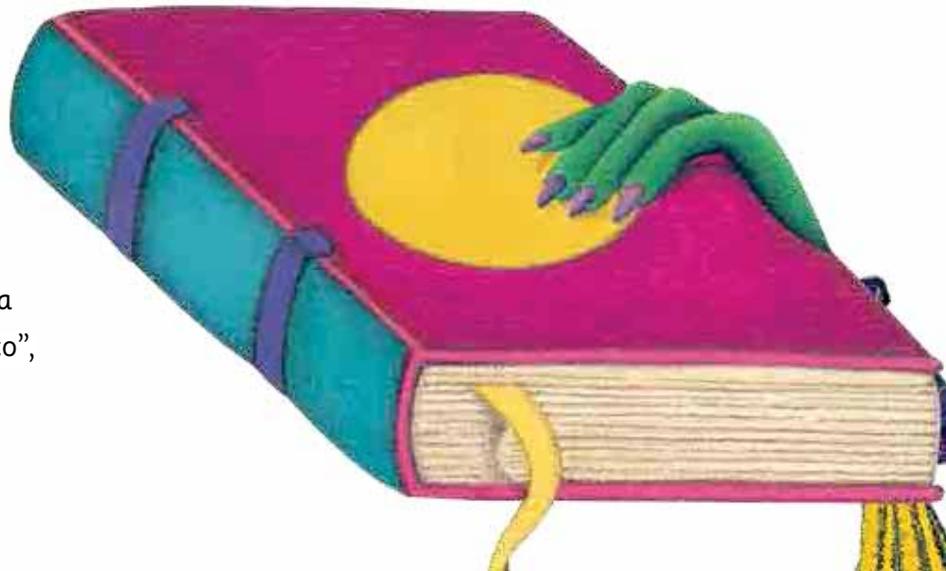
Sharash los invitó a entrar a su casa. Les preparó una infusión de frutillas. Sorbió un poco de té y le guiñó un ojo a Federico después de observar detenidamente la chimenea.

—Si me devuelves el diario personal que te llevaste de mi casa, te explicaré por qué pienso que es mejor que sigas en Bosco.

—¿Cómo sabe que yo lo tengo? —preguntó Federico.

—Porque de no haberlo leído no sabrías que alguna vez logré que unos niños de lava regresaran a Vulcanita. Pero te voy a confesar algo: ellos ya no fueron felices allá. Habían dejado en Bosco tantos amigos que perdieron la sonrisa por mucho tiempo. Te aconsejo que lo pienses bien y que observes cuánta gente te quiere aquí en Bosco — agregó Sharash.

Federico salió de la cabaña muy entrada la noche. La luna alumbraba sus pasos mientras Banca y Alcino tomaban otro rumbo. “Tal vez sea mejor quedarse en Bosco”, pensó Federico.





## RALPH VS. **MUK**

Había pasado más de una semana del regreso de Muk cuando Federico le había devuelto su diario a Sharash. Ella le aconsejó no volver más a Tijereta, ya que en Bosco era feliz. En la noche número siete de la estación más fría, mientras los niños esclavos de Ralph dormían en sus camas de tierra y

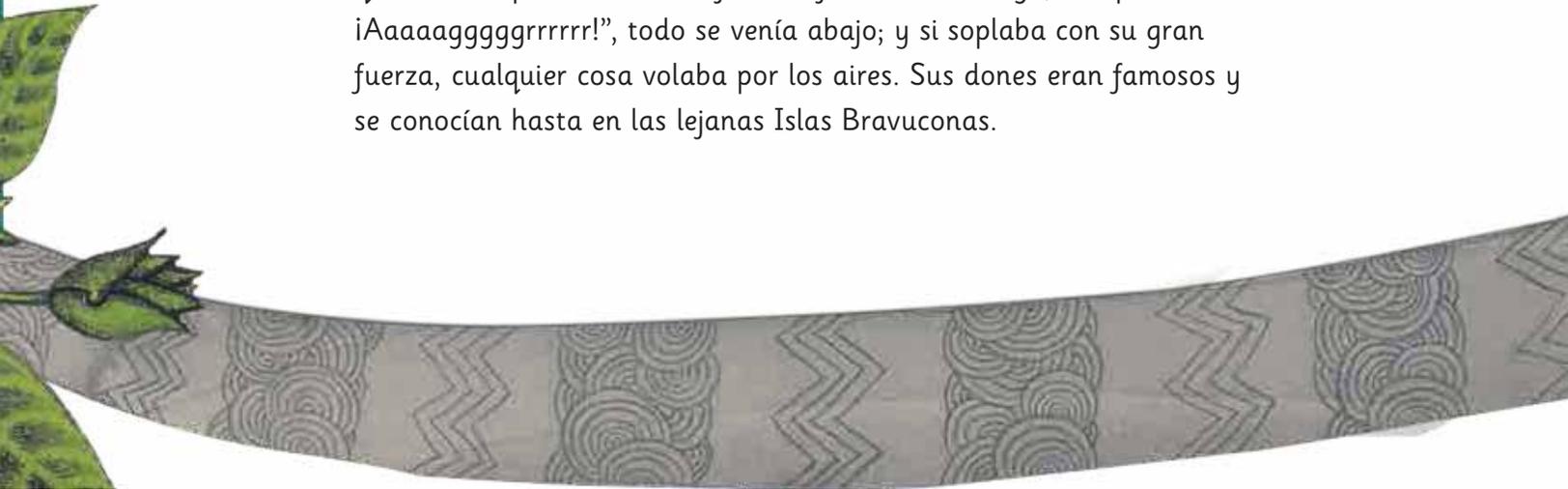
el jorobado fumaba su pipa y sorbía su café exprés, retumbó la montaña. Las antorchas temblaron. Cayeron estalactitas del techo. Los niños despertaron asustados. El sabueso Gripe aulló desafinado.

El jorobado Ralph sabía que Muk, tarde o temprano, vendría a reclamar lo suyo, pues no se quedaría tranquilo con el despojo de su montaña y tal vez ese día había llegado. Gripe olió el aire y, al querer correr hacia la entrada de la cueva, enredó sus patas en las de la silla donde estaba sentado el jorobado Ralph y éste fue a dar al piso de un sentón tragándose el tabaco y quemándose con el café.

—¡Perro inútil! —escupió Ralph, y después gritó envalentonado—: ¡Eh, “Mukoso” del demonio, ¿ya regresaste con tu mami? ¡Pues vete con ella y deja dormir en paz! Si quieres tu montaña sácame a la fuerza.

Gripe husmeó el aire, paró ambas orejas y al querer avanzar cayó de hocico al resbalar con la miel que chorreaba de la cabeza de las niñas con pecas de colores.

Un segundo retumbo hizo que pareciera que algo iba a romperse en el centro de la tierra. La voz de Muk lograba unos tonos tan bajos que cuando pronunciaba su famosa frase “¡A la carga, mis poderes! ¡Aaaaaggggrrrrrr!” todo se venía abajo; y si soplaba con su gran fuerza, cualquier cosa volaba por los aires. Sus dones eran famosos y se conocían hasta en las lejanas Islas Bravuconas.



Muk siguió haciendo iaaaaaggggrrrrrr! Las paredes de la montaña soltaron cristales de cuarzo y los niños gritaron y Ralph escupió un “iya te dije que dejaras dormir en paz, Muk apestoso!”. Gripe seguía atascado en el suelo, con todos los pelos enmielados y sin poder pararse a defender a su amo.

La roca que cerraba la entrada de la gruta se cuarteó y dejó escapar un humo púrpura. Muk se acercó, sopló como sólo él podía hacerlo y con su varita pulverizó la roca. La salida quedó libre: decenas de pies descalzos y calcetines rotos se dieron a la fuga rumbo a la libertad.

Debajo de diez capas de roca hecha trizas, topacios astillados y vagones volcados, apenas si se veían las barbas del apachurrado Ralph, todas despeluchadas. Lo aplastaba Gripe que no podía pararse ni ladrar ni hacer nada. Muk entró triunfador portando su escudo de piel de venado. Agitó su vara de espino, haciendo con ella un signo en el aire y al instante una cascada de topacios fue cayendo a sus pies.

—¡Este, quiero llevarme este topacio, el más grande y brillante! —dijo alegre y a su enemigo de hace ya varios siglos, al anudado Ralph, le dijo—: ¡Buena suerte, luego te veo! ¡Espero que cuando regrese te hayas llevado tus barbas apestosas y a tu inútil perro! ¡La montaña nuevamente es mía!

Muk salió con dificultad de entre los escombros protegiendo entre la ropa su hermoso topacio. Visto a contraluz, jugaba a ser transparente. Había leído que el topacio era el portador de un don maravilloso: conceder deseos.





Sólo habría que protegerlo de la intemperie y esperar a que madurara su corazón. Los topacios guardan dentro de sus prismas un potente corazón de color púrpura.

—¡Podré hacer que Federico regrese a Tijereta! —dijo alegre cuando corría de regreso a su cabaña—. Ésa será mi forma de agradecerle por haberme salvado. Mientras Muk descansaba en su sillón favorito frente a un amable fuego que salía de la chimenea, su madre se despidió de él. Sharash Menglow debía organizar la próxima Noche del Gran Aquelarre, la fiesta más importante que celebran las brujas verdes. Además, no olvidaba el gran favor que Federico le había hecho al devolverle a su adorado hijo. Algo tendría que planear para demostrarle su agradecimiento.

—¡Yo no soy como el Ofanin Rojo! —farfullaba Sharash.

Muk se relamía la risa al recordar a Ralph lleno de polvo y tierra, y a su enredado perro Gripe aplastándolo.

Muk volvió a mirar el topacio y lo colocó encima de la chimenea. Al día siguiente salió a recoger fresas y setas húmedas para desayunar. De regreso, antes de entrar a la cabaña, notó un raro destello que salía por las ventanas. ¿Qué estaba pasando? Curioso como el que más, entró veloz a su casa y estudió su topacio, ahora roto por la mitad. Presintió que Ralph le había hurtado el corazón

a su gema. Lo observó por todos sus prismas: una neblina púrpura salía de su interior e inundaba toda la cabaña.

—¡El jorobado Ralph, él ha sido! —gritó enfurecido Muk.

Tomó su varita y comenzó a gritar por todo Bosco el nombre de su enemigo. Las ardillas de espesas colas rojas brincaban asustadas entre las ramas más altas de los pinos. Las gigantas y las niñas de cabellos de miel lo vieron sacar fuego del suelo de lo rápido que iba y después de varias horas de búsqueda, Muk dio con Ralph. Ambos se enfrentaron poniendo en juego sus artes mágicas. El jorobado Ralph intentó aprisionarlo con raíces de miedo y apestosas telarañas; Muk sopló y lo alzó por los aires envolviéndolo en una nube negra. Cuando Ralph caía en picada sobre el manantial, Shake, el barquero, abrió el hocico para darse un buen atracón, mas tuvo que escupirlo porque olvidó que sus dientes eran falsos y ni una mordidita pudo darle. A golpe de hechizos y trancazos de magia, Muk salió vencedor, convirtiendo a Ralph en estatua.

Muk fue hasta la casona chueca y en el jardín vio latir algo: era el corazón de su topacio. Con cuidado lo desenterró, lo sintió palpitar y corrió a su casa. Incrustó nuevamente el corazón en el topacio y mágicamente los cristales quebrados comenzaron a unirse. Así fue como Muk recuperó montaña, topacio y poder.

Atardecía. Muk tomó entre las manos el topacio y cuando se disponía a pedirle en voz alta que Federico pudiera regresar a Tijereta sin problemas, la luna lloró y le pidió a Muk:

—No me alejes de Federico. Sé que en Bosco puede ser más feliz que en Tijereta. Mejor pídele al topacio que te ayude a inventar algo que proteja a Fede del agua.

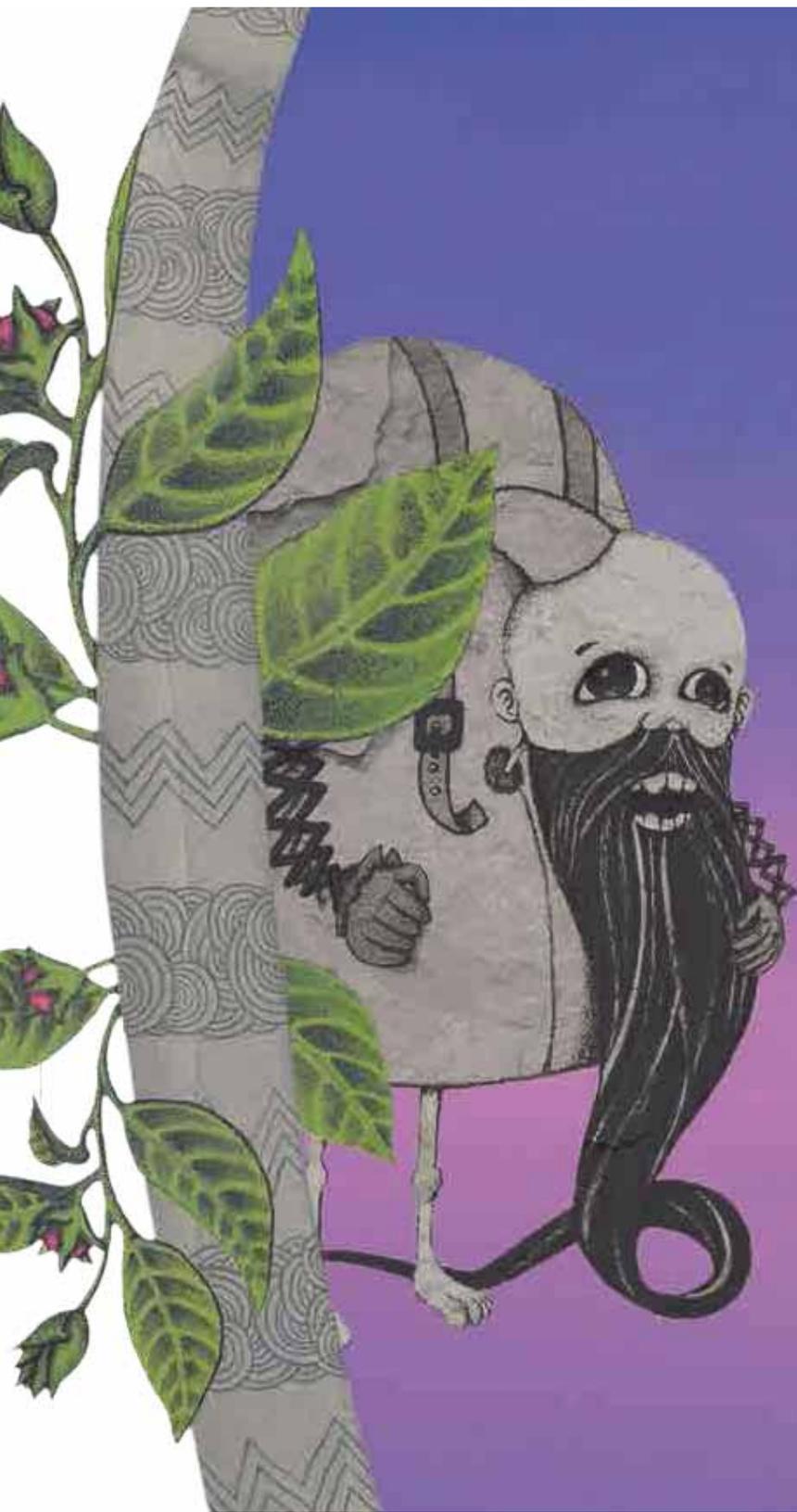
Muk no estuvo de acuerdo con la luna. Tendría que ser Federico el que tomara la decisión de irse a su patria o quedarse en Bosco. La luna desapareció, recelosa, tras una nube.

Todas las mañanas Muk vigilaba que la jorobada estatua del jorobado Ralph siguiera en su lugar, cerca de las pozas, no fuera a ser que algún otro la deshechizara. Gripe se la pasaba aullando junto a la estatua, pues era su amo y la orinaba de vez en cuando. Muk estaba tranquilo.

—¡Ja! ¡Las estatuas no insultan ni se mueven! —dijo Muk.

¿O sí?





# RALPH

## ENCUENTRA NOVIA

Sería el destino o la mala suerte, pero Gela un día cruzó delante de la estatua jorobada del jorobado Ralph y, como a ella le gustaba el arte, pensó que se vería muy bien a la entrada de su casa.

Nunca se hubiera imaginado la de complicaciones que esa decisión le traería a su vida.

Con la ayuda de Pantagruela cargó la estatua y la dejó afuera de su casa, en el jardín. Ya iba a dormirse cuando escuchó los aullidos de un perro. Salió a revisar y era Gripe

que seguía fiel cerca de su amo. Gela lo adoptó. Además le enseñó a llevarle, sin masticarlos ni moquearlos, los periódicos que cada mes llegaban al cedro donde vivía Federico. Trog se los mandaba desde la Región Menos Transparente del Aire porque sabía que a su abuela le gustaba estar informada. El día de su cumpleaños, Trog le mandó un refrigerador de pilas para que enfriara su cerveza. ¿Me creerás si te digo que un día metió allí al peluche del príncipe Fulano como desquite? A veces la abuela Gela se acordaba del día en que Fulano se subió a su yegua Teba y, antes de irse galopando, tiró al suelo el ajedrez que ella le había obsequiado con amor. Cuando eran muy fuertes y dolorosos estos recuerdos, tomaba al peluche de los cabellos, le quitaba la corona y lo encerraba en el refrigerador hasta que saliera el sol. ¡Qué carácter de gnoma! ¿Por qué no perdonarlo después de tanto tiempo?

Gela llevaba días intentando tejerle alguna ropa a Federico para que se protegiera de la lluvia o cualquier tipo de líquido, pero o la hacía muy gruesa y calurosa o demasiado fina como para impedir el paso del agua. Nunca quedaba satisfecha del resultado y todo lo destejía al día siguiente.

Cuando no tenía malos recuerdos tejía de noche; y de día revisaba los periódicos que le llevaba Gripe hasta la cama. Desde que Trog se los enviaba, la abuela Gela había acumulado una gran cantidad de recortes que clasificaba por orden alfabético: en la A, árboles, aviones, astronomía. En la B, botánica, boleros. En la C, cerveza. Y así hasta

la Z, zodiaco, zombi. Coleccionaba los recortes de los temas que más le interesaban.

—¿Qué harás con tantos recortes de periódico? —le preguntó intrigada una ocasión su nieta Banqua.

—Cuando me muera, iéchalos a mi caja! A nadie más que a mí le servirán. Cada quien colecciona cosas que le atraen. Si uno se va al Parque de los Tiesos, es poco probable que otro entienda el porqué de nuestros gustos.

Banqua se quedó pensativa sin perder la mirada de su abuela. Quería adivinar las ideas que se agitaban dentro de esa cabeza, pues no había criatura que Banqua admirara más que a su abuela. Pero le preocupaban sus pesadillas, donde la Andrajosa la perseguía para robarle sus sueños. Los cabellos despeinados de la Andrajosa tenían gusanos, sus manos huesudas eran pálidas, sus ojos... no tenía ojos, en su lugar, dos piedras como de fuego, su cabello era rojo y llevaba un vestido roto que había sido azul, pero ya estaba muy sucio y deslavado, y ahora se veía casi blanco. Además, sólo tenía un brazo. Algunos que se la encontraron en la Región Prohibida dijeron que se escondía detrás de los árboles llorando. Como quienes la veían perdían la razón, nunca supieron si creerles. Banqua dejó de mirar los ojos de su abuela cuando ésta se puso a roncar.

Gela era muy trabajadora. Lo que tejía lo iba almacenando a lo largo del año. Una parte era para mandárselo a Trog, quien lo distribuía entre sus huérfanos. Y la otra para hacerles obsequios en

la época de frío a las gigantas, a las ardillas rojas y a los buitres. Sin embargo, Hotentote, uno de los buitres, cometió “la grosería” de regresarle un par de abrigadoras orejeras. Bueno, es que los buitres no tienen orejas. Ella se dio por ofendida y desde entonces, cuando veía revolotear un buitre sobre su casa, se tocaba las peludas orejas y sonreía pensando que “es bueno tener un par de éstas”.

Ni los viejos más viejos la entendieron nunca. Después de la comida fumaba un puro junto con su tarro de cerveza. Hacía unas fiestas fenomenales donde tocaba el violín, mientras Pantagruela, afuera de la casa, extraía lamentos al acordeón. Todas las fiestas terminaban con una función de teatro, pues a Trog y a Banca les gustaba disfrazarse de almohadas y de reinas.

Al día siguiente de haberse adueñado de la estatua de Ralph, la colocó encima de una alfombra de flores y luego salió a jugar fútbol con Federico, a quien había adoptado como nieto. Él la ayudaba a llevar algunas de las prendas tejidas a la boutique *Voilà*: gorros para los gigantes, guantes para criaturas de seis dedos, suéteres que se estiran o se encojen para los clientes de hule; en fin, ropa creada con estambres únicos: de oro, de heno, de espagueti, de cabellos de ofanin. Federico miraba la ropa de Tula esperando encontrar algo que le sirviera contra el agua, pero los impermeables que le gustaban por ser finos eran muy caros. Nunca podría tener uno.

Como el Ofanin Rojo, antes de cruzar el espejo junto con Brizna, le había enseñado a Gela a tejer historias en los gobelinos que adornan

paredes, ella sabía que todo lo que se plasma en una obra artística se volverá inmortal, pues quien es parte de un cuento vivirá eternamente. Así que después de meterle un gol a Federico, decidió dibujar sobre un gobelino la historia de ese niño de periódico, incluyendo a sus nietas y a Alcino. Cuando terminó el partido, Fede y Gela regresaron al esqueleto de mastodonte. Al ver Federico frente a frente la escultura que adornaba la entrada de la casa de Gela, se asustó un poco: se parecía a alguien que él había conocido. Gela ignoraba el hechizo que Muk le había lanzado a Ralph. Al cruzar el umbral, la abuela Gela oyó quejarse a la estatua.

—¿Dijiste algo, Fede? —le preguntó la abuela Gela.

—No, creo que fue el perro que está echado ahí —contestó Federico.

—A veces pienso que mi estatua es una persona hechizada, Fede. Y si es así, yo sé cómo deshechizarla.

El gobelino con la historia de Federico quedó inconcluso, porque la abuela Gela se puso a juntar los ingredientes para deshechizar la estatua. Primero emprendió la arriesgada tarea de arrancarle una bellota al peligroso árbol Gingko. Ella sabía que esa bellota era un ingrediente esencial para realizar el contrahechizo de gente convertida en estatua. Como siempre, la ayudó Pantagruela, su amiga fiel.

La gigante llegó hasta el Gingko y lo distrajo sugiriéndole usar para esa temporada, primavera-verano, nuevos tonos pastel en sus hojas y nidos de formas muy atrevidas. Mientras el Gingko la escuchaba interesado, Gela aprovechó para levitar hasta la bellota más alta, le

dio tres vueltas y la arrancó. Las dos huyeron de allí sin atreverse a mirar atrás. Si lo hubieran hecho habrían sido testigos de la desnudez del árbol mágico, pues el Gingko sacudió con tanto coraje sus ramas que se quedó desnudo de hojas por un buen tiempo y hasta hizo caer los huevos de varias parejas de mirlos.

Cuando Ralph fue desencantado se quedó encantado con la abuela Gela, a quien decía “Gelita” ante la desaprobación total de la gnoma.

—¡Detesto los diminutivos, señor Ralph! —le aclaró, pero él no hacía caso y trataba de complacerla en todo, menos en eso.

—Estoy muy agradecido porque me devolviste a mi forma original. A veces tenía muchas cosquillas en la cabeza o en la nariz ¡y no podía rascarme! Mira que somos muy parecidos. Tú platicas con las constelaciones del Zodiaco y



yo me robaba las estrellas de la Vía Láctea. ¡Somos almas gemelas!  
—decía el enamorado Ralph.

—Así que era él quien se robaba las estrellas. Este hombre es peligroso —pensó Gela.

Como Ralph estaba celoso de Fulano aventó el peluche en el manantial para que se ahogara. Nadie lo hubiera encontrado de no ser porque a Yazni se le cayó una pelota allí cerca y al querer rescatarla vio al muñeco flotando.

Cuando Gela se hartó de tantos celos y tantos diminutivos, le pidió que volviera a la casona chueca, pues ella no tenía más corazón que para sus nietos: Banqua y Trog, Alcino y su nieto postizo, Federico. Nadie vio tan envejecido al despreciado Ralph como aquel día. El enano de estaño le contó a Banqua que después de que Ralph terminó su noviazgo con Gela, afuera de la casona chueca se puede ver una estatua de basura igualita al jorobado Ralph; pero chueca. Fue tanta la tristeza que sintió el abandonado Ralph que se quedó petrificado de dolor y sus malos y buenos sentimientos, con el paso del tiempo, se pudrieron y se hicieron basura.

Toda historia tiene un principio y un final, y la de la abuela Gela podría terminar en el Parque de los Tiesos. La Andrajosa un día le robó todos sus sueños mientras dormía y sin sueños nadie puede vivir.

Esa madrugada Gela soñó que salía a buscar más estambre para sus tejidos. Caminaba por un lugar de Bosco donde nunca había estado y llegaba a una encrucijada donde convergían tres caminos. Bosco le

decía: “Un camino es la duda, otro el azar y el último la reflexión”. La abuela Gela tomaba el del azar y se sentía abrazada por alguien que la apretaba haciéndole daño. Era la Andrajosa que le daba el abrazo final. Cuando despertó, sólo pudo contar su pesadilla al oído de Fulano.

Desde el mortal abrazo que le diera en sueños la Andrajosa, la abuela Gela abandonó lo que más le gustaba: se empolvieron sus estambres, dejó que se apolillaran sus esquís y quemó uno a uno los cientos de recortes de periódico. Dejó morir a sus plantas carnívoras porque olvidó regarlas y tampoco volvió a acordarse del nombre de sus amigas las pelusas. Ya nunca más la vimos ir a la pelea de tarántulas ni saborear su cerveza. De las fiestas, el teatro y el violín, ni qué hablar. Nada volvió a ser lo de antes, nada volvió a importarle, porque perdió los sueños. No volvió a invitar a Klumb a jugar ajedrez ni jugó fútbol con Federico. No hizo más fiestas ni viajes a la nieve. Se quedaba acostada y sólo veía de lejos un desteñido vestido azul y un par de rocas rojas.

Todo esto se supo un día por el príncipe Fulano, quien vuelto de carne y hueso se lo contó a los amigos y familiares de Gela. (Cuando la abuela Gela soltó el último suspiro, el hechizo se rompió y sus peluches volvieron a la vida, rompiéndose el hechizo y rompiendo la cama, porque juntos pesaban varias toneladas.)

Banqua, llorando, lavó la ropa de entierro que vestiría su abuela el día del entierro. Nadie sabía que Gela no iba a permanecer por mucho tiempo en el Parque de los Tiesos. Cuando Banqua, Alcino, Federico

y Pantagruela se habían ido después del entierro y las coronas de rosas y mirtos florecidos adornaban su tumba, su espíritu levitó hasta el infinito para perderse en la noche del universo. Entonces buscó algo en su falda y encontró una semilla para reducir de tamaño. Tocó sus orejas y aún traía sus arracadas de plata. Miró hacia abajo y de lejos la saludó Piscis.

—¡No estoy muerta, estoy más viva que nunca! —gritó feliz. Así que decidió regresar a la gente que tanto había amado. ¿Cómo? En sueños. Alcino le contó a la señorita Pepina un sueño que había tenido:

—Yo he soñado con mi abuela y también sus nietas. Cuando soñamos con ella, al día siguiente nos pasa algo magnífico. A mí en sueños me contó que se la está pasando fenomenal del otro lado de la vida. Siempre despierto después de que ella me dice muy quedito, perdón, muy quedo: “¡Fíjate bien, Alcino, la muerte no existe! ¡El final no está en el Parque de los Tiesos!”.







# EL REGALO DE SHARASH

Desde que murió Gela, Federico escribía con más pasión sus cuentos. Si Sharash pasaba frente a él, ella le sonreía y murmuraba frases inentendibles que terminaban con un “ya pronto, Fede, ya pronto”. El día que Muk le platicó que tenía el corazón de un topacio listo para cumplir cualquier deseo, le preguntó si todavía deseaba volver a Tijereta. Federico le contestó con firmeza que no, que ahora se sentía más feliz en Bosco.



Desde el rescate de Muk se oyen cánticos oscuros de los búhos del cementerio que planean una nueva venganza contra Sharash, pero también se ven luces de bengala y se oyen risotadas dentro de su cabaña, porque se encuentra feliz de ver a su hijo de nuevo cortar leña y pintarle de negro las uñas de los pies o recibir, los Días de la Bruja, los topacios que Muk le regala. Sharash ya no necesita al Ofanin Rojo, aunque hubiera querido aprender a cruzar los espejos.

Federico vive tranquilo. Ya no tiene que andarse cuidando de Sharash, quien ahora ya no es su enemiga, pues le agradece haberle devuelto a su hijo. Sharash comprendió que aunque

alguien sea diferente a ella eso no significa una amenaza a su persona y además puede recibir ayuda de él. Una noche Sharash llegó al cedro donde vivía Federico y le alargó un regalo, y él la abrazó haciéndole un guiño a la luna. Federico le murmuró al oído:

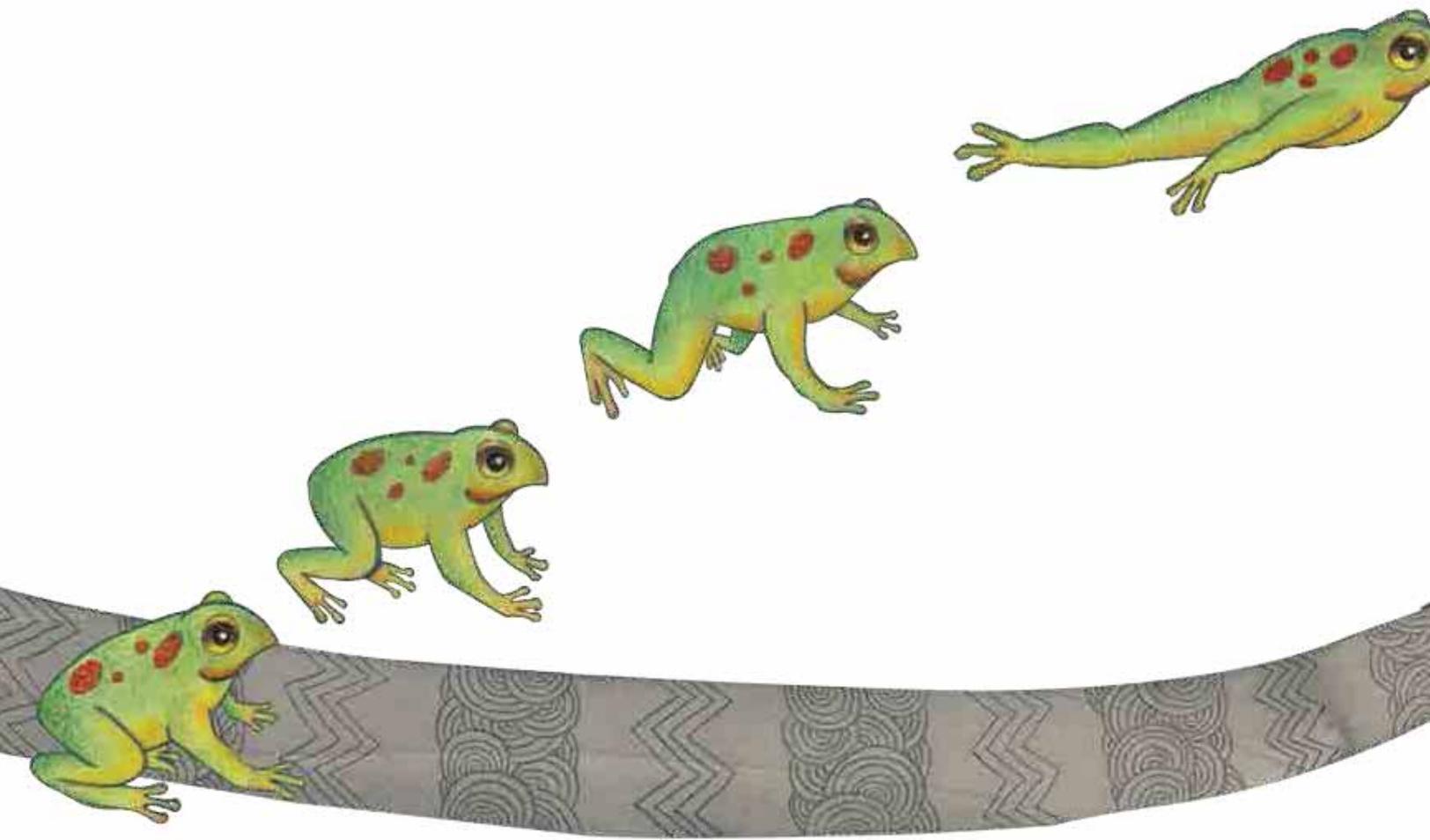
—Muchas gracias, Sharash.

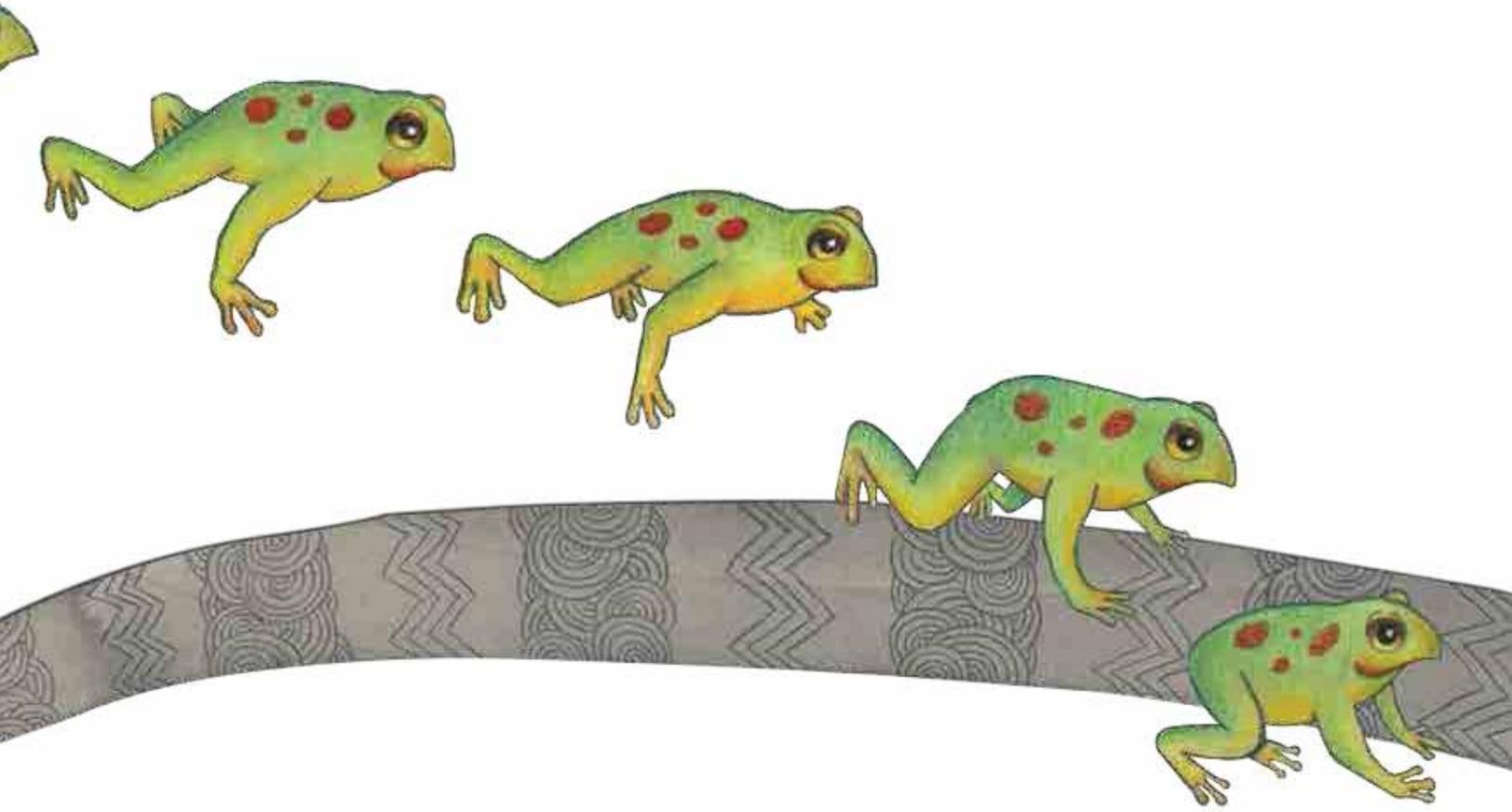
Federico, gracias a Sharash Menglow, ya no le temió a las lluvias ni a los castores que trataban siempre de salpicarlo. Ella le consiguió una ropa especial en la tienda de Tula. Fue dueño de un traje completo a prueba de agua: camisa, chaleco y pantalón a la medida, hecho con tela de araña, cuya etiqueta señala: *Impermeabilité*, ligero como ala de luciérnaga. Cien por ciento resistente al agua.

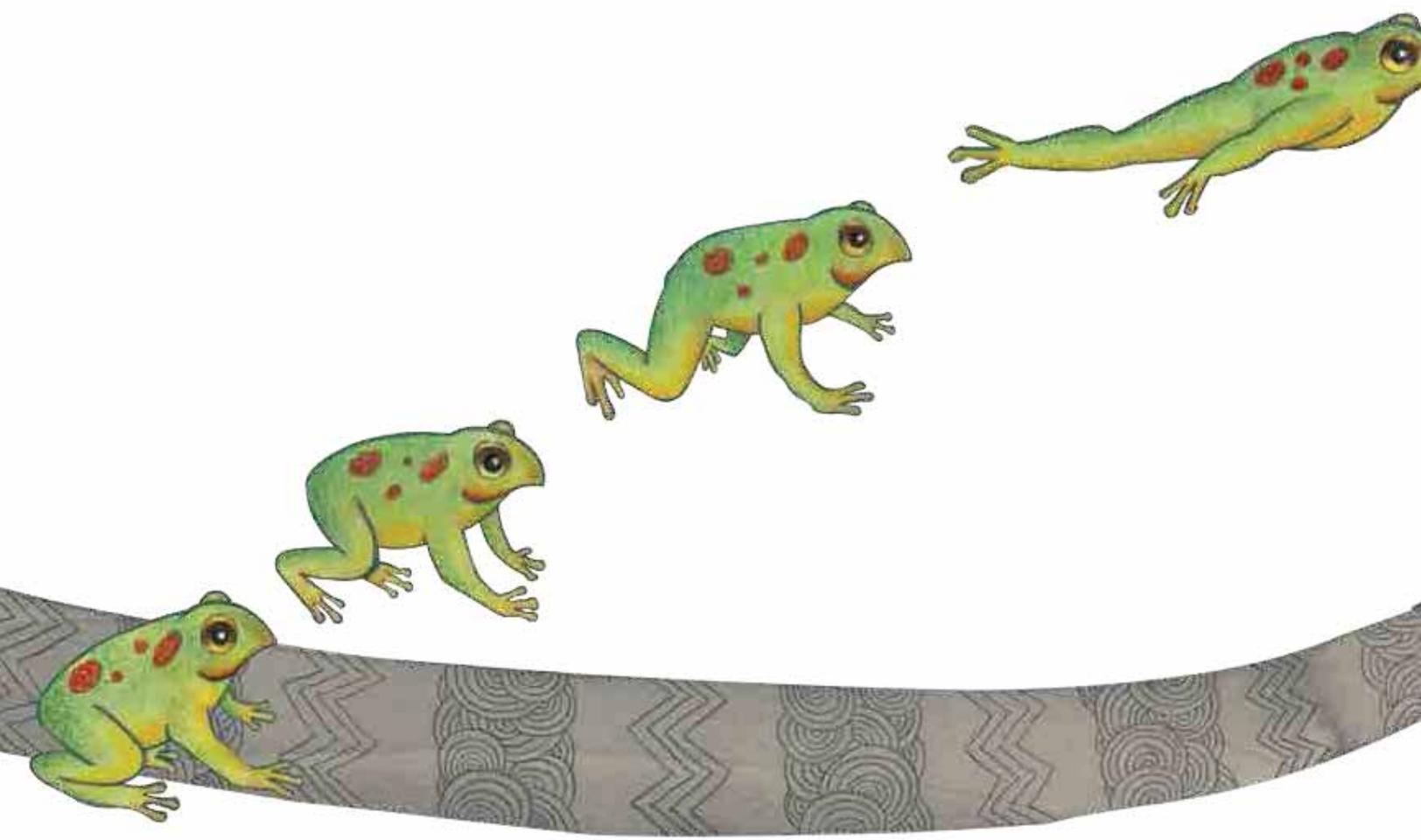
—¡Que vengan todas las tormentas que quieran y los chimpancés avienta-refresco o los castores traviesos! ¡Ya no volveré a molestarme por ser un niño de periódico, ya que me gusta ser como soy, y más ahora con mi nuevo traje de tela de araña! —gritó feliz Federico al probarse el regalo.

Y se quedó a vivir en mí, Bosco, porque yo soy un bosque que alberga a cualquier tipo de criatura: jovencitas de lava, ondinas o gigantes. Federico fue feliz con sus nuevos amigos y se sintió realmente en su casa, pues donde están las personas que uno ama, allí está el verdadero hogar.









# Índice

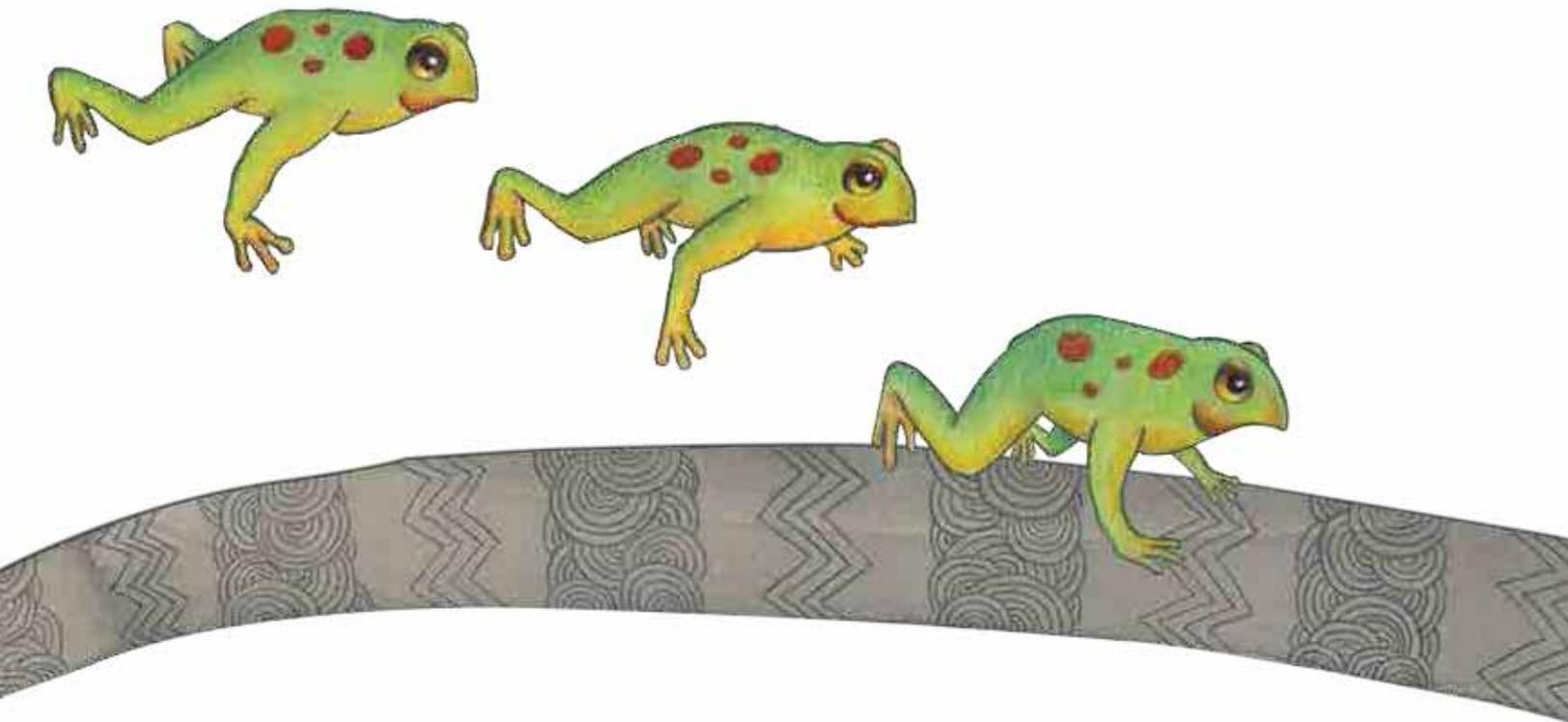
Mi nombre es Bosco	10
¿Quién será la bruja más creativa de Bosco?	12
El circo del gorila Broncs	22
El pelo mágico del Ofanin Rojo	32
Pero... ¿dónde está Muk?	40
El diario de Sharash Menglow	44
Transformaciones al óleo	50
El jorobado Ralph, un hombre excéntrico	52
Visitas indeseables	56



El nacimiento de la montaña de Muk	66
El viaje de la gnoma Trog	72
Banqua y el enano de estaño	78
La Andrajosa visita a la abuela Gela	84
El Ofanin Rojo se enamora	92
El hambre insaciable de Tragaldabas	98
La Región Menos Transparente del Aire	106
Banqua consigue un amigo	114
A través del mar, rumbo a Tijereta	120
Gruloso es engañado	130
Un cuento sobre la libertad	136
La destrucción del almarío del Jorobado Ralph	146



Trog adopta a unos huérfanos	150
Federico rescata a Muk	154
Ralph vs. Muk	160
Ralph encuentra novia	166
El regalo de Sharash	176



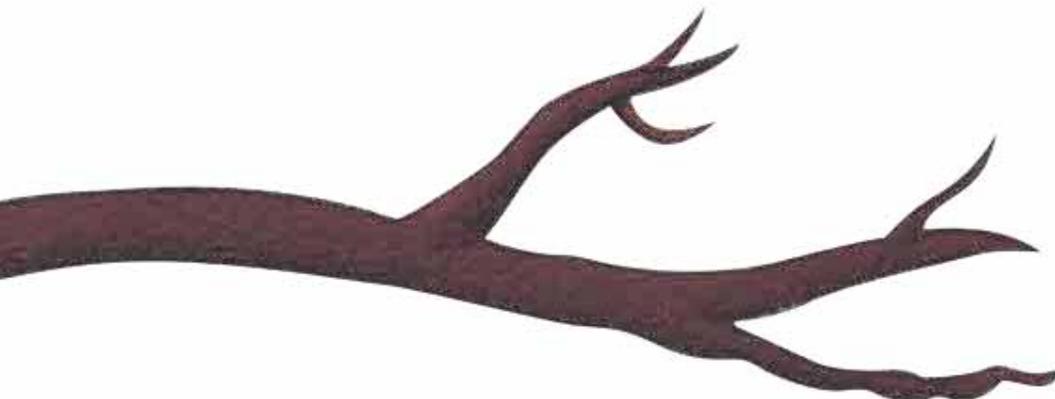




**Lizbeth Padilla** (Tlalnepantla, Estado de México; 1961) ha ganado varios reconocimientos, entre ellos las becas del Centro Toluqueño de Escritores (CTE) por los poemarios *Escobas para el viaje* (1998), *Papalote de luz para Andrés* (2001) y *Lápices de la ninfa vieja* (2002).

Fue premiada en el año 2008 por el Instituto Mexiquense de Cultura en el Concurso de Obra Publicada con su libro *El dolor de los iluminados*, y en el mismo año el CTE le publicó el poemario *El libro de Natanael* por haber ganado el Concurso de Publicación.

También es autora de los libros de poesía *La piel de los ausentes* (UNAM, 1994), *Tragaluz del insomnio* (UAM, 1998), *Alquimista de lágrimas* (UAEM, 2001), *El juego de las transformaciones* (Cofradía de Coyotes-CTE, 2012) y *Enlobar epifanías. Antología personal* (FOEM, 2013).



**Ricardo García** es licenciado en diseño gráfico por la Universidad del Valle de Toluca, donde se desempeñó como docente en la cátedra de ilustración gráfica. Realizó estudios en la Escuela de Ilustración Norman Rockwell. Ha laborado para diversas empresas privadas como Signox Comunicación Gráfica, Cuatro por Cuatro Diseño y Kafton Corporativo. En el ámbito público, ha sido diseñador e ilustrador de la Unidad de Comunicación Social de la Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México; actualmente es diseñador editorial e ilustrador del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

